

R REGIONES

La soldado
de oro



John Alvarez

 litterae

REGIONES

La soldado de oro

REGIONES

La soldado de oro

© del texto: John Alvarez, 2023

© de las ilustraciones: María Paz Carpio, Paola Beltrán (mapa), 2023

© de esta edición: Universidad del Azuay, Casa Editora, 2023

ISBN: 978-9942-618-18-4

e- ISBN: 978-9942-618-19-1

Silvia Ortiz Guerra
Corrección de estilo

Daniela Durán
Diseño y diagramación

Mónica Martínez Sojos, Juan Fernando Bermeo Palacios
Libro arbitrado por pares

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
Cuenca, Ecuador

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa del titular de los derechos*

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

John Alvarez

REGIONES

La soldado de oro



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

REGIONES

La soldado de oro

Prefacio	9
Antes de iniciar	11
Capítulo 1. La ciudad de los colores	15
Capítulo 2. Entre la nostalgia y el horror	27
Capítulo 3. La ciudad de los sueños	43
Capítulo 4. Las pruebas de ubicación	53
Capítulo 5. La prueba del miedo	65
Capítulo 6. Una pelea difícil	78
Capítulo 7. Duras palabras	89
Capítulo 8. El talento escondido	97
Capítulo 9. Larga vida a los campeones	105
Capítulo 10. La decepción de una campeona	113
Capítulo 11. Un paso hacia el final de un sueño	122
Capítulo 12. La nueva soldado de oro	131
Capítulo 13. El águila dejó de volar	140
Capítulo 14. La joya rota	149
Capítulo 15. Orión	162

Capítulo 16. La consulta	173
Capítulo 17. Obstáculos	185
Capítulo 18. Instrucciones a futuro	195
Capítulo 19. Lista para ganar	205
Capítulo 20. El nuevo récord	217
Capítulo 21. Cuentas pendientes	227
Capítulo 22. La pelea de oro	238
Capítulo 23. La promesa	251
Antes de concluir	264

Prefacio

Comenzaré diciendo que he pensado y, en otras ocasiones leído, sobre las metas que algunos autores definen como objetivos a cumplir, y ahí vamos desde niños planteándonos completar tareas que, a veces, eran algo impuestas por nuestros padres, pero, finalmente, lo que lográbamos era nuestro.

De mi experiencia puedo decir que no todas las metas planteadas resultan satisfactorias, algunas nos dejan importantes enseñanzas y otras simplemente decepciones; pero así es la vida, de ahí la importancia de saber elegir qué batallas pelear o en qué objetivos invertir nuestras energías.

Desde niño tuve la dicha de contar con la experiencia de grandes personas como son mis padres: Jhon y Eufemia, a quienes dedico este libro y agradezco de corazón la entrega que tienen por su familia.

Mi mente repasa un instante de mi vida cuando tenía 11 años, en casa había una reunión familiar, los detalles son borrosos; no obstante, recuerdo que ya entrada la noche, mi padre se me acercó y me pidió que me cuidara y que cuidara a mi mamá y a mis hermanos. Me regaló cinco mil sucres —la moneda oficial de mi país, en ese entonces—. Mi padre me dijo que emprendería un

viaje muy largo hacia el Norte para que “podamos cumplir nuestros sueños”. Desde ese momento relacioné a ese país del Norte con el lugar donde las personas podían cumplir sus más grandes anhelos.

Los años pasaron, mi madre sostuvo la lucha de criar a tres hijos, mi padre regresó y ambos cumplieron sus promesas. Ahora puedo afirmar que su ejemplo me ayudó muchísimo. Sin embargo, ya no relaciono un lugar con la forma de alcanzar los sueños, entendí que estos están atados al esfuerzo, a la disciplina, a la paciencia y a la constancia.

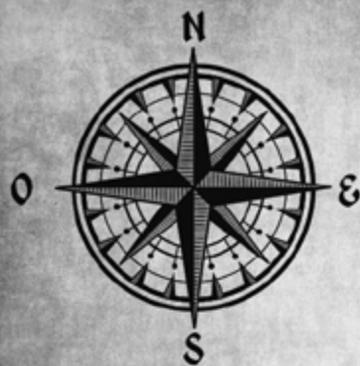
En este libro se habla de las dificultades y obstáculos que se presentan en el proceso de lograr una meta. Esta historia, a través de uno de mis personajes más queridos, nos enseña que, en ocasiones, para lograr sus objetivos y anhelos, un campeón tiene que aprender a perder.

Antes de iniciar

Como habíamos mencionado en la *Travesía hacia un nuevo destino*, esta historia transcurre en un mundo compuesto por siete regiones Erba, Gunala, Hars, Nasmi, Venatti, Nevas y la región Norte. La gente que habita en estos lugares es muy competitiva y siempre tratan de resaltar sus virtudes.

Hace mucho tiempo, los monarcas de cada región se reunieron y decidieron organizar competencias de desafío físico en donde los ganadores portarían diferentes rangos de armaduras: oro para los ganadores, plata para quienes queden en segundo lugar y bronce para los que obtuvieran el tercer lugar.

Estas competencias se volvieron parte de las festividades de los pueblos, por lo que cada participante contaba con el apoyo incondicional de su gente. En la época actual existe un buen número de campeones que están bajo las órdenes de Ercos, el monarca de la región Norte y rey de todas las regiones, quien mantiene algunas intenciones ocultas.



OESTE

NOR

REG
NOR

ERBA

GUNALA

HARS

SU



TE

IÓN
TE



ESTE

UR

Capítulo 1

La ciudad de los colores



Desde Cajar, un poblado ubicado en la región Gunala, y muy cerca de la frontera con Hars, viajaba una familia de tres integrantes en una carroza muy amplia tirada por dos potentes caballos.

Vic, un hombre de mediana edad, piel morena y abundante cabellera amarrada con sujetadores, dirigía la carroza; dentro de ella se encontraban Aida, una mujer de mediana edad, piel trigueña, de larga cabellera como todos en la región Gunala, y su hija Niri, una joven muy bonita de dieciséis años, piel trigueña como la de su madre y larga cabellera decorada con pequeñas conchas de mar. Todos ellos llevaban túnicas tradicionales de su región, de color celeste y azul marino.

La carroza avanzaba por una planicie de arena construida como vía de transporte. El paisaje era variado, a la izquierda del vehículo se podía divisar la exuberante vegetación y los diversos lagos que componían la región Gunala, y a la derecha se veían plantaciones de girasoles que se fundían en el horizonte con el gran desierto de Hars.

El ruido de las ruedas de madera y el sonido de las pezuñas de los caballos golpeando el piso opacaban el leve llanto de Niri,

quien permanecía aferrada a los brazos de su madre, con la mirada perdida hacia un costado. En sus mejillas se vislumbraban las huellas del lento correr de sus lágrimas. Aida consolaba a su hija.

Los viajeros habían abandonado su pueblo natal e iban rumbo a la región Norte. Vic y Aida, los padres de Niri, soñaban con hacer este viaje, plan que tiempo atrás había resultado poco probable ya que en aquella región después de la tragedia con el antiguo rey se volvieron muy selectivos con las personas a las que permitían el ingreso; pero, gracias a las labores pesqueras de Vic, su capacidad para el comercio, y a la destreza de Niri como atleta de su escuela, pudieron ser reconocidos y aceptados.

La región Norte, ubicada al noreste de Gunala, tenía gran poderío económico, militar y científico, y controlaba a las demás regiones mediante convenios, pactos o, incluso, amenazas; por lo que a las demás naciones no les quedaba más que mantener las alianzas.

Durante la última década, aquella región se había convertido en un imperio que manejaba la mayor parte del comercio; sin embargo, cada una de las naciones poseía sus propios recursos, costumbres y forma de vida con los cuales negociar, como por ejemplo: en la región Erba se encontraban diferentes tipos de plantas medicinales y su gente tenía grandes conocimientos para la medicina y la caza. La región Gunala, con su extenso mar y sus lagos, era conocida por la diversidad de peces y seres marinos. La región Venatti, ubicada en un tranquilo valle, sobresalía por su variedad de animales domésticos y comercializaba con diversos frutos y vegetales provenientes de la tierra. Nasmi, la región de piedra, era considerada una fortaleza apta para calabozos y se utilizaba para encerrar a prisioneros de alto riesgo; además, de sus minas se extraían diversas piedras preciosas y metales de mucho valor como el oro. En Nevas, la región fría, las tierras



estaban teñidas de blanco por las fuertes nevadas, en este lugar se hacían muchos inventos, su principal recurso era el ingenio de su gente, además se extraía madera de pino que se utilizaba para la construcción de viviendas, muebles, armas y demás utensilios. Por último, la región Hars, cuyas tierras estaban secas pero era la fuente principal de la extracción de minerales y metales de utilidad para la construcción de herramientas.

Si bien, ir a la región Norte significaba una oportunidad única, Vic y su familia no podían evitar el dolor de tener que dejar atrás toda una vida y empezar nuevamente en un lugar desconocido. Incluso llegaron a cuestionarse si este cambio sería lo correcto, a pesar de las numerosas ventajas que suponía.

—¿Cómo te encuentras Niri? —preguntó Aida.

—No lo sé mamá —respondió Niri con una voz muy suave, tratando de que el mundo exterior no la desconectara de sus pensamientos.

—La región Norte es un lugar especial, muchas personas sueñan con ir a ese lugar. Se dice que hay muchas cosas mágicas dentro de esos muros y por esa razón, no está permitida la entrada para las personas comunes —Aida trataba de animar a su hija—. Nosotros hemos sido afortunados en todo sentido, en especial tú hija. Desde muy pequeña jugabas a ser como los soldados de oro y ahora ese sueño podría estar cerca.

—Mamá, comprendo bien lo que dices —respondió Niri levantando ligeramente el tono de su voz—. Sé lo que este viaje representa y estoy dispuesta a sobrepasar cualquier obstáculo que se ponga enfrente, pero no puedo olvidar de un momento a otro todo lo que estoy dejando... Solo quiero aceptarlo con resignación. —Niri hizo una pausa y su madre no emitió ningún comentario más.

Niri era una muchacha muy tranquila y decidida, no había cosas que la hicieran dudar; sin embargo, estaba triste, y no era únicamente por el hecho de abandonar su casa, sus amigos y su poblado. Días antes de su viaje había descubierto un sentimiento mayor por uno de los chicos de su poblado. Un muchacho de su edad, de nombre Dames, era el responsable de la confusión en sus sentimientos. Niri y Dames eran amigos desde muy pequeños y nunca se habían separado. Ella admiraba la forma de ser de su amigo. Recordaba que en momentos de dificultad, Dames siempre inventaba algo que los ayudase a salir del aprieto. Para Niri, aquel chico era diferente, no solo porque tenía rasgos físicos diferentes a los Gunala, sino porque fue su apoyo en todo momento.

La mente de Niri divagaba entre sus recuerdos hasta situarse en uno especial, en el lago Poc, bautizado de esa manera por ser el hábitat de muchos patos con una franja marrón en su pico. Aquel día Niri había llevado una cesta de comida y en ese lugar los dos amigos se sentaron a contemplar el ocaso del sol.

—Dames, te voy a extrañar mucho —dijo Niri mientras apoyaba su cabeza en el hombro de Dames.

—Niri, tengo algo para ti —intervino el chico sacando una pequeña medallita que tenía grabada un águila en pleno vuelo—. El águila blanca es un animal muy especial, es capaz de vivir muchos años, según me contó mi abuelo; pero a la mitad de su vida, sus uñas se vuelven tan largas y flexibles que no puede sujetar a sus presas. Su pico se alarga, encorvándose demasiado hasta que ya no le sirve, y sus plumas se vuelven tan pesadas que ya no puede volar con facilidad. Cuando esto sucede, solo tiene dos alternativas: abandonarse a morir o enfrentarse a un doloroso cambio que le toma alrededor de varios días —contaba Dames gesticulando en cada una de sus frases—. En primer lugar, el águila vuela a lo alto de una montaña y, en su soledad, comien-

za a golpear su pico contra las rocas hasta arrancarlo completamente; luego espera a que le crezca uno nuevo. Lo mismo hace con sus uñas viejas... ¡se las arranca! —Dames simulaba con sus manos—. Después de un tiempo, cuando las nuevas uñas han crecido lo suficiente, se desprenden, una a una, sus viejas y pesadas plumas. Todo este cambio largo y doloroso, le permite al águila vivir por mucho más tiempo... Lo que quiero decir con esto, Niri, es que hay situaciones difíciles, y por más angustiantes que puedan ser solo tienes dos opciones: abandonarte a perderlo todo o afrontar esos momentos para cambiar y ser más fuerte de lo que nunca imaginaste... De mi parte te deseo lo mejor en la región Norte y si en alguna etapa pierdes tus fuerzas... ¡levántate y sigue luchando!, nunca olvides dar lo mejor de ti en cada momento.

Aquella tarde se habían dado un abrazo que quedó plasmado intensamente en los pensamientos de Niri.

De vuelta a la realidad, Niri sujetaba con fuerzas su medalla del águila, se dio cuenta de que aquel objeto era lo único que se llevó de su querido Dames. Dejarlo ir era el primer gran paso en busca de su mayor anhelo. Si bien, no hay una ciencia que indique detalladamente qué pasos se deben seguir para hacer realidad los deseos, lo cierto es que cuando se va en busca de estos hay que dejar ir, en algunos casos puede ser el hogar, el dinero, la estabilidad, incluso el amor, y es por eso que no todas las personas lo hacen y se conforman con quedarse con lo que tienen.

Habían pasado algunas horas. Los caballos habían bajado la marcha y la carroza avanzaba lentamente. Estaban llegando «Fuentes», la capital de Gunala, construida sobre un gran lago, sus veredas eran puertos de madera barnizada con vistosos acabados, al igual que las casas, que estaban hechas de madera pulida con tejados multicolores.

En el centro de la ciudad estaba el palacio de la reina Grisel, el vivo ejemplo de que los Gunala eran artistas en decoraciones, tanto en sus ciudades como en sus vestimentas, se podía ver que las personas traían túnicas adornadas con conchas y, en el caso de las mujeres, sus cuellos dejaban ver varias perlas multicolores.

La carroza llegó a la entrada de la ciudad donde varias personas se movían y comerciaban productos marítimos. Los viajeros dejaron su vehículo y sus caballos en uno de los varios establos instalados a las afueras del puerto y comenzaron su caminata por las vistosas calles.

La tibia actitud de los Gunala recibía sin mayor importancia a los tres turistas.

Debajo de las veredas, las calles de agua atravesaban la ciudad y sobre ellas transitaban diferentes tipos de embarcaciones.

Se podía observar toda clase de personas, algunos caminaban con rapidez, otros con calma, había quienes voceaban sus productos a todo pulmón y otros que los regateaban. Sobre las ventanas de las cabañas, algunas madres cepillaban las largas cabelleras de sus hijas y las decoraban con sujetadores en forma de conchas.

La nostalgia que sentía Niri se disipó por un instante al llegar a aquella colorida ciudad. Era la primera vez que visitaba Fuentes, y no podía contener su asombro.

—¡Esta ciudad es hermosa! —dijo Niri completamente asombrada. Su tristeza se había apartado para dar cabida a la alegría de lo desconocido.

—Esta es la ciudad Fuentes, hace muchos años no veníamos a este lugar —acotó Vic—. Con tu madre solíamos venir muy seguido hasta que nos asentamos en Cajar.

— ¿Hacia dónde vamos, papá?

—Iremos a una de las posadas, estaremos ahí durante dos días mientras compramos provisiones y después partiremos en ruta hacia la región Norte —respondió Vic.

—¡Mamá, podremos visitar la ciudad!, ¿y podemos ir de compras? —la emoción de Niri no tenía fin.

—Claro, hija, iremos de compras —respondió Aida sonriente.

—Comparto su emoción, pero antes iremos a la posada —intervino Vic.

Los tres caminaron hacia la posada que quedaba muy cerca del castillo de la reina. Ahí se registraron y se dispusieron a disfrutar el resto del día.

Niri y su madre salieron rápidamente de la posada y empezaron a recorrer la ciudad con la felicidad de un niño en una juguetería. Revisaban las tiendas chequeando y probándose diferentes atuendos, joyas y bisutería. Mientras tanto, Vic recorría los puertos donde desembarcaban los botes comerciales. Él iba en busca de productos marítimos que le permitirían hacer negocios en la región Norte. En aquellos puertos se comercializaba con diversos tipos de peces, crustáceos y moluscos, algunos de agua dulce y otros de agua salada, ya que la costa estaba muy cerca de la ciudad.

Vic preparaba su cargamento para el viaje. No podía evitar sentirse nostálgico; sin embargo, él era el más decidido. En cuanto supo la noticia comenzó a preparar todo para viajar a la región Norte. Realmente no se hacía problema, él representaba aquel empujón anímico en su familia. Aparentaba tener todo planeado, aunque no sabía lo que pasaría en la región Norte ni cómo lo afrontaría.

Por el contrario, el entusiasmo de Niri había decaído los últimos días antes de partir de Cajar; trataba de disimular, pero, por dentro, sentía que su mundo se derrumbaba.

Sabía que tenía que dejar Cajar. Su más grande sueño era convertirse en un soldado de oro, uno de aquellos distinguidos guardianes de la paz y encargados de lidiar con los conflictos sociales en las regiones, que con su sola presencia imponían respeto. Los soldados de oro eran atletas destacados y Niri siempre los admiró, desde niña solía jugar a que era uno de ellos.

En sus años de estudiante en Cajar, Niri había perfeccionado el manejo del yari, el arma predilecta de la región Gunala, se trataba de una lanza muy larga con una cuchilla en uno de sus extremos. El dominio de esta arma requería una gran técnica en gimnasia, y una enorme resistencia y fortaleza de brazos y piernas.

Niri poseía lo necesario. Tenía la habilidad de una gran atleta, ahora solo le quedaba demostrar su talento en los Duelos de las Regiones, evento en el cual participaban los atletas de todas las naciones y mediante una serie de eliminatorias se escogían a ocho que serían condecorados como soldados de oro. Llegar a este evento era un paso importante para cumplir su más grande anhelo; sin embargo, aquel sueño había empezado a decaer y ahora se cuestionaba si lo que hacía era lo correcto. Había dejado al amor de su vida para enrumbarse en aquel viaje. Su mente le hablaba con razones, pero su corazón le hacía sentir culpable.

En cuanto a Aida, ella era una mezcla de sentimientos. Odiaba tener que alejarse de Cajar pero la curiosidad de ir a un nuevo lugar la animaba a seguir con los planes de su esposo.

Cuando cayó la tarde, Vic se reunió con Aida y Niri en la posada y cenaron en el comedor del lugar.

Luego de la cena, Niri tomó su yari y fue hacia su habitación, la cual tenía una ventana que conectaba con el techo del local. Abrió la ventana y caminó por las tejas multicolores. Se colocó en lo más alto del edificio, la posada tenía seis pisos, Niri se encontraba a una altura de cincuenta metros aproximadamente, parada en un extremo del techo con sus brazos extendidos en forma horizontal formando una cruz. Desde ese lugar se podían ver las cabañas extendidas por el gran lago sobre el cual estaban construidas. Dentro de las casas se veían las siluetas de las personas iluminadas por la luz de velas y candelabros. En las veredas de madera estaban colocados faroles incandescentes que se recargaban con la energía solar y alumbraban solo en las noches. Además, el brillo de la luna iluminaba de una manera especial el lugar. Niri estaba parada muy al filo del techo, un paso más adelante estaba una gran caída. Cualquier persona hubiese sentido vértigo de encontrarse a tal altura. Pero la concentración de Niri era única, respiraba con calma, tenía los ojos completamente cerrados. Escuchaba el ruido de las personas dentro de las casas, el sonido del viento que se extendía en el horizonte y el lento recorrer del agua del lago que chocaba contra las vigas que soportaban las cabañas.

Niri sostenía el yari en su mano derecha. Ella aún se encontraba al filo del techo con los brazos extendidos hacia los costados; de pronto, con un movimiento acrobático dio un salto en reversa cayendo de puntillas con sus rodillas flexionadas y su lanza extendida horizontalmente. Estuvo en esa posición por unos segundos, luego se levantó y comenzó a practicar sus movimientos de ataque sobre el tejado.

Niri tenía la flexibilidad y la agilidad de una gimnasta, y, a pesar de la altura, se movía como si estuviera en tierra firme. Luego de unos minutos miró fijamente hacia los tejados de las

otras posadas, tomando impulso corrió hacia el filo del techo y usando su yari como garrocha saltó de un tejado hacia otro. Niri corría muy rápido e iba saltando de casa en casa. Las personas dentro de las posadas escuchaban, desconcertadas, el crujir de las tejas multicolores. Niri corría con una energía explosiva, como si estuviese huyendo de algo que solo ella conocía, y a pesar de sus acciones cargadas de adrenalina, ella sabía bien lo que hacía, sus movimientos tenían objetivos claros, sus pisadas eran precisas y se reflejaban en cada salto al filo de las cornisas.

Luego de varios minutos en esa carrera suicida sobre los tejados, Niri regresó al techo de su posada. Dejo a un lado su yari y se sentó a contemplar la luna. Su mente empezaba a divagar sobre su pasado, aunque ella hacía un gran esfuerzo por concentrarse en el maravilloso lugar donde se encontraba, todo lo llevaba a pensar en aquel muchacho de Gunala.

“Dames debe estar en su casa, o quizás entrenando o preparando los anzuelos, o simplemente debe estar descansando... ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza?... Creo que fue una mala idea salir de Cajar, quizás si lo hubiera apoyado, los dos hubiésemos podido venir”. Niri suspiró; se había recostado sobre el tejado con la vista fija en la luna y los astros que titilaban en el cielo.

“Aún no es tarde, ¿y si regreso y los dos tratamos de ingresar a la región Norte?... El sueño de ser soldados de oro fue de ambos... ¿Y si no nos aceptan?... Ahora que lo pienso, vivir de la pesca no es tan malo, pues todos en esta región lo hacen... Pero, ¿qué estoy pensando? La región Norte lo tiene todo y no todos pueden acceder a ese lugar”.

Niri sostenía su yari fuertemente, mientras observaba la medalla en su cuello. «Incluso él sabía, lo importante de este viaje...

me obsequió su medalla para que no desistiera de mis anhelos». «Estoy confundida, pero no puedo sacármelo de la cabeza... Debo concentrarme y dar lo mejor en los Duelos de las Regiones».

Capítulo 2

Entre la nostalgia y el horror



Niri regresó a su habitación donde intentó dormir pero todo era inútil ya que sus pensamientos sobre Dames le impedían cerrar los ojos.

A la mañana siguiente, muy temprano, Niri y su madre pasaron por un almacén de venta de artículos Nevas, que eran objetos novedosos, normalmente usados por los Gunala, pero mejorados por los Nevas; por ejemplo: la caña de pescar «iluminati», se trataba de un dispositivo muy pequeño sujetado al anzuelo, similar a los faroles de la ciudad, que recargaba una celda de energía en el sol e iluminaba en la oscuridad, era utilizado para pescar por las noches; las piedras «willemita», extraídas de la región Hars, eran piedras que emitían una luz verdosa, y eran usadas para iluminar lugares muy oscuros o mirar al fondo de los lagos; los «ojos águila» similares a los binoculares, eran un conjunto de lentes con cristales de aumento, con un marco que tomaba forma de un águila y permitía ver a cientos de metros a distancia, algunos decían que este invento se comparaba con la visión de los Venatti; las «cajas Nevas», se trataba de cajas de madera forradas de metal que servían para mantener la temperatura del objeto que se colocaba dentro y los Gunala los usaban para conservar frescos los mariscos.

En cuanto entraron a la tienda, Niri y su madre se quedaron completamente asombradas por la cantidad de objetos interesantes que proveía. Ellas estaban ahí por pedido de Vic, quien les había encargado la compra de varias «cajas Nevas» para transportar los productos marinos que había conseguido.

A pesar de la hora, ya había mucha gente en la tienda. Niri miraba, extasiada, los objetos exhibidos, le llamó la atención una colección de tazas de cerámica cuyos mangos tenían formas extrañas; por ejemplo: había una taza en forma de pulpo, los tentáculos servían como base y uno de los brazos servía como sujetador; otra taza tenía la forma de una cabeza de pez con su boca abierta y su aleta servía como sujetador; otras tenían diseños de cofres, esqueletos, armaduras y del tiburón blanco, símbolo de esta región.

— ¿Niri, qué observas? —preguntó Aida.

—El acabado de estos jarros es asombroso —respondió la muchacha.

—Son hechos por los Nevas, en la mismísima región Norte, inspirados en Gunala, claro está —intervino un anciano de larga cabellera color gris que vestía un atuendo Gunala y se apoyaba en un bastón de metal—. En ese lugar hay cosas maravillosas; es increíble cómo puede existir gente con tanta imaginación, esos Nevas son únicos.

— ¿Usted trajo estos jarros de la región Norte? —preguntó Niri.

—No todos —respondió el anciano. Algunos objetos son hechos por mis manos.

—Entonces, ¿por qué alaba a los Nevas si fue usted quien hizo estos objetos?

—Porque si no fuera por ellos no habría podido hacer nada de esto. Ellos tienen una gran percepción de las cosas, pueden realizar grandes inventos con objetos comunes.

—¡Ah!, entiendo... usted admira a los Nevas.

—Muchacha, ellos me abrieron los ojos; bueno... la mente, se podría decir. Siempre hay nuevos caminos para una misma situación, así como siempre hay algo por hacer donde todo parece perdido.

Hubo un momento de pausa cuando, abruptamente, ingresaron cuatro sujetos armados con dagas, cuchillas y lanzas afiladas. Tenían sus rostros cubiertos con pañuelos. Ellos sujetaron a dos clientes del local, todas las personas temblaron de pánico.

—¡Al suelo! —gritó uno de los sujetos—. ¡Tú!, dame todo el dinero y las joyas —señaló al anciano dueño de la tienda, quien estaba paralizado por el miedo.

—¡Qué!, ¿acaso no escuchaste? —dijo uno de los sujetos, y clavó una daga a uno de los clientes en un costado del abdomen. Las personas que estaban en el local gritaron muy temerosas. Luego, aquel sujeto se acercó amenazante hacia el anciano de cabellera color gris —Mira, viejo, esta es la última advertencia. ¡Entrega todas las monedas de oro, plata y bronce!

Niri y su madre obedecieron las órdenes de los asaltantes y se recostaron en el piso con mucho temor. Mientras tanto, el anciano entregaba en una bolsa todas las monedas que poseía.

Otro de los asaltantes había visto la medalla de plata de Niri, la medalla del águila en pleno vuelo. —¡Tú, muchacha!, ¿qué traes ahí?, ¡me quedaré con esto! —dijo el asaltante y se puso de rodillas para arrancar la medalla del cuello de Niri. Un tercer asaltante miraba fijamente por la ventana mientras sus compañeros atracaban a toda la gente del local.

—¿Eso es todo, viejo? ¡No tienes nada! —gritó el asaltante que sujetaba al dueño de la tienda.

—No he vendido nada aún —respondió el anciano muy seriamente, plantándole cara a la situación a pesar de su temor.

—Viejo, ¡no te quieras pasar de listo! —insistió el asaltante.

—¡Es cierto! No tengo dinero, y si lo tuviera... ¡no se lo entregaría a un vil ratero como tú! —gritó el anciano.

—¿Acaso quieres morir? —vociferó el ladrón.

—¡Rápido!, se acercan seis soldados de plata!, es hora de marcharnos! —gritó el malhechor que miraba por una de las ventanas.

—¡Se lo merecen! Acabo de enviar una señal de auxilio a los soldados de plata —gritó el dueño del local.

—¡Bien, bien! ¡Agáchate, viejo! —dijo el asaltante mientras sometía al anciano y lo ponía de rodillas.

—¡Tú!, ¡sujeta los brazos del viejo! —dijo el ladrón señalando a Niri, quien miraba muy asustada.

Niri acató la orden, lentamente se puso frente al anciano de larga cabellera, se arrodilló y lo sujetó con sus manos, se sentía realmente consternada por todo lo que estaba sucediendo.

—¡Sujeta bien al viejo! —volvió a gritar el asaltante.

—¡Tranquila, muchacha! Estos tipos no se saldrán con la suya —dijo el anciano que intentaba calmar a Niri.

—¡Mi nombre es Casedy! —gritó el asaltante quitándose el pañuelo que cubría su rostro.

Este sujeto tenía un tatuaje de un triángulo que recorría el contorno de su ojo izquierdo y una cicatriz en su pómulo derecho. —¿Acaso piensas que temo a los soldados de plata? Yo no necesito esconderme... ¡grábatelo, viejo! —dijo eufóricamente el ladrón

En el instante que dura un parpadeo, Niri vio al anciano desvanecerse y su rostro sangrante se desplomó sobre su pecho. El delincuente había clavado una daga en la nuca del anciano, dejándolo sin vida. Niri permanecía paralizada con los ojos llenos de terror. Por unos segundos, su mente le ocultaba la gravedad del asunto y no le dejaba creer lo que acababa de presenciar. La gente del local tampoco lo creía; sin embargo, los gritos y llantos se hicieron presentes. Los cuatro asaltantes tomaron las pertenencias de los clientes de la tienda y salieron rápidamente dejando a su paso las huellas imborrables del terror.

—¿Por qué mataste al viejo? Dijimos que no mataríamos de no ser necesario —gritó uno de los bandidos.

—¿Te importa la vida de este anciano insolente? ¿Acaso quieres ser el siguiente? —gritó el asesino, quien tenía una personalidad muy fría. Podía quitarse del camino a cualquier persona sin contemplaciones

—¡Dejen de pelear! ¡Se acercan los soldados de plata! —dijo el otro maleante.

Los asaltantes escaparon deprisa con las monedas y joyas que lograron quitar a las personas de la tienda.

Niri estaba atemorizada, no podía quitar de su mente la imagen del anciano hablándole y unos segundos después desplomándose sin reacción alguna.

—¿Hija, estás bien? ¡Di algo! —dijo Aida acercándose a Niri y tratando de que esta reaccionara; sin embargo, aquella expresión de horror no se iba a quitar fácilmente.

Aún se respiraba un aire de temor y dolor por las víctimas de aquellos cuatro maleantes. Aida contemplaba a una inmóvil Niri, cuyos ojos expresaban la sorpresa ocasionada por el horror de un vil asesinato. Poco a poco, lágrimas de impotencia se escurrían por las mejillas de la muchacha.

Luego de unos minutos abrieron la puerta seis sujetos con trajes de color negro, estilo militar, portaban lanzas muy largas, sus chalecos tenían franjas plateadas y en el pecho estaba impreso el símbolo de la ballena tiburón, emblema de esta región.

—¡Hemos venido inmediatamente al recibir la noticia del asalto! Un equipo de sanadores está por llegar. Estamos tras la pista de estos delincuentes. ¿Por dónde se han escapado? —preguntó uno de los guardias a las personas que continuaban en el local.

—Fueron en dirección a los puertos, ¡atrápenlos! —gritó una de las personas.

—¡Atrápenlos! —dijeron todas las personas en coro.

—Dos de mis compañeros se quedarán para atender a los heridos —acotó el soldado. Y con un gesto de su cabeza señaló a aquellos compañeros; el resto de soldados salió rumbo a los puertos.

Niri continuaba en shock, pero, poco a poco, su mente reaccionaba.

—Mamá, quiero irme de este lugar —dijo Niri con lágrimas en los ojos.

—De acuerdo, salgamos de aquí —asintió Aida.

—¡No podrán irse hasta que un sanador las atienda! —dijo el soldado.

—No hace falta, estamos bien. Mi hija está traumada por lo que acaba de suceder, no le hace nada bien seguir aquí luego de la escena horrorosa que acaba de presenciar —intervino Aida.

—Le entiendo, pero necesitamos pistas para reconocer a los asaltantes —dijo el soldado.

—Todos traían el rostro cubierto con pañuelos, solo uno descubrió su cara y dijo que su nombre era Cassedy, él fue quien mató al dueño del local —respondió Aida.

—¿Cassedy?, ¿está segura? Él es un criminal muy buscado en todas las regiones. ¡Es peligroso! —dijo el soldado.

—Ya lo vimos —dijo Aida irónicamente—. Ahora, con su permiso, llevaré a mi hija lejos de este lugar.

Aida y Niri dejaron la tienda.

Llegada la tarde, Vic apareció con un cargamento de peces. Aida le comentó lo sucedido en la tienda y la reacción de Niri. Al llegar a la posada, Niri se había encerrado en su habitación y no quería salir para nada, ni siquiera para comer. En su mente se repetía una y otra vez aquel momento desastroso del que fue testigo. Vic intentó consolar a su hija, pero fue imposible.

—¿Qué fue lo que pasó? ¡No lo puedo creer! ¡El anciano está muerto!

—No pude hacer nada, no sabía lo que haría aquel bandido. No creí que fuera capaz —dijo Niri sollozando.

Las lágrimas se escurrían por las mejillas de Niri y mojaban su almohada.

—¿Cómo pueden existir personas tan despiadadas? El anciano intentaba decirme algo importante. Niri volteaba la cabeza mirando hacia el tumbado de la habitación para calmar su ansiedad.

—¿Por qué tuvo que pasarme esto a mí? Todo fue culpa de los soldados de plata, es su deber controlar a los delincuentes. Ellos llegaron tarde, cuando ya no se podía hacer nada. Ni siquiera traían su armadura, solo esos trajes extraños. Si yo fuese una soldado de oro, esos tipos no hubieran tenido oportunidad. Los hubiese capturado y podría haber salvado a esas personas. ¿Y si el anciano tenía familiares?, ¡estarán devastados! Me siento responsable por no reaccionar rápido. Debí saber las intenciones de ese sujeto, pero, ¡cómo! La medalla que Dames me entregó también se la llevaron. Ese era el único recuerdo que conservaba de él.

Niri se pasó toda la noche llorando, con un trauma que no se le quitaría por mucho tiempo.

A la mañana siguiente, Niri decidió bajar al desayuno. Sabía que este sería el último día y partirían al llegar la tarde. Sus ojos pintaban de color rojo y mostraban unas pronunciadas ojeras, producto del llanto y desvelo.

—Niri, lamento mucho lo que te sucedió ayer —dijo Vic esperando alguna reacción de su hija. Niri permaneció en silencio por unos minutos como si no hubiese escuchado y enseguida dijo:

— ¡Quiero irme de este lugar!

—Hoy es el último día, recogeremos todas las provisiones y partiremos —intervino Aida.

Niri se había sentado sin nada más que decir.

—Tu madre y yo iremos al mercado. Traeremos las provisiones que nos faltan, las cargaremos y saldremos esta misma tarde —añadió Vic. Niri asintió con la cabeza mientras daba un mordisco a un pedazo de tortilla.

—Alista tus cosas mientras hacemos el recorrido.

—De acuerdo —finalizó Niri.

Vic y Aida salieron hacia uno de los mercados locales y compraron, rápidamente, los víveres que les hacía falta para terminar, de una vez, su estadía en aquella ciudad. Cargaron las provisiones en la carroza y fueron por sus equipajes.

Dentro de la posada, Niri continuaba con su actitud fría y de desconcierto. Su estado de ánimo era una mezcla de sentimientos y, aunque intentaba no sentir dolor, lo suscitado no se lo permitía.

Niri sentía desesperación al recordar la imagen del anciano que murió frente a ella, rabia por no haber podido evitar aquel asalto y un fuerte dolor por haber perdido la medalla de Dames.

En cuanto sus padres aparecieron, Niri bajó con todas sus cosas y el yari en sus manos. Los tres salieron de la posada rumbo a la carroza. Una vez ahí reiniciaron el viaje hacia la región Norte.

Al poco tiempo de dejar Fuentes, llegaron a un poblado más pequeño. Niri pidió a Vic de que apresurara el paso; sin embargo, al estar en un poblado comercial, el tránsito era lento. Varias carrozas de comerciantes de frutas, verduras y peces se atravesaban a cada instante.

—¿Está usted de viaje? —le dijo a Vic un sujeto de extensa cabellera que llevaba una túnica larga. Su conducta era reservada como tratando de no llamar la atención—. Tengo unos artículos que, quizás, le puedan interesar.

—Muchas gracias, pero ahora llevamos prisa, será en otra ocasión —dijo Vic.

—Usted no entiende, tengo productos Nevas, no los va a encontrar en ningún otro lugar —el vendedor tomó a Vic del brazo que sujetaba la rienda de los caballos.

—Mire, quiero que me entienda, no necesitamos ningún producto —repuso Vic.

—¡Usted es el que no entiende! —replicó aquel vendedor con un tono de voz enérgico. Abrió una parte de su túnica dejando ver en su cinturón varias chuchillas afiladas. Vic comprendió que no se trataba de una venta normal

—Bien, ahora que tengo su atención, necesito que vea lo que traigo.

Vic estaba calmado; sin embargo, no podía evitar sentirse nervioso por la situación. No había ningún soldado de plata o cobre por los alrededores, por lo que nadie podría socorrerle. Aquel vendedor maleante abrió un maletín que contenía varias joyas, piedras preciosas, dijes, pulseras y collares.

—Solo quiero la pulsera brillante —dijo Vic un tanto nervioso.

—¿Está seguro? Usted parece un tipo que gusta de más de una joya —dijo el vendedor presionando aún más el brazo de Vic.

—¡Papá!, ¿qué sucede?, ¿por qué no avanzamos? —preguntó Niri mientras salía del compartimiento de la carroza.

Niri tenía el yari en sus manos. Aquel vendedor la miró un tanto sorprendido como si la conociera de antes.

—¡Papá, quiero irme! No es momento de estar viendo joyas.

—Hija, entra, por favor; déjame solucionar esto y partiremos enseguida —repuso Vic.

—¡No me parece justo! —replicó Niri enfadada—. ¡Papá!, ¿qué te sucede?, ¿desde cuándo ves joyas?

En ese instante, ella reconoció un colgante en especial, pues lo conservaba con cariño hasta que aquellos bandidos se lo arrebataron en la ciudad de Fuentes. Su medalla con el águila en pleno vuelo estaba en el maletín del vendedor.

—¿De dónde sacó esta medalla? ¡Es mía! —gritó Niri y tomó la medalla del maletín para colocársela rápidamente alrededor del cuello.

—¡Muchacha, cálmate! Será mejor que escuches a tu padre —sugirió el hombre con una mirada aterradora, mostrando una vez más su cinturón con las cuchillas. Niri observó que el hombre sujetaba del brazo a su padre y comprendió lo que estaba sucediendo, por unos instantes volvió a sentir pánico.

—¡Ya entiendo lo que está pasando!, ¡tú eres uno de los asaltantes de Fuentes! ¡Eres Cassedy! —dijo Niri, por su mente pasó otra vez la escena del asesinato del anciano, solo que esta vez la imagen del rostro del viejo se convertía en la de su padre. Cerró los ojos por un momento, asimilando la extraña coincidencia. ¡No te dejaré! —gritó Niri saltando de la carroza y poniéndose frente al asaltante.

—¡Ya basta!, ¡se acabó mi paciencia! —dijo Cassedy con tono furioso.

Cassedy tomó una de sus cuchillas. Las personas que recorrían esas calles miraban atónitos la situación.

—¡Hija detente! ¡No lo hagas! —gritó Vic horrorizado.

Aida salió rápidamente de la carroza al escuchar la riña. Por otro lado, las personas miraban atónitos, sin intervenir en el conflicto. Algunos se marcharon del lugar como si no fuera su asunto, otros observaban de lejos.

—¡No sabes lo que te acabas de ganar! —dijo Cassedy con rabia en su rostro intentando atrapar a Vic que se encontraba indefenso. Niri por su lado, actuó velozmente y con un giro muy rápido de su yari desarmó y golpeó al malhechor, tirándolo al piso.

—¡Tú mataste al anciano de la tienda! —gritó Niri perdiendo por unos instantes la cordura—. ¡No olvidaré tu rostro, pagarás por lo hiciste!

—¡Déjame en paz! —dijo Cassedy y se levantó rápidamente sacando de su cinturón un par de dagas.

Niri giró su yari y tomó una postura de ataque como retando a su contrincante.

Niri estaba en un trance, no entendía que este combate no era igual a los que había tenido antes. Jamás se había enfrentado en un duelo que podía ser mortal. Su mente estaba llena de rabia e iba a descargarla con el maleante.

—¡Te atreviste a amenazar a mi padre!, ¡lo vas a pagar! —dijo Niri y emprendió el ataque.

Cassedy trataba de esquivar las embestidas. La velocidad a la que ambos se movían era impresionante. Niri no era una novata, tenía gran experiencia deportiva en combate y el asaltante tenía experiencia callejera. Ambos estaban furiosos, Niri nunca se había enfrentado con alguien que tuviera esa velocidad y fuerza. A pesar de los gritos de desesperación de sus padres tratando de detener la pelea, Niri se mostraba indiferente. Poco a poco su

enfado se iba convirtiendo en frustración al no poder vencer al asaltante.

Por su parte, Cassedy intentaba hacer retroceder a Niri y hierirla mortalmente, sus embestidas tenían todas las intenciones de hacerle daño.

Luego de unos minutos de pelea, Niri no pudo más y en uno de sus ataques, Cassedy logró hierirla en el brazo izquierdo, provocando que suelte el yari, acto seguido la tumbó al piso. Niri estaba indefensa, su nariz sangraba, el maleante intentó clavarle una de sus dagas; pero, en ese momento, un soldado de plata de Erba, vestido con un traje negro estilo militar, con franjas plateadas y en su pecho el símbolo de un jaguar, intervino deteniendo el ataque.



—¿Quién eres tú? —gritó Cassedy, quien apenas se había percatado de la presencia del soldado.

—¡Quedas detenido por el uso indebido de armas en una zona poblada! —manifestó el soldado, en tono muy formal, sujetando fuertemente el brazo de Cassedy.

—¡Suéltame! —dijo el maleante.

De inmediato, Cassedy se abalanzó contra el soldado intentando golpearlo con sus dagas, con sus puños y con sus piernas; pero el soldado era muy rápido y, sin ningún tipo de arma, únicamente con sus brazos, detenía y esquivaba todas las embestidas del malhechor. Era como si un niño intentara alcanzar a un adulto, a pesar de que los dos tenían casi la misma estatura; sin embargo, no había comparación en velocidad ni en fuerza. El soldado desarmó fácilmente al bandido, lo tumbó contra el piso y le sujetó con unas cadenas a manera de esposas en las muñecas.

—¡Quédate quieto! —gritó el soldado.

Niri quedó sorprendida. Era la primera vez que veía a un soldado en acción y supo que eran ciertas todas las historias que se contaban alrededor de los guardias de los monarcas. Su velocidad, fuerza, resistencia, agilidad e inteligencia no tenían igual.

—¡Tú, muchacha! —dijo el soldado señalando con su mirada a Niri—. ¿Estás bien?, ¿necesitas ayuda de un sanador?

—Estoy bien. Gracias —respondió Niri.

—Lo que hiciste fue algo tonto. No se debe enfrentar a estos sujetos. A este malhechor lo estaba buscando y seguí su rastro hasta este lugar. Tuviste suerte de que llegara. Pudiste haber muerto. ¿Entiendes? —dijo el soldado

—Sí, lo entiendo —dijo Niri apenada.

El soldado ayudó a Niri a levantarse y la escoltó hacia la carroza.

—¿Se encuentran bien? —preguntó el soldado a los padres de Niri.

—Sí, estamos bien, muchas gracias por detener a ese maleante —dijo Vic.

—Ese fue uno de los sujetos que atacaron la tienda Nevas en la ciudad Fuentes. ¡Atrápelos a todos! —acotó Niri, limpiándose su nariz que aún sangraba.

—Trabajamos en ello, estamos siguiendo sus rastros, pronto daremos con ellos —añadió el soldado.

El soldado detuvo a Caseddy y empezó a dispersar a los mirones que se habían amontonado mientras duraba la escena del pleito.

—¿Eres un soldado de oro?, ¿en dónde está tu armadura?, ¿por qué no la traes puesta? —preguntó Niri antes de partir.

—Soy un soldado de plata. Es cierto, no traigo mi armadura, pero te diré que más importante que una armadura es tu valor; además, imagina cómo sería cargar con todo ese metal el día entero. Usamos estos trajes que son muy resistentes para el combate, nos ayudan a ser más rápidos y son más cómodos a la hora de atrapar delincuentes. Nuestras armaduras las usamos para eventos formales con los monarcas y en combates contra otros soldados, cosa que no ha sucedido en mucho tiempo —respondió el soldado.

—Entiendo. Muchas gracias por la ayuda —dijo Niri apretando fuertemente su medalla contra el pecho.

—Es un honor servir a la gente de Gunala —dijo el soldado e hizo una leve reverencia.

—¡Esto no se quedará así, muchacha! ¡Lo lamentarás... Niri! —gritó Cassedy.

Niri y sus padres se alejaron del lugar escoltados por el soldado y continuaron el viaje hacia la región Norte. Luego de unas horas, cuando caía la tarde, a lo lejos divisaron una larga y serpenteante muralla que rodeaba a la enorme región Norte y que se perdía entre grandes montañas. El muro estaba construido con grandes bloques de piedra y acabados de mármol. Aquella muralla medía aproximadamente siete metros de alto y fue levantada para proteger las fronteras con las regiones vecinas. El acceso a la región Norte estaba conformado por trece entradas, dos para cada una de las seis regiones, excepto la región Hars, la cual tenía una tercera puerta principal, muy grande, de alrededor de cuarenta metros de ancho, el doble de las otras.

El acceso principal para los Gunala estaba decorada con esculturas de especies marinas y en el centro, con un tallado en alto relieve, estaba plasmada la imagen de la ballena tiburón, el emblema Gunala.

Capítulo 3

La ciudad de los sueños



Las calamidades vividas por Niri y su familia horas antes de la llegada a la frontera de la región Norte fueron opacadas por el sentimiento de asombro al contemplar las imponentes barreras de la muralla. En el sector, muchas personas de Gunala intentaban ingresar; sin embargo, no existía desorden, todo se manejaba con absoluta tranquilidad.

A pesar de ser un lugar fronterizo donde se convocaban cientos de personas, no había largas colas, ni congestión alguna; al contrario, los soldados de cobre, que en esta ocasión sí portaban sus armaduras, controlaban el papeleo de manera eficiente, además, las personas que arribaban al lugar sabían la hora exacta a la que debían presentarse y tenían a la mano los documentos requeridos para el ingreso.

La familia pasó sin ningún problema. Vic y Aida tenían pergaminos con la rúbrica de su monarca que autorizaban el ingreso a la región Norte. En el caso de Niri, ella había recibido un permiso especial para ser parte de los atletas que se prepararían en la academia de formación “Dacio” por su destacado desarrollo tanto en ciencias como en deportes.

—Pasen el portón y sigan por el camino a su derecha —dijo el soldado de cobre señalando las puertas de la gran muralla—. Una vez ahí, un escolta los estará esperando. Tendrán que cambiar su carroza por una de la región Norte.

Vic tenía algunas preguntas pero aquel soldado no le dejaba hablar

—El escolta llevará a las personas Vic y Aida a la ciudad Lago y, en cuanto a la señorita Niri, ella irá directamente a la academia Dacio —dijo el soldado.

En ese momento los padres de Niri lanzaron preguntas desesperadas, pero fueron interrumpidos una vez más.

—¡Cualquier pregunta se la harán al escolta! ¡Que pasen los siguientes! —dijo el soldado como última palabra.

Vic, Aida y Niri montaron su carroza y atravesaron el portón de la muralla. Al otro lado estaba un amplio patio de concreto rodeado por más murallas de piedra, con cientos de carrozas y varias personas rondando por el lugar. Avanzaron lentamente, intentado visualizar al escolta. Después de un par de minutos encontraron a un soldado con una pancarta que tenía escritos sus nombres.

—Disculpe, ¿usted es la persona que nos escoltará a la ciudad Lago? —preguntó Vic.

—Así es —respondió el escolta, quien era un soldado de cobre, pero a diferencia de los soldados fronterizos, no llevaba su armadura sino un traje elaborado con una tela gruesa, de color azul, al estilo militar—. Mi nombre es Pau y soy el encargado de transportarlos a la ciudad Lago. Aquí pueden dejar su carroza, la región Norte les proporcionará otra y les indemnizará por esta —dijo, rápidamente, el soldado Pau, sin permitir que Vic y Aida

hicieran preguntas—. Viajaremos en una carroza exclusiva de la región Norte que traeré en unos minutos.

Vic quiso hacer un comentario, pero después de ser interrumpido en varias ocasiones, decidió quedarse en silencio.

La familia empezó a descargar sus cosas; mientras tanto, Pau arribaba con la carroza de la región Norte. Se quedaron admirados al ver un vehículo tan diferente a su carroza hecha de madera y tirada por caballos. La carroza de la región Norte no iba tirada por ningún animal, era muy amplia, estaba hecha de un metal plateado muy brillante, ruedas de caucho y emitía un vapor blanquecino por un tubo de escape ubicado en el techo, por dentro tenía unos compartimientos para colocar el equipaje y los asientos eran de esponja forrados con cuero, muy cómodos para los pasajeros.

—¡Esto es sorprendente!—exclamó Niri emocionada. Aida y Vic miraban con mucho asombro.

Una vez que terminaron de subir sus pertenencias estaban listos para partir. Pau entregó a Vic un sobre con la indemnización por su vieja carroza.

Vic, Aida y Niri se encontraban sentados dentro de la nueva carroza, esperando que iniciara el viaje. No podían ocultar su nerviosismo y su gran emoción. Estaban a la expectativa de ver al raro vehículo moverse sin que ningún animal guiara su camino.

Pau se sentó al frente de la carroza, abrió un extraño compartimiento parecido a un horno y le prendió fuego. Enseguida se escuchó un fuerte sonido proveniente del techo del vehículo. El vapor blanquecino empezó a esparcirse por el aire. Niri y su familia observaban por una de las ventanas de cristal. El vehículo empezó a rodar, lentamente, por aquel patio de concreto hacia una de las salidas.

Niri estaba emocionada. A pesar del temor que sentía desde el inicio del viaje y el trauma que causó el asalto en Fuentes, no podía ocultar su felicidad y su asombro al cruzar las murallas que dividían Gunala de la región Norte.

El corazón de Vic latía más rápido conforme avanzaba la carroza, era la primera vez que accedía a esta región tan importante. Durante su juventud intentó por varios medios ingresar, pero siempre fue rechazado, incluso, en una ocasión, había vendido todas sus posesiones para ingresar ilegalmente pero fue descubierto y regresado a Gunala.

Aida se había levantado de su asiento y miraba de pie el ingreso a la región.

El sentimiento de incertidumbre recorría los cuerpos de los viajeros. Habían cruzado aquella enorme muralla y ahora transitaban, junto a cientos de carrozas, por una enorme calle de concreto. Las calles tenían señalizaciones de circulación vial. Todos los vehículos eran impulsados por el mismo sistema a vapor.

Los extremos de la gran avenida estaban rodeados de naturaleza; grandes árboles cubrían su recorrido. Según avanzaban, vislumbraban, de a poco, una enorme ciudad con varias edificaciones. Un cielo totalmente despejado daba una tonalidad azulada al paisaje. Niri y su familia no podían creerlo. Miraban el recorrer de las carrozas a una gran velocidad. Si la ciudad vista a lo lejos les causaba tanta admiración, el ver a las carrozas recorrer sin ningún caballo que guíe su paso les causaba un éxtasis total. Los peculiares vehículos recorrían las calles de concreto más rápido que cualquier caballo, sus formas eran variadas y algunos poseían colores extravagantes; emitían vapor blanquecino de sus techos y funcionaban con algún tipo de motor.

— ¡Debemos conseguir una de esas! —dijo Vic señalando las carrozas que lo rebasaban a gran velocidad.

— ¿Cómo es posible que esa carroza vaya a esa velocidad sin ningún caballo de tiro? —preguntó Niri.

—No lo sé hija, pero es asombroso.

—De seguro es algún tipo de magia —acotó Aida—. Dicen que esta región tiene varias cosas de ese tipo.

—A Dames le hubiese gustado saber cómo funcionan las carrozas —dijo Niri.

—El señor Vic y la señora Aida se quedarán en la ciudad Lagos, ahí tendrán una casa donde hospedarse —dijo Pau.

— ¿Y qué pasará con mi hija? —preguntó Aida.

—Una vez que terminen de bajar su equipaje, la señorita Niri tendrá que continuar el viaje hacia la academia Dacio.

—¿Será todo enseguida?, ¿no puede quedarse unos días con nosotros? —preguntó Vic.

—Lo lamento, el viaje tiene que ser rápido, la academia se encuentra muy lejos de la ciudad. Tengo órdenes de llevarla de inmediato.

—Es verdad, papá. No podrán acompañarme, ya han hecho mucho por mí y se los agradezco. Ahora iré a la academia y en un tiempo se sentirán orgullosos de mí —dijo Niri.

—Niri, no tienes que ingresar a esa academia para que estemos orgullosos, eres nuestra hija y siempre estaremos orgullosos de ti.

—Gracias, papá. Gracias, mamá —dijo Niri mientras abrazaba a sus padres. Ella ya se había hecho a la idea de ir a la academia de inmediato.

Este instituto era especial, no solo preparaba atletas, acogía a la mayoría de jóvenes sobresalientes tanto en Ciencias, como en Artes y Deportes. Uno de los grandes anhelos de Niri era formar parte del grupo de soldados de oro y la academia se encargaría de darle esta oportunidad.

Cada cinco años, en la región Norte, se desarrollaban unas competencias atléticas llamadas “Duelos de las Regiones”, en donde cincuenta atletas seleccionados llamados soldados de bronce se enfrentaban en competencias de agilidad. Luego de una deliberación por puntaje solo veinte pasaban a formar parte de los soldados de plata, y en las últimas eliminatorias se elegía a los ocho soldados condecorados con la armadura dorada, este era el máximo galardón. Los ocho soldados de oro estarían al servicio directo del rey, los soldados de plata se encargaban de mantener la paz de los pueblos bajo las órdenes de cada monarca de las regiones competidoras, y los soldados de cobre, aquellos que formaron parte del grupo de los cincuenta cuidaban el orden de las aldeas.

El estar considerado dentro de esos soldados ya era todo un mérito. Muchos jóvenes de las diferentes regiones apostaban todo al ingreso, había familias que vendían sus mayores posesiones por una oportunidad de ingresar a la región Norte y tratar de ganar uno de estos títulos.

En cuanto a los soldados, estos eran muy apreciados en todos los lugares, admirados por muchos y temidos por otros. Su presencia infundía mucho respeto y temor; pues se trataba de auténticos guardianes de la paz, destacados por ser atletas con varios recursos, caballeros distinguidos, protectores de la Corona de la región Norte y servidores de las regiones. Niri estaba dentro de la categoría privilegiada por haber conseguido una beca directa; aun así, no todo iba a resultar fácil, su condición le obligaba a sobresalir para no perder ningún beneficio.

Luego de un tiempo, la familia cruzó la gran avenida y entró a la ciudad de enormes edificios. Sus veredas eran muy amplias y de concreto. Una gran cantidad de personas recorría esas calles. Diversos tipos de negocios estaban establecidos en los edificios. Había locales de comida, frutas, vegetales; asimismo, artículos diversos como los inventos Nevas, armerías, repuestos para carrozas, etcétera. Esta ciudad lo tenía todo.

La primera parte del viaje terminó cuando llegaron a una urbanización de casas de madera. Todas tenían el mismo diseño, lo único que variaba era el color de sus tejados. En la parte frontal tenían amplios jardines, paredes de madera, ventanas de cristal y techos con tejas de cerámica en forma circular. Las veredas de concreto estaban decoradas con alfombras verdes de pasto con un árbol de pino cada cierta distancia.

Al caer la noche, los faroles que estaban ubicados en las veredas desprendían una luz brillante. Niri y su familia continuaban asombrados con la ciudad y sus curiosidades. El lugar era un paraíso de concreto y juegos de luces a través de aquellos lujosos faroles ubicados en toda la región.

—¡Esta ciudad es sorprendente! —exclamó Niri mirando en todas las direcciones.

—Debemos acostumbrarnos y aprovechar las oportunidades que se nos presenten. Hija debes ser fuerte y mostrar todas tus habilidades en la academia —acotó Vic.

—¡Hemos arribado! Tienen poco tiempo. Por favor, desembarquen sus cosas, pues debemos partir, enseguida, con la señorita Niri —interrumpió Pau.

—Papá, mamá, este es el fin. No los volveré a ver en mucho tiempo —dijo Niri con los ojos cargados de lágrimas.

—No, hija. No es el fin, este es el inicio de muchas emociones y grandes aventuras para ti. No tengas pena de nosotros. Cuando cumplas todas tus metas vendrás a visitarnos —dijo Vic abrazando fuertemente a su hija.

—Así es, hija. Ahora es cuando más fuerte tienes que ser. No pierdas de vista tu rumbo, recuerda cuáles son tus anhelos. Pronto volveremos a vernos —acotó Aida.

—Perdón que los interrumpa, pero su hija no perderá el contacto con ustedes —intervino Pau—. Todas las semanas, los estudiantes tienen la opción de enviar cartas, encomiendas o pergaminos a sus padres, y viceversa. Además, después de cada año, los estudiantes tienen dos semanas libres en las que pueden visitar a sus padres. Ninguno de los estudiantes pierde contacto con sus padres o representantes.

Vic, Aida y Niri se quedaron más tranquilos luego de escuchar a Pau.

—De todas formas va ser muy difícil no poder verlos, pero les prometo que no me daré por vencida hasta conseguir ser una soldado de oro —sentenció Niri.

—¡Así es! Nada de deprimirse, es hora de continuar —añadió Vic.

—Gracias papá, gracias mamá —dijo Niri.

Niri subió, lentamente, a la carroza y Pau arrancó la carroza hacia la academia Dacio. Pasaron varios minutos y por las mejillas de Niri empezaron a rodar lágrimas de tristeza.

—¡Eres muy afortunada!, aunque no sé cuánto —dijo Pau.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Niri.

—La academia Dacio es muy dura para los jóvenes. El oro y la gloria no son para todos —continuó Pau.

—Eso lo sé. Por eso debo dar mi mayor esfuerzo para clasificar a los Duelos de las Regiones —dijo Niri.

—Eso es a lo que aspiran todos los chicos que ingresan a la academia; sin embargo, cuando llega la hora de escoger la vocación, la mayoría sigue Artes, ya que a Ciencias, por lo general, va la gente de Nevas —dijo Pau.

—Yo escogeré Deportes —replicó Niri.

—Es que ese es el problema. Tú no decides. Bueno, sí decides —dijo Pau.

— No entiendo, explícate —replicó Niri.

—A todos los estudiantes nuevos se les aplica unas pruebas de aptitudes, pero hay una en especial en la que deben inyectar un tipo de alucinógeno de Erba —comentó Pau.

— ¿Qué es un alucinógeno? —preguntó Niri muy intrigada.

—Es una sustancia que hace desvariar, la mente viaja a un mundo de pesadillas y horror. Este líquido recorre por el cuerpo hasta la cabeza haciendo revivir los peores miedos. Tú vas a estar dormida pero tus instintos estarán activos —respondió Pau.

—Es decir que no podré moverme, estaré en medio de una pesadilla... ¿y cómo sabrán si pude enfrentar a mis miedos o no? —preguntó Niri.

—Los sanadores de Erba medirán el ritmo de tu corazón. Existe una medida límite, si sobrepasas esa medida, tendrás que elegir Artes, y si logras resistir la pesadilla y hacerla frente estarás lista para ser una soldado. Créeme, es difícil saber cómo van a reaccionar tus instintos. En el mundo real puedes tener todas las

capacidades físicas, pero en ese estado no sabes cómo va reaccionar tu mente —dijo Pau a Niri, quien estaba aún más confundida.

—¿Existe alguna forma de entrenar para esa prueba? —preguntó Niri.

—¡No!, esa prueba te demuestra quién eres en verdad —respondió Pau.

Este relato intrigó mucho a Niri. El paso por la academia todavía no iniciaba, pero entendió que no sería fácil lo que tendría que soportar.

Después de algunas horas viajando, Niri observó, a lo lejos, una cadena de siete edificios y, a uno de los costados, un gran coliseo de color blanco.

—Estamos llegando —dijo Pau a Niri, quien se encontraba dormida por el cansancio propio del viaje.

— ¿En dónde está la academia? —preguntó Niri acercándose a una de las ventanas.

—¡La tienes al frente! —respondió Pau.

—¿Esa es la academia? —dijo Niri sorprendida.

Niri fijó su vista en la cadena de edificios iluminados por grandes faroles blancos; sin embargo, había una gran oscuridad en los alrededores.

Niri pasaría los próximos cuatro años en la academia Dacio, junto a muchachos de su edad pertenecientes a diferentes regiones. Aquí, ella buscaría participar en las eliminatorias para los próximos Duelos de las Regiones.

Capítulo 4

Las pruebas de ubicación



La carroza había entrado a los dominios de la academia Dacio. Se estacionó en un gran patio, junto a cientos de vehículos.

Las siete edificaciones eran muy grandes, para ir de un lugar a otro se tenía que caminar varios minutos.

—Muy bien, señorita. Te deseo lo mejor y que cumplas todas tus metas —dijo Pau mientras paraba la marcha de la carroza.

—Gracias, Pau. ¿A dónde iras tú? —preguntó Niri.

—Yo trabajo para la academia. Vamos a estar viéndonos, al menos cuando vengas por este lugar —dijo Pau al tiempo que bajaba de la carroza.

—¡Espera! ¿A dónde debo ir? —gritó Niri confundida al ver los grandes edificios.

—Niri, las siete edificaciones corresponden a las siete regiones, ¿ves el símbolo de la ballena tiburón? Ese es el edificio de tu región —dijo Pau señalando con su dedo hacia un costado del edificio donde flameaba una gran bandera con el símbolo de la región Gunala. Una vez dentro, encontrarás gente que te ayudará con información.



NOR

R&G
NOR

EST

HARS

SU

TE

IÓN
TE



UR

—Gracias, Pau.

—Nos vemos, Niri.

Niri avanzó hacia aquel edificio con su equipaje en las manos.

La noche había caído; sin embargo, el camino estaba perfectamente iluminado por las filas de lámparas ubicadas a lo largo de la vereda de concreto. Niri caminó cerca de la bandera con el símbolo de su región. Era la primera vez que la veía con tanta claridad.

Tal como le había comentado Pau, cada edificación albergaba a los integrantes de las regiones y se las reconocía por su respectivo distintivo; por ejemplo: el símbolo de Gunala era la ballena tiburón y su pabellón era el azul. El pabellón verde oscuro era de la región de Erba, que estaba representada por un jaguar. El pabellón de color marrón era de Nasmi, y estaba representada por el lobo gris. De la región Hars era el pabellón rojo y su símbolo, el león blanco. El antílope azul era el emblema de Venatti y su pabellón el verde claro. La región Norte tenía una bandera de color blanco y el pájaro pico de marfil era su símbolo. Por último, la bandera de Nevas constaba de dos partes, a la izquierda estaba impreso un sol rodeado de aves y a la derecha una luna con muchas estrellas a su alrededor, su color representativo era el celeste.

En la entrada del edificio, Niri fue recibida por un grupo de soldados de cobre, quienes corroboraron su ingreso a la academia.

Niri caminaba, lentamente, hacia las puertas del edificio. Observaba todo con ligera emoción y mucha incertidumbre. Abrió la puerta de cristal, en el interior había varios corredores y habitaciones adecuadas a manera de oficinas. Algunas personas caminaban por los alrededores. Niri esperaba en el corredor principal

a que alguien le diera algún tipo de información; al fin se le acercó un soldado de cobre vestido con traje militar de color azul.

—¡Tú debes ser una de las nuevas estudiantes! —dijo el soldado.

—¡Sí!, vengo de la región Gunala —respondió Niri.

—¡Sí, ya lo sé! Eres una de las últimas estudiantes que ha llegado. ¿Cuál fue el motivo de la demora? —preguntó el soldado.

—Tuvimos que desviarnos a la ciudad Lago. Mis padres debían quedarse ahí —respondió Niri.

—Comprendo. La mayoría de estudiantes ya han sido ingresados, necesito tus papeles de admisión. Sígueme, por favor —dijo el soldado.

Niri le entregó los documentos para su ingreso y, guiada por el soldado, se dirigió hacia un gran archivero donde algunas personas trabajaban recolectado estos papeles.

—Bien, Niri, vienes de Cajar. La mayoría de estudiantes tienen habitaciones asignadas; la tuya es la 1402 y tu compañera es Mae, de la ciudad Fuentes. ¿Tienes alguna pregunta? —dijo el soldado.

—La verdad, tengo muchas preguntas —susurró Niri—. ¿Cómo llego a esa habitación? —preguntó Niri, esta vez en voz alta.

—Sigue por el pasillo hasta encontrar unas escaleras, desde ahí deberás subir cinco pisos hasta llegar a la habitación 1402 —respondió el soldado.

—Muchas gracias —dijo Niri y se despidió.

Niri subió las escaleras. Los cinco pisos se le hicieron eternos con el equipaje a cuestas. Cuando al fin llegó, se topó con un

largo pasillo que tenía varias puertas intercaladas. Observó que en cada puerta había un pequeño letrero con una numeración. La que ella estaba viendo tenía grabado el número 1310. Siguió avanzando y las siguientes puertas tenían el 1311 y el 1312, luego se saltaba al 1401 y al final estaba el 1402.

Niri golpeó la puerta correspondiente y una chica de piel canela y larga cabellera, de una edad aproximada a la suya, le abrió.

—¡Buenas noches! —saludó Niri—. Los encargados del edificio me asignaron esta habitación.

—¡Hola, soy Mae! —respondió la joven—. ¡Tú debes ser Niri!

—Hola Mae, así es, mi nombre es Niri. Seremos compañeras de habitación.

—¡Pasa! —dijo Mae señalando hacia dentro de la habitación—. No solo seremos compañeras de habitación, también compartiremos clases. ¿De qué lugar de Gunala vienes?

—Vengo de Cajar, es un poblado muy alejado, está cerca de la región Hars —dijo Niri mientras observaba cada detalle del apartamento.

Había una cama con litera, un escritorio, un espacio para el baño. La habitación estaba iluminada por lámparas de energía solar ubicadas en la ventana.

—Tú eres de Fuentes, ¿cierto? —dijo Niri.

—Así es, ¿cómo lo supiste? —dijo Mae colocando las manos sobre la cintura—. Mi ciudad natal es una maravilla, pero no se compara con las ciudades de esta región.

Mae hacía ademanes en cada comentario tratando de dar mayor énfasis a sus palabras.

Las chicas tomaron asiento en la parte baja de la cama.

—¿Por qué llegas a esta hora? Te perdiste el recibimiento. Hubo mucha gente, miles de estudiantes de todas las regiones, algo espectacular —dijo Mae gesticulando con las manos.

—No vine directamente. Estaba con mis padres y tuvimos que desviarnos hacia la ciudad Lago —dijo Niri.

—No hay lío. ¿Sabes? Mañana será un día grandioso, pues nos asignarán las materias que seguiremos. Harán una selección para conocer nuestra vocación —dijo Mae usando nuevamente su extraña gesticulación.

—¿Hablaron de qué tipo de examen nos harán? —preguntó Niri.

—No, pero no tiene importancia. ¡Yo sé lo que quiero! ¡Quiero ser una soldado de oro! —Mae exageró aún más su gesticulación.

—Espero lo mismo —dijo Niri con cierto escepticismo.

—¿Qué sucede? No te veo muy decidida.

—No es eso, solo estoy algo cansada.

—Entiendo. Será mejor ir a descansar, mañana será un día especial.

Mae fue a descansar en la parte superior de la litera. Niri estaba desempacando y se quedó unos minutos contemplando la luz de la luna.

A la mañana siguiente, todos los estudiantes, que eran cientos, estaban reunidos en un gran patio ubicado en una planicie muy cerca de los edificios de la academia. Alrededor del patio se veían unos cuernos gigantes de madera que eran utilizados para am-

plificar la voz a manera de bocinas, y en uno de los costados, una tarima amplia donde estaban varias personas, entre ellas siete soldados de oro portando su lujosa armadura, algunos profesores de la academia y el rey Ercos, monarca de la región Norte.

Los estudiantes formaron varias filas. Banderas con símbolos de cada región ondeaban frente a ellos. Vestían uniformes elegantes de color gris oscuro, lo que les diferenciaba era sus corbatas y pañoletas del color representativo de cada región. Niri y Mae se formaron junto a los estudiantes de Gunala. Las muchachas sentían un ligero nerviosismo y gran emoción al estar frente a tan importantes personajes.

En la tarima, el primero en acercarse fue el rey Ercos, él era una persona ya madura, de unos cincuenta años. Medía 1,93 m de alto; tenía ojos claros, abultada barba y cabello corto, rubio, típico de los habitantes de la región Nevas. Vestía una suntuosa armadura de oro con sujetadores de cuero y una larga capa celeste. En su pecho brillaba el símbolo de la región Norte: el pájaro pico de marfil bordado con zafiros.

— ¡Fraternidad de las regiones para la felicidad de los pueblos! —dijo Ercos, y su voz se escuchó fuerte y clara a través de los cuernos de madera.

Todos los estudiantes se miraban sorprendidos, preguntándose cómo era posible escuchar a su rey de esa manera, a excepción de los estudiantes de las regiones Nevas y Norte que, al parecer, ya conocían ese tipo de tecnología, por lo cual no les causaba asombro. Ercos caminaba, pausadamente, por la tarima, siempre dirigiendo su mirada a los cientos de estudiantes.

—¡Sean bienvenidos, queridos estudiantes! —intervino nuevamente Ercos—. Para mí es un honor darles la bienvenida a esta academia que los acogerá durante sus años de preparación

física, mental y emocional. Ustedes tienen un privilegio especial que muchos envidian, pero esta realidad les da la responsabilidad de servir a su región y a sus regiones hermanas con todas sus capacidades. Muchos de ustedes serán grandes científicos, grandes artistas y grandes soldados, pero lo que realmente les hará grandes personas será su capacidad de llevar cualquier título con *humildad, sencillez* y al *servicio* de quienes más lo necesiten. Una vez que comprendan el significado de estas tres palabras, sabrán que se necesita mucho valor, sacrificio y disciplina. Valor para sobrellevar cualquier carga a cuestas y estar dispuesto a hacer lo correcto en todo momento. Sacrificio para renunciar a sus caprichos, orgullos, incluso a sus creencias, y disciplina para mantener el orden, la constancia y las rutinas de vida... Estoy seguro de que estos años serán de mucho provecho. Espero contar pronto con sus servicios. ¡Éxitos, mis queridos estudiantes!

Estas fueron las palabras de Ercos. A su discurso le siguió un estruendoso aplauso por parte de los estudiantes, soldados y profesores presentes. Posteriormente, Ercos tomó asiento en uno de los lugares que estaban preparados en la tarima.

A continuación, uno de los profesores se puso frente a los estudiantes. Mientras tanto los jóvenes comentaban entre ellos el discurso de su monarca.

—¡Queridos alumnos! Tal como dijo nuestro rey Ercos, ustedes tienen el privilegio de pertenecer a esta destacada institución donde tendrán una preparación completa en ciencias artísticas, atléticas o de investigación —dijo el profesor e hizo una leve pausa mientras revisaba un pergamino—. A partir de este momento se los llamará para realizarles una prueba de aptitudes con el fin de ubicarlos en la rama educativa a la que ustedes pertenecen —sentenció el profesor—. En ese momento, los estudiantes comenzaron a cuchichear entre ellos.

— ¿A qué se refiere con ubicarnos? —susurró Mae hacia Niri.

—Nos harán una prueba de ubicación —respondió Niri.

—¡Yo no necesito ninguna prueba, yo sé muy bien lo que quiero! —manifestó Mae enérgicamente.

—¡Se los llamará por su orden de ingreso! Les sugiero estar atentos —dijo el profesor—. Ahora regresen a sus respectivos edificios.

Los alumnos regresaron a sus respectivos edificios Niri y Mae fueron al de Gunala, ahí les indicaron cómo llegar a un gran auditorio donde se les aplicaría la prueba de ubicación.

—Comenzarán con las pruebas de descarte —comentó una estudiante mientras ingresaban a uno de los salones en el instituto de su región.

— ¿A qué te refieres con eso? —preguntó Mae. Niri también miraba con curiosidad.

—Primero nos harán las pruebas científicas y de artes. En caso de que no aprobemos la prueba para la vocación atlética ya sabrán a dónde enviarnos.

—Eso es no tiene importancia. ¡Sé, exactamente, cuál es mi vocación! —acotó Mae.

—Buenos días, alumnos. Se les entregará diferentes objetos y tres preguntas, las cuales deberán ser respondidas con claridad y exactitud —manifestó un profesor—. Los estudiantes lo miraban un poco nerviosos.

El profesor entregó un pergamino y algunos objetos a los estudiantes. Niri miró su test y comenzó a leerlo, analizando cada

una de las preguntas. La primera tenía un enunciado en forma de problema:

“Un prisionero está encerrado en una celda que tiene dos puertas, una conduce a la muerte y la otra a la libertad. Cada puerta está custodiada por un vigilante, el prisionero sabe que uno de ellos siempre dice la verdad y que el otro siempre miente. Para elegir la puerta por la que pasará, únicamente puede hacer una pregunta a uno de los vigilantes. ¿Cómo puede salvarse?”.

Niri se quedó meditando sin saber qué responder. Pasó a leer la siguiente pregunta mientras esperaba que su mente optara por alguna respuesta.

El segundo problema decía: “¿Qué figura se puede apreciar después de armar el rompecabezas?”.

Niri miró entre las cosas que le había entregado el profesor y encontró la caja con un rompecabezas de unas cien fichas por lo menos. Tendría que armarlo para poder contestar.

Por último, la tercera pregunta decía lo siguiente: “¿Cuántas figuras geométricas observa en el siguiente gráfico?”.

El pergamino mostraba el dibujo de un conjunto de figuras geométricas interconectadas entre sí.

Niri resolvió los problemas dos y tres, el primero le causaba mucha confusión. Al finalizar se juntó con Mae y dialogaron sobre esta prueba mientras caminaban hacia otro salón donde realizarían el test de Artes.

—Contesté todas las preguntas, pero no estoy segura de haberlo hecho bien. De todas formas no me importa ya que no pienso ser científica. ¿Y, cómo te fue a ti? —preguntó Mae a Niri.

—Yo solamente contesté la dos y la tres. Sobre el primer problema no tenía idea. Un amigo de Gunala nunca contestaba si no conocía la respuesta, yo seguí su ejemplo —respondió Niri.

—¿Qué amigo?, ¿él también está en la academia? —preguntó Mae.

—No, Dames se quedó en Cajar, mi pueblo natal —respondió Niri.

—Entiendo, amiga... ahora el test artístico, otra pérdida de tiempo —dijo Mae.

—¿Estás segura de aprobar el test de vocación atlética? —preguntó Niri.

—Pues claro, de eso dependerá mi permanencia en la academia —aclaró Mae.

—¿Esta es la sala de arte? —preguntó Niri al llegar al salón.

El salón tenía paredes blancas y piso de madera, estaba prácticamente vacío, sin ningún mueble, solamente tenía un cuadro negro colocado en una de las paredes.

—¡En este lugar no hay nada!, ¿qué se supone que debemos hacer aquí? —preguntó Mae.

Como Mae, muchos jóvenes estaban confundidos.

—¡El test de arte ha comenzado! —dijo una profesora ubicada al final del salón.

Capítulo 5

La prueba del miedo



Niri, Mae y el resto de alumnos miraban perplejos aquel cuadro.

—¿De qué se trata esto?, ¿es una broma? —susurró Mae.

—Debe tener algún significado, quizás debemos descubrir algo —comentó Niri.

—¡No hay nada que descubrir, es un simple cuadro negro!

Los demás alumnos también comentaban contrariados.

—¡Miren el cuadro en silencio! Luego escribirán un ensayo de lo que el cuadro provoca en ustedes —acotó la profesora.

Los alumnos intentaban descifrar el cuadro; luego de tanto mirar, algunos empezaron a notar algo en aquella pintura. Era de una tonalidad oscura pero en el centro y los alrededores había varios círculos de un tono ligeramente diferente, un tanto grisáceo.

Minutos después, algunos alumnos anotaron en sus pergaminos sentimientos como soledad, desesperación, vacío interior; otros observaban esperanza y otros como Mae y Niri anotaron, simplemente, noche y oscuridad. Los alumnos entregaron sus pergaminos y salieron del salón.

—Eso estuvo raro. De hecho, muy confuso —dijo Mae con su característica gesticulación.

—Yo no sabía qué anotar en el pergamino, iba a escribir solamente “negro” —acotó Niri.

Las muchachas rieron.

—Es cierto, yo iba a colocar “el color de mis ojos” —dijo Mae haciendo un gesto coqueto.

Ambas rieron nuevamente.

—Ya tienen nuestras evaluaciones de descarte, en caso de que no aprobemos la evaluación atlética.

—¿Alguna idea de qué test nos harán ahora?

—No lo sé, pero el sujeto que me trajo en la carroza dijo algo sobre “probar nuestros temores”.

—¡Pues yo no temo a nada! —exclamó Mae—. Bueno, tengo miedo de no aprobar y de que me ubiquen en otra rama. Imagina que me ubiquen en Artes. ¡Tendría que ver todo el día cuadros negros!

Las dos volvieron a reír.

Llegada la tarde, los profesores de la institución iban llamando a grupos de estudiantes a un auditorio circular. En el centro de la sala estaba ubicada una camilla con varios aparatos.

Niri y Mae estaban en el tercer grupo. Ellas observaban cómo sus compañeros salían del auditorio, algunos con rostros llenos de felicidad, otros con tristeza y otros con resignación.

—¿Qué crees que les sucedió? —preguntó Niri a Mae cuando observó a dos chicos salir con lágrimas de tristeza en los ojos.

—Que no aprobaron, eso sucedió —respondió Mae.

—¿No te da nervios esta prueba?, ¿Qué sucederá si no la pasamos? —interrogó Niri.

—¡Yo no tengo esa opción!, vine porque deseo ser una soldado —dijo Mae muy decidida.

—Pero, ¿si eso no pasara? —pregunto Niri.

—No he pensado en eso, porque no lo veo como una opción y te sugiero que hagas lo mismo. No te pongas nerviosa o lo peor puede suceder —respondió Mae.

—Tienes razón —dijo Niri.

En ese momento salió un profesor del salón

—Los estudiantes del tercer grupo. Ubíquense en los asientos, se los llamará uno por uno— dijo el profesor abriendo las puertas del auditorio.

Niri y Mae entraron con otros chicos. Los estudiantes tomaron asiento, tal como había solicitado el profesor y, enseguida fue llamado el primero de los estudiantes. Este se recostó en la camilla que estaba en el centro del auditorio. Otro profesor le pidió que se levantara la manga de la camisa mientras le colocaba una especie de electrodos sobre su pecho y cabeza. Estos electrodos estaban conectados a un aparato que funcionaba a manera de contador analógico.

—¡Bien, alumnos! Evaluaremos su instinto natural que está dormido y, según eso, confirmaremos si son aptos para desarrollarse en tareas atléticas y militares; los resultados de estos análisis nos darán una idea clara de su capacidad para soportar grandes cantidades de estrés —dijo en voz alta el profesor.

Los estudiantes se miraban entre sí con un ligero nerviosismo; incluso Mae se mostraba atemorizada.

—Este aparato es capaz de medir la carga de estrés que su cuerpo produce —dijo el profesor, quien hizo una pausa y caminó hacia el contador analógico—. Para una persona normal, los niveles de estrés oscilan entre 85 y 90, pero para ser un soldado deben ser menores a 85. El sistema que utilizaremos será el siguiente: el estudiante se ubicará en la camilla, donde le colocaremos estos conductores de ritmo que envían un pulso hacia el contador, el segundo paso será atar de brazos y piernas al estudiante con estas correas de cuero —dijo el profesor al tiempo que señalaba unas correas ubicadas al filo de la camilla—, esto tiene la finalidad de evitar que el estudiante se haga daño. Por último, les inyectaremos Dopamín, una sustancia que les pondrá a dormir y les provocará varios sueños o pesadillas. Es ahí donde analizaremos su capacidad de reacción. Si el contador llega a 85, sabremos que no son aptos para la rama atlética militar. El sueño inducido durará entre cinco y diez minutos, pasado ese tiempo, los despertaremos. ¿Quedó claro? —preguntó el profesor.

Ninguno de los chicos manifestó inquietud alguna. Mae y Niri sentían desconcierto y temor mientras esperaban su turno.

—Muy bien, ¡empecemos! —dijo el profesor.

Los otros maestros ataban al primer estudiante.

—Manténgase calmado, ahora le inyectaremos —dijo uno de los maestros al estudiante.

Apenas el muchacho recibió la dosis de Dopamín, cayó en un profundo sueño. Niri, Mae y los demás estudiantes miraban con asombro. De repente, el contador inició. En primera instancia los números se ubicaron en 1, luego 2, 3, 4 hasta el 10, lentamente. Luego de unos minutos, el contador subió de golpe del 10 al 50.

Los estudiantes miraban sorprendidos cómo el contador subía rápidamente. El muchacho que permanecía atado daba gritos y gemidos, su agitación era tal que, de no haber sido por las correas, hubiese tumbado la camilla. El contador se detuvo unos segundos y luego fue de 50 a 70 a un ritmo medio. Habían transcurrido alrededor de tres minutos y el contador se mantenía en 75; de pronto, el contador subió, abruptamente, a 90. En ese instante, los profesores retiraron el suero al estudiante y lo despertaron.

Aquel chico despertó en un mar de sudor. Decía ciertas palabras de delirio mientras los profesores lo calmaban indicándole que ya había pasado, que todo había sido un sueño. Después de unos segundos, el muchacho rompió en llanto al ver que no había superado el test. La mirada de los otros estudiantes era de preocupación por lo que estaban a punto de experimentar.

La siguiente en pasar fue Mae. Niri le deseó lo mejor. En el fondo, Mae sentía temor pero no lo demostraba. Se veía muy confiada y convencida de un resultado positivo. Fue conducida a la camilla y comenzó el test. Su contador inició de golpe en 10 y se mantuvo en 45 durante cinco minutos; casi al minuto ocho, su contador llegó a 70; finalizó el test con un puntaje de 73. Tal como ella esperaba, su resultado fue positivo. Al despertar y conocer su puntaje dio saltos de emoción.

—¡Lo logré, estoy dentro! —exclamó Mae.

—¡Estudiante, guarde compostura! —dijo uno de los profesores.

—Lo siento —dijo Mae.

Ahora era el turno de Niri. Se puso de pie y se dirigió con nerviosismo a la camilla. Mae, por su parte, dio otro grito de apoyo a su amiga.

—Muy bien señorita. Usted ya ha visto el procedimiento, empezaremos cuando esté lista —dijo el profesor.

—De acuerdo. Estoy lista —dijo Niri y dio un largo suspiro aceptando su destino.

El profesor procedió a atarla y el otro le colocó la inyección. Niri sintió un ligero frío que empezaba a recorrer su brazo, luego subía a sus hombros, por último todo su cuerpo se llenó de esta sensación, hasta que, de repente, su mente se puso en blanco.

—¿Niri, que observas? —preguntó Aida.

—El acabado de estos jarros es asombroso—respondió la muchacha.

—Son hechos por los Nevas, en la mismísima región Norte, inspirados en Gunala, claro está —intervino un anciano de larga cabellera color gris que vestía un atuendo Gunala y se apoyaba en un bastón de metal—. En ese lugar hay cosas maravillosas; es increíble cómo puede existir gente con tanta imaginación, esos Nevas son únicos.

—¡A usted lo conozco de algún lugar! —dijo Niri un poco alterada.

Mientras tanto, en el auditorio circular, los estudiantes miraban expectantes la participación de Niri. Mae estaba angustiada. El contador de Niri había subido repentinamente a 12 en el primer minuto.

—¿Usted trajo estos jarros de la región Norte? —preguntó Niri.

—No todos —respondió el anciano—. Algunos objetos son hechos por mis manos.

—Entonces, ¿por qué alaba a los Nevas si fue usted quien hizo estos objetos? —preguntó Niri mientras observaba a detalle los

objetos que tenían formas complejas como rocas triangulares, platos rotos y armas teñidas de sangre.

—¿Qué es esto? —dijo Niri mientras sujetaba una daga ensangrentada.

El contador subió a 21.

—Los Nevas tienen una gran percepción de las cosas, pueden realizar grandes inventos con objetos comunes—respondió el anciano.

Hubo un momento de pausa cuando, abruptamente, ingresaron al lugar cuatro sujetos armados con dagas, cuchillas y lanzas afiladas. Tenían sus rostros cubiertos con pañuelos. Ellos sujetaron a dos clientes del local.

—¡Al suelo! —gritó uno de los sujetos—. ¡Túl, dame todo el dinero y las joyas —señaló al anciano dueño de la tienda, quien estaba paralizado por el miedo.

—¡Qué!, ¿acaso no escuchaste? —dijo uno de los sujetos, y clavó una daga a uno de los clientes en un costado del abdomen. Las personas que estaban en el local gritaron muy temerosas. Luego, aquel sujeto se acercó amenazante hacia el anciano de cabellera color gris —Mira, viejo, esta es la última advertencia. ¡Entrega todas las monedas de oro, plata y bronce!

El asaltante descubrió su rostro y dijo: ¡Mi nombre es Casedy!

Niri estaba soñando en aquel asesino que traía un tatuaje de un triángulo que cubría el contorno de su ojo izquierdo y una lacra en su pómulo derecho.

Niri continuaba de pie con mucho temor. Ahora, en la tienda solo estaban el anciano, los asaltantes y ella.

Otro de los asaltantes había visto la medalla de plata de Niri, la medalla del águila en pleno vuelo. —¡Tú, muchacha!, ¿qué traes ahí?, ¡me quedaré con esto! —dijo el asaltante y se puso de rodillas para arrancar la medalla del cuello de Niri.

Niri se alteró al revivir aquel arrebato. El contador subió rápidamente a 35. Mae gritó exaltada.

—¿Eso es todo, viejo? ¡No tienes nada! —gritó el asaltante que sujetaba al dueño de la tienda.

—No he vendido nada aún —respondió el anciano muy seriamente.

—¡Mira, viejo, no te quieras pasar de listo!, ¿acaso quieres morir? ¡Voy a matarlos a todos! ¡Bien, bien! ¡Agáchate, viejo! —dijo Casedy mientras sometía al anciano y lo ponía de rodillas.

—¡Tú!, ¡sujeta los brazos del viejo! —dijo Casedy señalando a Niri, quien miraba muy asustada. Niri acató la orden, lentamente se puso frente al anciano de larga cabellera, se arrodilló y lo sujetó con sus manos, se sentía realmente consternada por todo lo que estaba sucediendo.

En el instante que dura un parpadeo, Niri vio al anciano desvanecerse y su rostro sangrante se desplomó sobre su pecho. El delincuente había clavado una daga en la nuca del anciano, dejándolo sin vida. Niri permanecía paralizada con los ojos llenos de terror.

El contador aumentó a 47 y seguía subiendo.

Niri, horrorizada, abrazaba al anciano. Ahora solo estaban el anciano y ella en el local, los dos yacían juntos en el piso, no había nada a su alrededor. Luego de unos minutos, Niri se levantó y corrió lo más rápido que pudo. Se acercó a los puertos, no había

personas ni locales comerciales. Ella no sabía qué hacer, solamente quería escapar.

El contador se ubicó en 70. Mientras tanto Niri estaba desesperada.



—¡No, mi padre, no! —gritó Niri con todas sus fuerzas.

—¡Muchacha será mejor que te calmes! —dijo el asaltante mostrando su cinturón lleno de cuchillas.

—¡No te dejaré! —volvió a gritar Niri, y tomando su yari se puso en frente de este peligroso asesino.

Los escenarios en la mente de Niri eran cambiantes, ahora se encontraba en la zona del poblado con muchas personas a su alrededor.

—¡Ya basta!, ¡se acabó mi paciencia! —dijo el delincuente

—¡Hija, detente! ¡No lo hagas! —gritó Vic horrorizado.

—¡No sabes lo que te acabas de ganar! —dijo el maleante con rabia en su rostro. Sacó rápidamente una de sus cuchillas y se la clavó a Vic sin que Niri pudiera reaccionar.

—¡No! ¡Papá! —gritó Niri con su rostro lleno de lágrimas y desesperación en su alma.

Niri permanecía en shock, su mente estaba llena de rabia e iba a descargarla con el asesino de su padre. Mientras tanto, el contador había subido a 73 y las emociones de Niri seguían en ascenso.

—¡Te atreviste a matar a mi padre!, ¡pagarás por ello! —Niri fue al ataque. El delincuente esquivaba los golpes mientras se reía a carcajadas. Niri no podía hacerle ningún daño. Ella estaba furiosa; sin embargo, el no poder hacer nada convertía toda esa rabia en desesperación. Niri cayó al piso resignada a su destino y Cassedy aprovechó para darle una golpiza. Lágrimas de impotencia mezcladas con el tinte rojo de su sangre recorrían su rostro.

Cada golpe que Niri recibía hacía que el contador siga subiendo hasta ubicarse en 82. Mae sufría por su amiga.

Luego de ser golpeada, Niri apareció en el piso de los restos de un castillo devastado en el desierto. El cielo estaba completamente celeste, no se veía ninguna nube. Niri recorrió aquellas ruinas. Su rostro reflejaba angustia. Dio unos pasos hasta ubicarse en un oasis en forma de pileta. Remojó su rostro pero el agua no limpiaba su cara ensangrentada.

Niri dejó atrás el oasis y corrió por los pasillos del castillo buscando una forma de salir. Tenía la impresión de que los muros cada vez estaban más cerca, como si pudieran moverse solos. Niri aceleró su paso, pero no hallaba salida alguna. Corría hacia todos los lados, pero siempre llegaba al mismo lugar. Se acercó al muro y lo tanteó con sus manos; de pronto se dio cuenta de que estaba encerrada en cuatro muros. Entró en desesperación. Golpeó las paredes con sus puños, pero de nada servía. El terror de la claustrofobia había entrado en su mente. Al verse sin escapatoria, se tiró al piso y se quedó ahí por mucho tiempo, en posición fetal, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No puedo!, ¡ya basta!, ¡no lo soporto más!, —gritó Niri.

El contador había llegado a 84. Mae miró al piso, resignada por su amiga, ya que aún faltaban tres minutos y el contador había llegado al límite permitido.

—¡No puedo con esto! —continuó Niri.

—¡No digas tonterías, Niri! —dijo una voz proveniente de algún lugar.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Niri algo sorprendida y su cuerpo se calmó al escuchar aquella voz—. ¿Dames, eres tú?

—Así es, veo que no me has olvidado —dijo la voz que sonaba como eco—. ¡Vamos, levántate!, tienes que salir de este lugar.

—¡Pero no puedo!, ¡estoy atrapada! —gritó Niri.

—¡Vamos, Niri!, ¿qué hacemos nosotros con los muros? —preguntó Dames.

—¡Los trepamos! —respondió Niri con una leve sonrisa.

—¡Así es! ¡Hazlo!, yo te espero al final —dijo Dames.

—Lo voy a intentar —replicó Niri.

—No lo intentes, ¡hazlo! —sentenció Dames.

Niri asintió con la cabeza y comenzó a trepar los muros que la habían encerrado, había un espacio estrecho entre ellos, y esto le servía a Niri para para impulsarse, rápidamente, hacia arriba.

—¡Vamos, Niri! ¡Así se hace!, demuestra tu potencial —dijo la voz—. ¡Tú eres una soldado de oro!, recuerda a lo que viniste. ¡Las regiones necesitan de tus habilidades! ¡Solo con tu ayuda se evitarán asesinatos y tragedias como la del anciano!

Niri encontraba motivación en cada palabra pronunciada por Dames. Su voz le daba la seguridad para continuar.

—¡Estoy cerca, Dames!, ¡lo voy a lograr! —gritó Niri emocionada.

Niri había escalado gran parte del muro y se encontraba muy cerca de cruzarlo.

—Cuando esto acabe serás imparabile, ¡estás a punto de lograrlo! ¡Ahora ponle fin a tus temores y haz justicia! —dijo la voz.

Niri llegó a la cima del muro y dio un gran salto para quedar fuera de su prisión, en cuanto pisó tierra firme, se levantó y vio a Cassedy frente a ella.

—¡Otra vez tú!, ¿quieres otra paliza? —dijo el maleante sonriendo.

—Esta vez te voy a detener —dijo Niri muy confiada y con la mirada amenazante.

El asaltante lanzó un fuerte golpe con su puño; sin embargo, en esta ocasión, Niri lo detuvo fácilmente.

—¡Quedas detenido por asesinato, por generar violencia y altercados! —manifestó Niri, en tono muy formal, mientras sujetaba fuertemente el brazo de Cassedy.

—¡Suéltame! —dijo el maleante, y se abalanzó contra Niri intentando golpearla con sus dagas, con sus puños y con sus piernas; pero la nueva Niri era muy rápida y, sin ningún tipo de arma, únicamente con sus brazos, detenía y esquivaba todas las embestidas del malhechor. Era como si un niño intentara alcanzar a un adulto. No había comparación en velocidad ni en fuerza. Por último, Niri desarmó fácilmente al bandido, lo tumbó contra el piso y le sujetó con unas cadenas a manera de esposas en las muñecas.

—¡Quédate quieto! No dejaré que villanos como tú sigan libres y cometiendo delitos. ¡No te perdonaré! —gritó Niri.

Niri volvió en sí gritando, su prueba había concluido y su marcador se mantuvo en 84. Sus compañeros la aplaudieron en cuanto abrió los ojos, ya que los había mantenido en suspenso durante toda la prueba.

Capítulo 6

Una pelea difícil



Niri y Mae salieron del salón en cuanto concluyeron las pruebas de su grupo. Mae se mostraba contenta, en tanto Niri estaba callada, un poco consternada. No recordaba su sueño; sin embargo, la mezcla de emociones que había sentido aún permanecía en su cuerpo.

—Niri, ¿eres tonta o qué? Tu prueba estuvo de infarto —dijo Mae riendo mucho.

—Y lo peor es que no recuerdo nada, pero me alegra haber aprobado —dijo Niri sonriendo.

—Es verdad, estamos dentro, eso es lo que importa. ¿Te imaginas eligiendo Artes? —dijo Mae.

—No, para nada —replicó Niri. Las muchachas rieron fuertemente.

En los siguientes días, a todos los estudiantes se les asignó un horario de clases y las materias que recibirían a lo largo del curso. Niri y Mae estudiarían: Cálculos exactos (similar a las Matemáticas de nuestro mundo), Origen de los elementos, Salud y vida, entre otras materias, aparte, claro está, del adiestramiento militar. Las muchachas estaban contentas y, al fin, rumbo a cumplir sus metas.

La primera semana, Niri y Mae se sentían ansiosas, pues no habían recibido ningún tipo de preparación atlética. Esperaban con ansias las clases en el coliseo. Iba ser la primera vez que visitarían el lugar de preparación de los soldados de la región Norte.

Los edificios de cada una de las regiones tenían su propio coliseo; ahí se realizaban los entrenamientos físicos que comprendían pruebas de velocidad, resistencia, equilibrio, combates con diferentes armas (espadas, lanzas, entre otras), manejo de arco y flecha, etcétera.

Aquella mañana habían llegado todos los alumnos que aprobaron el test de vocación atlética. Jóvenes con rostros llenos de alegría e ilusión atravesaron el portón principal hacia la gran arena blanca del coliseo. En ese lugar estaban varios soldados de cobre que organizaban a los estudiantes en grupos y los hacían formar en filas. Dentro del coliseo había varios utensilios de gimnasia. En el centro del escenario estaba una piscina que, realmente, era un lago adecuado, naturalmente, para el lugar.

Los estudiantes estaban formados y aguardaban instrucciones. De pronto, alguien, desde los altavoces en forma de cuernos hechos de madera, les daba la saludaba efusivamente.

—¡Sean bienvenidos estudiantes de Gunala! Esta es su arena y, desde hoy, la verán con respeto y devoción —dijo la voz fuertemente.

Enseguida apareció un soldado de oro que portaba con orgullo su armadura. Ella cargaba un largo yari sobre su espalda y un extraño cetro con una esfera de núcleo de agua en su cintura. Esta soldado tenía la tez morena, aparentaba ser de mediana edad, delgada, con cuerpo atlético. Los chicos miraban con algo de confusión.

—Mi nombre es Seti. Seré su instructora en su preparación atlética y su entrenadora para los Duelos de las Regiones. Para quienes aspiren a ser un soldado distinguido, yo, personalmente, me encargaré de que su entrenamiento sea completo. Me especializaré en potenciar sus habilidades y, si la suerte nos sonríe, llegarán muy lejos. Si se esfuerzan lo suficiente, a lo mejor esta región pueda ganar a su primer soldado de oro en quince años. Empezaremos enseguida. Para evaluar su rendimiento realizaremos algunas pruebas de resistencia, velocidad, fuerza y agilidad.

Los alumnos acataron las órdenes de la instructora. Se formaron y empezaron a realizar algunas pruebas en grupos de diez personas. Uno de los primeros test era correr lo más rápido posible en el espacio de cien metros, similar a las carreras de cien metros planos.

Niri y Mae sobresalieron en esta prueba, pues tenían una gran velocidad que les diferenciaba de sus compañeros. Seti las miró con atención, pero no se inmutó, ya que la velocidad de las muchachas no era suficiente para un soldado.

Luego hicieron unas pruebas de natación en la piscina natural del coliseo, ahí debían nadar alrededor de dos mil metros; algunos estudiantes se retiraron de esta prueba, pues resultaba ser algo cansada y de mucha resistencia. Niri se retiró a los mil doscientos metros y Mae a los mil cuatrocientos.

Seti aún no se impresionaba por ninguno de los estudiantes. Todos mostraban capacidades muy por debajo de un atleta sobresaliente. Antes de comenzar la prueba de los combates se dirigió a sus alumnos.

—¡Estudiantes! Veo que tienen mucho por aprender, les pido que no se desanimen. El paso para ser un gran atleta está en sus manos, en la dedicación diaria y en la disciplina que le pon-

gan a sus entrenamientos. Yo haré todo lo posible por potenciar sus habilidades al máximo. Ahora evaluaremos su desempeño y equilibrio en combate. Pasarán en parejas y tendrán un combate libre con el yari sobre la viga de madera que cruza la piscina. El combate tendrá una duración de diez minutos. El primero en caer a la piscina perderá automáticamente, sin importar el tiempo que haya transcurrido. Peleen usando todas sus habilidades —dijo Seti mirando a sus estudiantes muy de cerca. Su mirada causaba cierta intimidación—. Tú y tú —señaló, al azar, a dos chicos para que inicien la prueba.

Los dos muchachos que fueron señalados pasaron a cada extremo de la viga y empezaron a luchar. Sus destrezas en combate eran pésimas. Los chicos procuraban mantener el equilibrio antes que mostrar habilidades de pelea. Seti miraba con indignación, mostrando ciertos gestos de impaciencia por tener que esperar todo ese tiempo. Una vez concluido el tiempo, los muchachos recibieron un regaño por parte de Seti.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! ¿Ustedes quieren llegar a ser soldados con actuaciones tan pésimas como esta? —dijo Seti exaltada—.

Los estudiantes agacharon la mirada

—Cambiaremos las reglas. Ahora cada combate durará solamente cinco minutos y los ganadores tendrán puntos extra que podrán usarlos cuando crean necesario —dijo Seti muy contrariada a sus estudiantes.

Los estudiantes se mostraban cabizbajos y desmotivados.

—Quédense tranquilos, lamento haberles hablado así, pero quiero que me entiendan, todo esto es por su bien, ¿comprenden? —dijo Seti hacia todo el grupo.

Luego, Seti se acercó a uno de los alumnos y le dijo:

—¿Me comprendes?

—Sí, maestra —dijo el estudiante.

—Bien, eso quiero escuchar. ¿Tú comprendes? —dijo Seti señalando a otro estudiante.

—Sí, maestra —respondió tímidamente el alumno.

—¿Tú comprendes? —dijo Seti dirigiéndose a Niri.

—Sí, profesora —respondió Niri con el mismo temor de sus compañeros.

—Tranquila, ¿te sientes bien en este lugar?, ¿crees que mereces estar aquí? —insistió Seti hacia Niri.

—Sí, profesora —replicó Niri.

—Así debe ser. Deseo que te sientas bien, seguro ya has hecho amistades —dijo Seti y Niri hizo un gesto afirmativo con la cabeza. —¿Quién es tu mejor amiga o amigo? ¿Se encuentra en este lugar?

—Sí, profesora. Es Mae —respondió Niri.

—Bien, ¡que pase Mae! —dijo Seti buscando a la muchacha en el grupo.

El gesto de amabilidad de Seti hacia sus alumnos cambió repentinamente, su expresión dura y de inconformidad había regresado.

—¡Ustedes serán las siguientes! La perdedora deberá repetir el test de ubicación y de no haber una ganadora, todo el grupo deberá realizar nuevamente el test, y aceptaré solo a estudiantes

que obtengan un puntaje menor a 70, ya que considero que algunos de ustedes no deberían estar aquí. Purgaré a los estudiantes que no pertenecen a este lugar —dijo Seti con tal énfasis que provocó mucho desconcierto entre los estudiantes.

El temor se apoderó de todos. Niri no era la excepción. Estaba muy asustada pues su puntaje fue el peor del grupo, sentí que, prácticamente, había pasado de milagro.

—¿Están listas? —Seti miraba sonriente cómo Niri y Mae recogían sus yaris y caminaban hacia la viga de madera.

Las muchachas no pudieron decir nada. Solo se miraban y sabían que debían pelear en serio, pero no podían imaginarse atacándose mutuamente.

Niri temblaba, recogía el yari con lentitud como si quisiera ganar segundos para no tener que enfrentarse a su amiga. Mae, por el contrario, recogió el yari rápidamente y enseguida se puso en posición de combate sobre la viga de madera.

Niri miró a su amiga que ya estaba lista para el combate, y se acercó lentamente a la viga. Dio unos pasos tratando de mantener el equilibrio. Su mente divagaba, si ella perdía tendría que repetir el examen y obtener un máximo de 70, lo cual le resultaba sumamente difícil; por otro lado, tendría que pelear en serio con su amiga y darle golpes fuertes. Era todo o nada. No podía ser condescendiente con Mae, ya que el riesgo era perder su sueño de continuar en la academia.

Niri y Mae se miraron fijamente a los ojos, aceptando la prueba, y disculpándose de antemano. Ambas sudaban de temor.

—Bien, chicas. Ahora muestren un buen combate —dijo Seti sonriendo—. Listas... ¡empiecen! —gritó Seti.

Mae y Niri iniciaron el combate.

Mae empezó la contienda dando embestidas con su yari. Niri solo repelía los ataques.

—¡Vamos!, ¿eso es combate? —gritaba Seti.

Niri empezó a atacar, mientras Mae la esquivaba con giros acrobáticos.

—¡Esto es lo que quería ver!, muestren todo su esfuerzo, ¡Sigan así! —continuó Seti.

Mae demostraba ser una gran gimnasta, en tanto que Niri exponía un dominio único del yari. Niri giraba su arma a gran velocidad ya sea para atacar o repeler, y Mae no tenía dificultad para mantener el equilibrio, en todo momento sabía en dónde pisaba.

—¡Vamos! Se acaba el tiempo y todos saben lo que pasará si no hay una ganadora —gritó Seti.

Las palabras de Seti provocaron que Niri y Mae caigan en pánico.

Mae intensificó sus ataques golpeando a Niri en el rostro con sus piernas cuando había algún forcejeo de armas. Niri sabía que no podía hacer mucho. Mae era más fuerte y, en cualquier momento, le haría perder el equilibrio. Pero no era la primera vez que Niri se enfrentaba a alguien más fuerte. En su región solía combatir con su amigo Dames. Él era fuerte, y Niri solo tenía una forma de vencerlo cada vez que él la atacaba.

—¡Queda un minuto!, veamos quién tiene las agallas para terminar la pelea —dijo Seti, impaciente.

Niri no perdió el tiempo, realizó unos giros acrobáticos que Mae no esperaba; le atacó a la cabeza y, enseguida, golpeó las

piernas de Mae causándole inestabilidad; por último, lanzó un fuerte golpe al pecho de Mae, provocando que esta caiga a la piscina.

—¡Bien, eso es! ¡Así se hace! Felicidades, pequeña, vas a ser una gran atleta y una gran soldado si te lo propones —gritó Seti..

Niri veía, con tristeza, cómo su Mae salía de la piscina. Intentó ayudarla, pero Mae, molesta, le dijo que se hiciera a un lado.

—¿Qué pasó con la perdedora? —dijo irónicamente Seti.

—¡Ya basta! —gritó Niri.

—¡Oh! Tiene agallas la campeona. Las que le faltan a su amiga —dijo Seti.

—¡Le digo que pare! —dijo Niri con una mirada amenazante hacia su maestra.

—Está bien —dijo Seti y empezó a reír a carcajadas—. Les dejaré en paz por hoy. No habrá test de ubicación para ninguno, pero esto no significa que no les exigiré más cada día. Si no están dispuestos a dar todo, será mejor que no regresen a estas clases. —Es todo por ahora. Pueden marcharse —finalizó Seti.

Los alumnos regresaron a su edificio. En el camino, aunque iban juntas, Mae y Niri no se dirigían la palabra. Niri, apenada, miraba de reojo a su amiga. Y Mae, profundamente decepcionada, solo miraba hacia el piso.

Una vez que llegaron al edificio, y ya dentro de la habitación, fue Mae quien entabló conversación con Niri.

—Felicidades Niri, ganaste bien, ese ataque no me lo esperaba —dijo Mae.

—Gracias, amiga —dijo Niri encontrando alivio a su angustia en las palabras de Mae.

De pronto, Niri explotó en lágrimas.

—¿Qué sucede?, ¿por qué lloras? —preguntó Mae.

—Siento que no puedo más, es mucha presión —respondió Niri.

—Lo dices por Seti, ella es una idiota —dijo Mae.

—No es solo eso. La verdad ya no sé si quiero ser una soldado de oro —replicó Niri.

—¿Por qué dices eso?, ¿no es tu gran sueño conseguir esa meta? —insistió Mae.

—Sí, lo es. Pero siento que no tengo fuerzas para seguir adelante —dijo Niri.

—Pero, ¿de qué hablas? ¡Tienes mucha fuerza! ¡Acabas de lanzarme a la piscina! —dijo Mae sonriendo.

—Prometí a muchas personas que lograría conquistar esta meta, pero, ¿y si fallo?, ¿cómo podré mostrar la cara? —se interrogó Niri.

—Niri, tú no vas a fallar, no pienses de esa manera. Ambas tenemos un privilegio que muchos desearían —le alentó Mae.

—Dames hubiese dicho lo mismo —dijo Niri.

—¿Dames?, ¿tu amigo? Lo extrañas, ¿verdad? —dijo Mae.

—Sí, lo extraño mucho —respondió Niri.

—Niri, comprendo que te sientas triste, pero no puedes quebrantarte de esa manera simplemente porque extrañas a alguien. Yo extraño a mis padres, deseo verlos, pero no por esto abandonaré mi sueño —dijo Mae.

—¡No entiendes, Mae!, ¡no se trata solo de eso! —replicó Niri.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¡Explícame! —insistió Mae

—Extraño a Dames, pero no es que quiera abandonarlo todo solo por él. Le prometí que regresaría a Cajar cuando logre el título de soldado de oro y después de todo lo que he vivido tengo miedo de no lograrlo; y más aún, tengo miedo de enfrentarme a lo que los soldados deben cumplir —dijo Niri sollozando.

—¿A qué te refieres? —interrogó Mae.

—Antes de llegar a este lugar fui testigo de un asesinato a un anciano. El murió en mis manos y no pude hacer nada para impedirlo. Luego, el mismo sujeto intentó atacar a mi padre. Le hice frente pero fue en vano. ¡No pude detenerlo! —dijo Niri estallando en llanto.

—Tranquila, amiga —dijo Mae abrazando a Niri—. ¿Ese sujeto mató a tu padre?

—¡No!, en el instante en que el asaltante intentó atacarme, un soldado de plata lo detuvo.

—Ya veo —dijo Mae e hizo una pausa—. Niri desahógate, sé que tienes mucha carga emocional, pero te doy un consejo, tú no le debes nada a nadie, ni siquiera a tu amigo Dames de Cajar. Él hizo todo por verte feliz en su momento, y el hecho de que te alentara a seguir con este sueño es producto de eso. No lo veas como una obligación. Con título o sin título, él estará orgulloso de volver a verte, así que no te deprimas por ello; más bien, que su recuerdo sea lo que te aliente a no rendirte —sentenció Mae.

—Tienes razón —dijo Niri y sostuvo en sus manos el medallón del águila—. Debo redescubrirme.

—¡Así es! Y en cuanto a ese maleante, existen muchos como él por todas las regiones, y nuestro deber, una vez que seamos soldados, será detenerlos a toda costa —exclamó Mae.

—¡Es verdad!, no quiero que ninguna persona inocente sufra —dijo Niri.

—¡Eso es, Niri!, y para lograrlo debes estar bien con tus emociones, así que desahógate todo lo que quieras que mañana mostraremos la mejor versión de nosotras. ¡Ah... casi lo olvido! —dijo Mae sonriendo—. No te voy a perdonar que me lanzaras a la piscina.

—Lo siento —dijo Niri, y ambas rieron fuertemente.

Capítulo 7

Duras palabras



El tiempo transcurría, Niri se esforzaba cada vez más para alcanzar su anhelado sueño. En cuanto a sus estudios, ella tenía grandes aptitudes, no estaba entre los más avanzados de su clase, pero se mantenía entre los buenos estudiantes. En la parte física era diferente, ella entrenaba mucho y había mejorado en todas sus habilidades. La entrenadora Seti estaba impresionada, sobre todo, por la perseverancia de Niri, pues esta nunca se rendía. Seti le había dicho a Niri que, de seguir así, no habría nadie que la derrotara. Si su sueño era llegar a ser una soldado de oro, debía mantener esa condición. Niri sobresalía entre todos los alumnos de su clase tanto en velocidad, como fuerza y agilidad. Su físico había cambiado, ahora se veía como toda una atleta.

Al final del primer otoño, las clases habían terminado. Aquellos alumnos que ingresaron temerosos, ahora tenían diferentes visiones. Los estudiantes fueron a visitar a sus familias para pasar unas vacaciones y alistarse para el siguiente año, a excepción de un grupo en donde estaban incluidas Mae y Niri, quienes decidieron participar en los selectivos de los Duelos de las Regiones; para la gente de Gunala era difícil ingresar, ya que los nativos de otras regiones tenían ventajas físicas. Llegar a ser una soldado

de oro resultaba complicado y, en algunos casos, imposible. Seti, la maestra de Niri y Mae, estaba convencida del talento de sus estudiantes para conseguir el triunfo.

—Estoy contenta por su decisión. Será un camino difícil pero sé que tienen las capacidades para lograrlo —comentó Seti a Niri y Mae.

—Gracias, maestra. Pondremos todo de nuestra parte —dijo Niri adelantándose a Mae, quien también quería responder al cumplido de su maestra.

—¿Algún consejo, truco o maña que nos pueda servir? —dijo Mae.

Las tres muchachas rieron.

—Será muy complicado, pero les aconsejo que vayan paso a paso. Primero enfóquense en clasificar, los Duelos de las Regiones son otra cosa. Vayan a descansar, mañana deben llegar puntuales, mis queridas estudiantes —dijo Seti muy contenta.

Niri y Mae estuvieron de acuerdo.

A la mañana siguiente, las dos estudiantes se presentaron en el gran coliseo blanco de la región Norte para inscribirse en los Duelos. Había varios muchachos de los diferentes institutos de las regiones. Todos ellos se veían con grandes aptitudes y cuerpos trabajados. Había una gran cantidad de atletas.

—¡Vaya!, hay mucha gente —dijo Mae—. La verdad no imaginaba que estarían tantos estudiantes.

—No todos son estudiantes, algunos son atletas que se han preparado por su cuenta y llegan a probar suerte —acotó Niri.

—Tienes razón, pero algunos parecen mucho mayores a nosotras —dijo Mae señalando a uno de los atletas que aparentaba ser de una edad madura.

—Las inscripciones son para todos, por eso es importante clasificar para los Duelos. Tenemos que dar lo mejor —dijo Niri.

La muchachas se acercaron a una especie de taquilla ubicada afuera del coliseo, allí se inscribieron, recibieron un uniforme especial para la competición y continuaron su paso hacia la gran arena blanca, en cuyos alrededores se había agolpado una multitud de personas. En un espacio del palco estaba el rey Ercos, junto con los monarcas de las regiones participantes y los seis soldados de oro que ejercían la labor de entrenadores de los estudiantes en las academias, entre estos Seti, la entrenadora de Gunala.

En el instituto de la región Erba estaba Arsen, un hombre de unos 45 años, de piel rojiza, de 1,90 metros de alto, con una barba igual de roja. En Nasmi estaba Bord, un soldado de baja estatura, espalda ancha y brazos muy fuertes; en Venatti estaba Dalia, una mujer muy joven, de cabello rizado en forma de melena, y en representación de las regiones Norte y Nevas estaba Trick, un sujeto de mediana edad, rubio, de piel muy blanca.

Dentro de la arena blanca había un pelotón de unos cincuenta soldados de oro frente a los atletas.

Una vez concluidos los registros de ingreso, se cerraron las puertas del coliseo y el rey Ercos se puso de pie.

—Doy la bienvenida a todos los atletas que hoy han llegado con un sueño y la esperanza de lograr un gran objetivo; les deseo mucha suerte y les felicito por su decisión de venir a este lugar después de una larga preparación física y mental. Sé que su mo-

tivación va más allá de cualquier recompensa económica, ya que, de no ser así estarán firmado su fracaso. Todo verdadero atleta sabe que no puede competir con dinero en los bolsillos. Debe hacerlo con esperanza en el corazón y sueños en la cabeza —dijo Ercos a través de los altavoces.

Ercos se paseaba por el palco ante la mirada de los asistentes.

—Los Duelos de las Regiones son una fiesta a la que están invitados los mejores atletas, y son los mejores porque no poseen ningún tipo de avaricia, por el contrario, saben que su recompensa será el servicio a sus pueblos y a la región Norte que les brindó esa oportunidad. Frente a ustedes tienen como ejemplo a atletas que se esforzaron y hoy tiene el honor de portar esa armadura y, más aún, el honor de servir a su pueblo —dijo Ercos señalando a los soldados de oro—. Les puedo asegurar que no hay mejor recompensa que la que se gana con esfuerzo, disciplina y perseverancia. Les animo para que continúen con este primer paso que han decidido dar. El destino se encargará de guiarlos en su camino. Eso es todo, queridos atletas. Sigán adelante y recuerden... ¡Fraternidad de las naciones para la felicidad de los pueblos! —dijo Ercos concluyendo su discurso. Los presentes aplaudieron las palabras de su rey.

Luego de la intervención de Ercos iniciaron las eliminatorias para elegir a los soldados de cobre. Había una gran cantidad de participantes.

Las competencias comenzaron sobre la pista atlética. Los aspirantes tenían que realizar varias pruebas de agilidad como saltos largos, equilibrio sobre vigas de madera muy delgadas y caminar de manos sobre pequeños troncos. En las pruebas de fuerza, los participantes debían lanzar bolas de acero y varas de madera sobre una gran pista, se les premiaba según la distancia alcanzada

por el objeto. En las pruebas de resistencia y velocidad, los participantes debían correr alrededor de una de las pistas dentro del coliseo, cuya longitud era de unos quinientos metros. Además, había una gran piscina en la que los atletas debían demostrar su talento realizando pruebas de velocidad de nado y resistencia pulmonar al contener la respiración por varios minutos.

La metodología de estas eliminatorias de los Duelos de las Regiones era que cada atleta realice diez pruebas físicas, cada una se calificaría con un puntaje de 10, por lo que el puntaje máximo sería 100; sin embargo, los mejores puntajes en competencias anteriores han sido entre 80 y 95. Los 64 atletas que consiguieran la más alta puntuación serían elegidos soldados de cobre y se los premiaría con la armadura representativa. En pocos días, estos 64 seleccionados participarían en las competencias para seleccionar a los 32 soldados de plata. Para estas eliminatorias se harían rondas de combate por sorteo. Los vencedores se convertirían en soldados de plata y conseguirían un cupo en las finales de los Duelos de las Regiones, de donde saldrían los nuevos soldados de oro.

Los entrenadores estaban reunidos con sus respectivos alumnos. Seti animaba a sus estudiantes.

—Bien muchachos, ha llegado el gran día. Todo el esfuerzo de los entrenamientos se verá reflejado hoy —animaba Seti a veinte alumnos a su cargo, entre ellos estaban Niri y Mae—. Concéntrense en las primeras pruebas y obtengan un buen puntaje.

—¡Sí, maestra! —gritaron los estudiantes, y se dirigieron a formar filas antes de iniciar las competencias.

En la mente de Niri retumbaba la frase “Llegó la hora”. En un instante pensó en Dames diciéndole “Lo harás bien”.

—¡Niri! ¿Estás bien? ¡Es nuestro turno! —gritó Mae.

—Sí, de acuerdo —respondió Niri muy emocionada.

—Hay muchas personas observando. No me gusta que la gente me mire —dijo Mae un tanto nerviosa.

Las muchachas avanzaron hacia la pista donde se efectuaban las pruebas de lanzamiento de bola de acero. Había chicos de otras regiones que alcanzaban grandes distancias, en especial los atletas de Nasmi, quienes lograban llegar a quince metros o más.

En esta primera prueba se notó el nerviosismo de Niri y Mae, pues en su primer intento no conseguían un buen control de la bola.

En varias ocasiones, Niri soltó la bola de acero al piso, se sentía muy angustia al ser el centro de las miradas del público y de los soldados de oro que hacían de jueces. Mae, por su lado, lanzó su bola hacia los costados, casi impactando a uno de los miembros del jurado calificador.

En la prueba de puntería con la lanza no tuvieron más suerte; su rendimiento, igualmente, fue muy bajo. Los lanzamientos de Niri y Mae no se acercaban al objetivo. Ambas recibieron un puntaje de 2/10 en su primera prueba, muy por debajo del puntaje de los demás concursantes. A pesar de que Seti trataba de animarlas, su confianza había desaparecido. En general, los atletas de Gunala no habían obtenido buenos resultados en sus primeras participaciones.

Seti sabía del potencial de Niri y Mae; sin embargo, no sabía cómo sacar a flote todas sus capacidades. Muchas veces las aptitudes físicas se ven reducidas si la mente se siente decepcionada.

—¿A eso llamas atletas? Si tú y tus estudiantes tienen un poco de dignidad, agarrarían sus cosas y dejarían de hacer el ridículo

—dijo Arsen, el soldado de oro de la región Erba, acercándose a Seti.

—¡No te confíes! ¡Te cerraré esa bocaza! Mis atletas llegarán a los Duelos de las Regiones, eso te lo aseguro —dijo Seti, ante la mirada de todos sus estudiantes.

—Pues al paso que van... lo dudo. Mi consejo es que se rindan de una vez. Con ese tipo de participación no tienen oportunidad. Llegar a los Duelos... ¡No me hagan reír! El nivel que han mostrado no es el de un soldado —dijo Arsen mirando a los estudiantes de Seti.

—¡No cantes victoria, Arsen! Tengo estudiantes excepcionales. No te sorprendas si son tus alumnos los que van siendo derrotados uno a uno —respondió Seti con mucha seguridad. Estaba confiada pues tenía fe en la preparación de Mae y Niri, aunque en las primeras pruebas no les había ido bien.

—Pues eso espero, el rey Ercos no ha tenido un equipo completo desde hace mucho tiempo, y tú sabes que tu región solo ha causado decepción en los Duelos. En realidad no veo potencial en ninguno de tus estudiantes. Tal vez tengan la preparación y el cuerpo de un atleta, pero un buen soldado sabe que debe mantener su cuerpo y su mente en armonía, y déjame decirte que tus atletas no tienen nada de actitud, su mente es despreciable. Si no están dispuestos a dejar sudor y lágrimas en cada una de las competencias, no sé a qué vienen. Te repito, puede ser que tengan el físico y la preparación, pero les falta hambre, les falta ganas de querer ser diferentes —dijo Arsen mirando fijamente a los atletas de Seti, y señalándolos con el dedo sentenció: —Y a ustedes les digo, ¡el éxito no se merece ni se gana... tienen que ir por él!

—¡Ya basta! ¡No te permitiré agravios contra mis estudiantes!

—gritó Seti.

—¡No son agravios!, ¡es la verdad! Incluso, estoy por sugerir al rey Ercos que haga a un lado a tu región y forme un nuevo equipo con verdaderos soldados. ¡El cetro de agua no es necesario! —dijo Arsen.

—No me importan tus amenazas. Ten cuidado con tus palabras, Arsen, no vaya ser que un soldado de Gunala sea quien te derrote —dijo Seti acercándose a Arsen y clavándole una mirada desafiante.

—¡Lo tendré en cuenta! Espero no morir sin ver a algún atleta de Gunala ser algo en la vida —dijo Arsen sarcásticamente y se retiró del lugar.

Los estudiantes de Seti miraban con odio al soldado. Mae y Niri no eran la excepción. A Niri le sorprendió la seguridad con la que habló Arsen, pues estaba convencido de las capacidades de sus estudiantes y no daba ningún crédito a la región Gunala.

—Bien chicos, hay que mejorar si queremos tener alguna oportunidad para los Duelos —dijo Seti a sus atletas.

—¡Sí, maestra! —respondieron todos al unísono.

—Estén preparados, lo que viene es más fuerte y ya hemos regalado terreno. Si quieren llegar a los Duelos tienen que estar dispuestos a dar más. No estoy de acuerdo con las palabras de Arsen, yo tengo fe en ustedes y sé que darán lo mejor. Este es el paso hacia un sueño mayor, luchen y no dejen que nada los desmotive —dijo Seti a sus alumnos

Capítulo 8

El talento escondido



Seti se sentía frustrada debido a que desde hace tiempo en su grupo no había atletas competitivos que llegaran a participar en los Duelos de las Regiones. Cuando Seti era estudiante, ganar los Duelos fue todo un acto de superación, se había sometido a un gran trabajo para potenciar sus habilidades. No tuvo días de descanso, ni compasión consigo misma cuando fallaba al aprender nuevas técnicas. Enfrentó una final complicada pero triunfó. Luego tuvo una preparación mayor por parte del rey Ercos, quien le entregó una esfera de cristal sujeta a un cetro y le confió conseguir el elemento agua. Seti no tenía idea de cómo cumplir la tarea. Viajó alrededor de varias ciudades de Gunala, visitó el extenso mar. Luego de mucho tiempo sin ningún resultado, y con la frustración auestas, llegó a lo alto de las cataratas de Erba hacia el mar de Gunala, Y ahí, en pleno borde del precipicio hacia el mar, su mente le acorralaba a saltar y probar su fortaleza. Sin más opciones, agarró valor y saltó ochenta metros al vacío para caer en las aguas de Gunala. Los primeros metros de su salto estuvieron cargados de coraje; sin embargo, con el transcurrir de los segundos, su coraje se tornó en incertidumbre y luego en desesperación. Circulaba una leyenda alrededor de

quienes han hecho ese salto y decía que solo las personas que lograban mantener su determinación tendrían una vida abundante, pero no había indicios de que alguien hubiera salido con vida de esto. El salto de Seti no fue perfecto, la desesperación hizo que su entrada al agua fuera con un fuerte golpe en el pecho. Seti mantuvo la esfera de cristal atada a sus manos y fue por eso que la vida le regaló una nueva oportunidad. Su energía vital y el agua del mar se fusionaron en la esfera. Seti no sufrió ninguna lesión interna, pero el golpe le hizo perder el conocimiento. Cuando su vida se apagaba, la nueva esfera, con el núcleo de agua contenida en ella, le hizo reaccionar, mostrándole que, a pesar de su desesperación, su coraje había sido premiado con una distinción mayor a la de un soldado de oro. Ahora ella tenía su cetro con el elemento agua. Después de esto, Seti se propuso ayudar a los suyos para que puedan llegar más allá de los límites, Niri era la candidata número uno de su lista.

Mae, Niri y los demás atletas se dirigieron a sus habitaciones esperando que el siguiente día fuera mejor. Niri recordaba la promesa que le hizo a Dames, de llegar a ser una soldado de oro; sin embargo, jamás pensó lo duro que resultaría. Ella lo extrañaba y se había propuesto regresar en cuanto cumpliera su gran sueño. Aún no había sacado todas sus capacidades. Las palabras de Arsen retumbaban en su cabeza, estaba de acuerdo en que le faltaba actitud. No tenía esa hambre de querer ser alguien diferente, pues en su mente pesaba más el miedo de fallar que el querer ganar, y ese pensamiento la distraía, impidiéndole sacar lo mejor de ella.

—¿Quién se cree ese tipo? —dijo Mae a Niri.

Las muchachas estaban de regreso en la habitación de su instituto.

—Es un soldado de oro y tiene razón —respondió Niri.

—¡No me digas que estás de su parte! —dijo Mae más enojada aún.

—No estoy de su parte, pero Mae... lo hicimos mal, no fue nuestra mejor participación —dijo Niri resignada.

—Sí, lo sé. Hicimos estas pruebas cientos de veces y nunca obtuvimos puntajes tan bajos, pero eso no le da derecho a menospreciar nuestras habilidades —dijo Mae aún molesta.

—El soldado Arsen dijo esas palabras para que reaccionáramos. ¡No podemos rendirnos! Sus palabras fueron de aliento, ¿no te das cuenta? —exclamó Niri.

—¿Lo defiendes?, ¿acaso no te sientes ofendida? —dijo Mae un tanto confundida con las respuestas de Niri.

—Yo no lo veo así, Mae. Si él se acercó fue porque quería provocar una reacción en nuestro grupo, un cambio de actitud. Él es un hombre inteligente, me di cuenta por sus palabras. Se nota que tiene mucha experiencia —insistió Niri.

—¡Niri!, ¡no lo defiendas! ¿No entiendes que somos rivales de la región Erba? Al soldado Arsen solo le interesa desmotivarnos para que sean sus alumnos quienes clasifiquen a la siguiente ronda; pero estoy de acuerdo en que es muy inteligente. Intentó desmotivarnos para que fallemos en las siguientes pruebas. Él sabe que nuestra región no se ha destacado y quiere eliminarnos, pues considera que somos los más débiles. ¡No le daré ese gusto! Mañana lo haremos mejor y le cerraremos la boca a ese sujeto —sentenció Mae.

—Así es, Mae, mañana nos reivindicaremos. Sea lo que fuere a lo que vino Arsen, de nosotros depende ganar ese pase a la siguiente ronda —finalizó Niri.

Esa noche Niri y Mae decidieron hacerlo mucho mejor, al día siguiente tenían las pruebas de lanzamiento. Ellas se reunieron junto al grupo de la región Venatti. Se notaba el cambio de actitud. Mae fue la primera en pisar el césped donde se realizaban las pruebas. Su lanzamiento fue impresionante. La fuerza de su tiro hizo que la lanza se elevase varios metros en el aire. Logró un lanzamiento de sesenta metros. Mae se sintió muy orgullosa de su tiro.

La siguiente en pasar fue Niri. Ella se motivó al ver el esfuerzo de su amiga. Disparó su lanza fuertemente logrando una distancia de setenta y cinco metros. Niri se puso feliz. Había puesto todas sus fuerzas en ese lanzamiento. Sus compañeros le felicitaron, todos estaban alegres por ella. Los siguientes en pasar fueron los atletas de Venatti. El primero en lanzar fue un joven muy delgado, de cabello ondulado color castaño. Este muchacho, antes de su lanzamiento, observó detenidamente el cielo. Luego, pidió lanzar al lado contrario de donde lanzaron Niri y Mae. Los jueces se lo permitieron, pues cada atleta podía lanzar en la dirección que quisiera. Este atleta hizo su lanzamiento logrando una longitud de ochenta y dos metros. Lo mismo hicieron los demás atletas de Venatti, logrando lanzamientos sobre los ochenta metros. Niri y Mae no lo podían creer. En esta prueba Niri obtuvo 5/10 y Mae 4/10, puntuaciones sumamente bajas, de seguir así, no iban a llegar muy lejos.

—¡Es insólito! Hice mi mejor esfuerzo y solo fue... ¡basura!
—dijo Mae entre lágrimas.

—¡No sé qué decirte! No estábamos preparadas para estos resultados —dijo Niri sollozando de angustia.

—No las culpo chicas. Hay ocasiones en que la suerte no está de nuestro lado —dijo Seti.

—Maestra, con estos resultados es poco probable que obten-
gamos un cupo para la siguiente ronda —dijo Mae decepcionada.

—Es cierto, queridas estudiantes. Existen muy pocas proba-
bilidades de que pasen a la siguiente ronda. Yo soy testigo de sus
habilidades y sé que merecían una mejor posición, pero a veces
las cosas no resultan como esperamos. Hay que jugar con las
cartas que se nos presentan —respondió Seti.

—¡No podemos rendirnos! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No quiero
ver el rostro de mis padres, ni el de mis amigos! ¡No quiero regre-
sar sin nada! —gritó Niri entrando en pánico.

—¡Lo sé, mi niña! No se puede ganar todas las partidas, vean
estas pruebas como una experiencia y en unos años más podrán
participar nuevamente y conseguir un mejor resultado —dijo
Seti tratando de calmar a sus alumnas.

—¡No! ¡No quiero! ¡Usted no entiende! —volvió a gritar Niri.

—Sé que es duro y no quiero ver cómo se desarman. Tal como
les propuse a los otros atletas, les pido a ustedes que dejen las
cosas ahí. Vean esta calamidad como una experiencia. Pueden
aprender mucho viendo cómo se desenvuelven los otros atletas
—finalizó Seti.

La maestra no sabía cómo consolar a sus estudiantes. De he-
cho, Niri y Mae no eran las únicas con el alma decepcionada.

Aquella noche, Niri y Mae meditaron mucho en su habitación.
Sus probabilidades de clasificar eran muy bajas en esta compe-
tencia de tan alto nivel con atletas muy diversos; pero decidie-
ron continuar hasta el final. Sus ánimos no eran de los mejores.
Ambas sentían que su sueño se esfumaba. No tenían esperanza,
lo único que podían hacer es continuar sin esperar ningún resul-
tado favorable.

A la mañana siguiente tenían que realizar la prueba de equilibrio, que consistía en cruzar, en el menor tiempo posible, una viga de treinta metros de largo. En esta ocasión, los pocos atletas de Gunala que decidieron no renunciar harían la prueba con los atletas de Erba. Arsen y sus estudiantes habían llegado muy temprano.

—¿Decidieron continuar? ¡Admiro su determinación! —dijo Arsen sarcásticamente cuando vio llegar a Niri, Mae y Seti—. No sé qué hacen aquí, ¿no se cansan de hacer el ridículo?

Las tres decidieron ignorar aquellos comentarios. Niri y Mae se alistaron para su participación. Los primeros atletas en realizar la prueba fueron los de Erba. Arsen animó enérgicamente a su equipo.

—¡Si saben lo que valen... vayan y consigan lo que merecen! —gritó Arsen.

—¡Lo haremos! ¡Lo conseguiremos! —respondieron los estudiantes de Erba.

Aquellos atletas entrenados por Arsen consiguieron puntajes perfectos de 10/10. Todos ellos se mostraron muy contentos. Ahora era el turno de Mae, quien trataba de no prestar atención al festejo de los estudiantes de Erba. La prueba de equilibrio la hizo con mucha confianza, solo tuvo un pequeño resbalón, pero logró un puntaje de 9/10 que la mantenía con vida dentro de las eliminatorias.

Llegó el turno de Niri. Mae y Seti la animaban. Niri caminó lentamente hacia la viga. Miró hacia los costados donde estaban los jueces, luego miró hacia el público. Imaginó que sus padres estaban presentes. El juez dio la señal para que iniciara su participación. Niri observó la viga y dio pequeños pasos tratando

de mantener el equilibrio. Se sentía la tensión en el ambiente. Seti y Mae se abrazaban de angustia. El cuerpo de Niri estaba en la viga, pero su mente divagaba. No dejaba de pensar en que si fallaba esta sería su última prueba y eso añadía más presión a su participación. Niri había avanzado alrededor de dieciocho metros cuando sucumbió al pánico y terminó cayendo al piso.

Pese a la caída, Seti y Mae seguían animando a Niri. En cuanto a ella, la decepción volvió a apoderarse de su mente. Con lágrimas en los ojos retornó al punto de partida para su segundo intento.

—¡A que no puedes ganarme! —dijo la voz de Dames en su cabeza.

—¿Ganarte? ¡Claro que puedo! —respondió Niri.

—Pues, eso quiero verlo. El primero que logre cruzar la viga del lago Poc será el vencedor —dijo Dames sonriendo.

—¡De acuerdo! Pero, no tendrás oportunidad —respondió Niri también sonriendo.

—El primero en cruzar la viga de ida y vuelta será el vencedor —insistió Dames en la mente de Niri.

—¡Hecho! —exclamó Niri en su leve delirio.

Seti y Mae la miraban con desconcierto; sin embargo no dejaban de alentarla.

Niri se posicionó al inicio de la viga. Miró hacia un costado e imaginó que su amigo estaba junto a ella en otra larga viga sobre el lago Poc.

—¿Estás lista? —preguntó Dames.

—¡Siempre lo estoy! —respondió Niri con mucha seguridad.

En cuanto el juez dio la señal, Niri corrió lo más rápido que pudo. Se veía muy entusiasmada, ni siquiera miraba sus pasos. Sabía exactamente en dónde pisaba y lo hacía con gran determinación. No usaba sus manos para mantener el equilibrio como lo habían hecho Mae y los atletas de Arsen. Niri disfrutaba del momento con su amigo. Niri y Dames corrían por las vigas a gran velocidad. Así, en poco tiempo, Niri había cruzado la viga y con la misma viada giró su cuerpo y corrió de regreso. Los presentes miraban con asombro, no podían dar fe de lo que sus ojos veían.

—¡Te gané!, ¡te gané! —gritó Niri al llegar al otro extremo de la viga.

—¡Eso es! ¡Así se hace, mi niña! —dijo Seti acercándose a Niri.

—¡Muy bien, Niri! —gritó Mae.

Arsen se había quedado sin palabras.

—¡Dames, te gané! —gritó Niri nuevamente.

—¿Ganaste a quién? —preguntó Seti.

Niri regresaba a la realidad.

—¿Estas bien, Niri? —preguntó Mae.

—Sí, ¡muy bien! —respondió Niri. Su emoción se detuvo al notar que la imagen de Dames ya no estaba presente.

Los jueces y el público aplaudieron la participación de Niri. Incluso Arsen quedó asombrado con su participación y se quedó observándola por varios minutos; y, a pesar de que la segunda participación de Niri fue perfecta, los jueces le dieron una calificación de 8/10 por la caída en el primer intento; sin embargo, esta calificación también le mantenía con vida en las eliminatorias.

Capítulo 9

Larga vida a los campeones



Esa noche regresó la confianza de Niri y Mae, y, en verdad, ambas eran espléndidas deportistas, ellas descubrieron que, incluso, el mejor de los atletas puede sucumbir si su mente no cree lo que su cuerpo es capaz de realizar.

—Bien chicas, sigan con ese entusiasmo y quizás la suerte empiece a estar de nuestro lado —dijo Seti emocionada.

—Sí, maestra —respondió Mae.

Niri se mostraba feliz pero no emitía ningún comentario.

—Aún quedan siete pruebas, si mantienen puntajes arriba de los 8 podrían estar optando por un cupo —dijo Seti.

—Maestra, nuestro puntaje es de 15/30, hemos perdido la mitad —acotó Mae.

—Que eso no las desanime, todavía queda un rayo de esperanza y debemos aferrarnos a esa posibilidad. Todo está en sus manos, solo depende de ustedes. Luchen ahora más que nunca —dijo Seti.

—Sí, maestra —respondieron Niri y Mae.

Luego de esta conversación, la confianza de las muchachas se afianzó. Las palabras de Seti no quedaron en el aire.

En las siguientes pruebas: natación a gran velocidad, Niri obtuvo puntaje de 9 y Mae de 10; en destreza con el yari, velocidad en los 100 metros, salto a gran distancia y acrobacia, ambas obtuvieron puntajes de 10; en destreza con la espada y resistencia bajo el agua, Mae obtuvo 8 y 9 respectivamente, Niri obtuvo 10 en las dos pruebas.

Al final de las competencias, Niri consiguió un promedio total de 8,4/10 y Mae de 8,2/10. Ocuparon el puesto 60 y 61 en la lista de los 64 clasificados y ganadores del título de soldados de cobre.

—¡Lo conseguimos! ¡No lo puedo creer! —gritó de felicidad Mae al ver su nombre dentro de los clasificados, las lágrimas se escurrían por sus mejillas.

—¡Lo hicimos! —acotó Niri con un rostro lleno de satisfacción.

—¡Se los dije! Si continúan así, no habrá nadie que las pueda detener, estoy orgullosa de ustedes. Hoy pueden festejar y descansar de esta presión. Las eliminatorias para soldados de plata son más complicadas y no pueden darse el lujo de ceder terreno como ahora. En fin, mañana será su premiación, recibirán la armadura de cobre, su primera distinción como soldados de las regiones. Nuevamente las felicito —dijo Seti.

—Gracias, maestra —dijeron Niri y Mae al unísono.

—Por favor, dejen de decirme maestra, díganme Seti.

—Gracias Seti por tu apoyo y motivación —dijo Niri.

—Estoy de acuerdo, sin tu apoyo esto no hubiese sido posible. Muchas gracias —acotó Mae.

—Para mí es un orgullo verlas participar, pero esto no ha acabado —Seti dio y un abrazo a sus dos alumnas.

Aquel día, Niri y Mae festejaron junto a Seti.

A la mañana siguiente, las muchachas fueron al castillo blanco de la región Norte. Los pasillos estaban decorados con grandes cortinas con los símbolos de las regiones. Los 64 ganadores caminaban en dos filas mientras una corte de soldados de oro los recibía entonando unas trompetas. Al final del pasillo llegaron a un gran vestíbulo, ahí estaban ubicados seis tronos con los monarcas de cada región. En el primer trono estaba una mujer madura, su tono de piel era rojizo, su rostro muy hermoso, limpio, sin arrugas, tenía una larga cabellera lacia, color castaño, adornada con una tiara de metal en forma de ramas serpenteantes. Sus ojos eran marrones. Llevaba un elegante vestido decorado con hojas y flores de diversos colores. Ella era Egle, la monarca de la región Erba.

En el trono de Gunala estaba una persona conocida por Niri y Mae. La monarca de esta región, cuyo nombre era Grisel, era una mujer de mediana edad, de piel oscura. Su cabello era negro, lacio y largo, y traía su tradicional flequillo que simulaba una ola de mar. Sus ojos eran marrones. Vestía una falda decorada con diversos tipos de conchas de mar. En su cuello portaba collares con perlas de colores.

Seguía el trono de la región Nevas, allí se encontraba Arian, una mujer de mediana edad, cabello rubio y ojos verdes. Vestía un largo abrigo blanco de lana decorado con hojas de pino.

En el trono de la región Norte estaba Ercos con su flamante capa roja y armadura dorada. A su lado, en el trono de Nasmi se

encontraba un hombre de edad avanzada, su nombre era Marbre, pequeño de estatura, de espalda ancha, brazos fuertes, abundante barba, aunque casi sin cabello. Vestía una camisa blanca de lana, pantalón de piel y una larga capa color marrón. Además, portaba una corona de oro decorada con zafiros.

Por último, en el trono de la región Venatti estaba Deer, un hombre de mediana edad, muy alto, sin bigote, cabello castaño y rizado en forma de melena, de grandes ojos claros. Vestía una túnica color verde claro, un cinturón de cuero que cruzaba su torso. En su cabeza portaba una tiara hecha de madera que simulaba la cornamenta de un venado.

Todos estos monarcas habían llegado a la premiación de sus ciudadanos. Este protocolo ya era tradicional y parte de la fiesta que se vivía antes de los Duelos de las Regiones.

—Me siento muy nerviosa y emocionada —susurró Mae a Niri mientras caminaban por el vestíbulo hacia los monarcas.

—Yo me siento igual, no conocía a los monarcas, a excepción de Grisel y el rey Ercos —dijo Niri cubriendo su boca con sus manos.

—Esto es realmente grandioso, este palacio... los soldados. Nunca imaginé conocer a los monarcas en persona —dijo Mae.

—Grisel debe estar orgullosa de nosotras, somos las únicas que continuamos en las competiciones —acotó Niri.

Los 64 soldados se fueron formando, uno a uno, frente al monarca de su región. Las filas eran disparejas. Nevas, Erba y la región Norte tenían la mayor cantidad de clasificados.

—¡Soldados, sean bienvenidos! —dijo Arian, la monarca de la región Nevas—. Gracias a su esfuerzo forman parte de esta noble

corte de caballeros al servicio de los pueblos de las regiones. Para los monarcas de las regiones participantes es un honor premiarlos con la armadura de cobre, símbolo del sacrificio, preparación y perseverancia como personas. Hoy es un día de fiesta, pues todos los pueblos han ganado nuevos servidores y guardianes de la paz. Cabe recalcar que este es solo un peldaño, la meta aún está vigente en ustedes y solo depende de un esfuerzo continuo para conseguir alcanzar una presea mayor. Que su espíritu no decaiga.

—Gracias por sus palabras, alteza —dijo Egle haciendo una reverencia—. Deseo tomar la palabra para felicitar a todos los campeones, y a cada uno de los entrenadores que se han empeñado en su preparación —Egle hizo otra reverencia hacia los soldados de oro que ejercían de entrenadores—. Además, quiero comprometer a los nuevos soldados de Erba a estar dispuestos a cualquier colaboración o servicio que se requiera de su parte —Egle hizo una reverencia a la fila de los soldados de Erba.

—Es mi turno —intervino Marbre, monarca de Nasmi—. Muy buenas sus palabras, altezas. Yo pido un aplauso para los soldados de Nasmi; han demostrado ser los mejores y su esfuerzo ha sido recompensado. Los pueblos estarán agradecidos por tener el honor de sus servicios.

Marbre empezó a aplaudir fuertemente. Todos en el vestíbulo se miraban y aplaudían desconcertados por estas palabras, a excepción de los soldados de Nasmi que aplaudían con gran fervor.

—Yo también deseo dar unas palabras —intervino Deer, una vez que terminaron los aplausos—. Como los monarcas han dicho, es muy satisfactorio premiar a estos nobles soldados que hoy reciben este importante galardón como recompensa a su tenacidad y que, de hoy en adelante, será el símbolo del compromiso con su región. Que esta armadura sea la muestra de lo que hay

en sus corazones y represente el esfuerzo constante por ser una mejor persona. Los aliento a continuar luchando por sus sueños. A pesar de las penurias y nubarrones que se presentan en el trayecto, el trabajo y el sacrificio siempre serán reconocidos. Como todo en la vida, empezamos a ver las dificultades cuando el objetivo ya no está claro. No permitan que los tropiezos entorpezcan su trabajo —dijo Deer y todos los soldados lo aplaudieron efusivamente.

Llegó el turno de Grisel, monarca de Gunala, quien se puso de pie y dio dos pasos al frente.

¡Queridos atletas y soldados! A estas competencias llegaron muchas personas, pero ustedes han sido escogidos como los nuevos representantes de las regiones. Los pueblos no buscan cantidad, sino calidad —dijo Grisel mirando a Niri y Mae, las últimas representantes de la región Gunala—. Calidad en la lealtad hacia sus representantes que son los que guían al pueblo y toman las mejores decisiones en su beneficio. No dudo que ustedes estarán listos para cualquier misión que se les encomiende, desde hoy esa será su consigna. *¡Fraternidad de las regiones para la felicidad de los pueblos!* —señaló Grisel dando por terminado su discurso, y todos en el vestíbulo aplaudieron de pie.

Luego de las palabras de homenaje por parte de los monarcas, los soldados condecorados pasaron, uno por uno, a saludar a los reyes con un estrechón de manos y una leve reverencia.

La condecoración concluyó con un gran festín en el salón del castillo. Ahí estaban ubicadas cinco grandes mesas rectangulares, una para los monarcas, al frente del salón, y las otras cuatro estaban dispuestas en hileras perpendiculares. Este salón tenía ventanales de vidrio multicolor decorados con formas de soldados, paisajes naturales y algunos animales de las regiones. El cie-

lo raso del salón tenía pintado un gran mural, en una parte se veía un paisaje despejado, el cielo completamente azul, el sol brillando con gran esplendor y algunas aves surcando el horizonte; en la otra parte del mural se veía una noche estrellada y una luna plateada muy clara. Estos paisajes representaban un choque de fuerzas. La luz y la oscuridad tratando de mantenerse vivas.

—Niri, ¿aún te preguntas qué hacen los que eligen arte? —dijo Mae muy asombrada al contemplar aquel salón que era una verdadera pieza de arte.

—Esto es realmente hermoso —dijo Niri mirando detenidamente todo a su alrededor—. No pensé que los chicos de arte pudieran hacer este tipo de obras. Esto es asombroso.

—Si fallamos, ya sabes a dónde debemos ir —dijo Mae en tono de broma.

—Sí, realmente yo iré allá —dijo Niri riendo por el comentario de su amiga.

Niri y Mae se ubicaron en la primera mesa rectangular junto con otros catorce soldados.

La cena incluía gran variedad de platillos. Había mariscos y peces que provenían de la región Gunala; patos, liebres, conejillos de indias y lechones asados provenientes de Nasmi; frutas, vegetales y algunos tubérculos provenientes de Venatti; hierbas aromáticas, panes, pastelillos y algunos insectos hervidos provenientes de Erba; frutos de Saguaro (similares a los cactus), higos del desierto, bananas de arbusto, higos azules (provenientes de una planta silvestre llamada *quandong*) todos traídos de la región Hars.

—Esto se ve delicioso —comentó Mae estirando su brazo hacia los pastelillos.

—Espera un segundo ¡No hagas eso! Los monarcas se podrían molestar —dijo Niri.

—Está bien —dijo Mae con un gesto de descontento.

Los monarcas aguardaban de pie a la espera de que todos los soldados entraran al salón. Cuando estuvieron listos, Ercos levantó una copa de vino y en un tono muy formal dijo:

—¡Soldados, entrenadores, nobles monarcas! Este banquete es en su honor. Quiero brindar por el buen inicio de las eliminatorias hacia los Duelos de las Regiones. Sin ustedes este evento no tendría cabida. La región Norte es exigente en cuanto a la calidad de sus soldados y no es para menos porque cuando se necesita acción para evitar situaciones dolorosas para los pueblos, los soldados deben ser los primeros en responder. A ellos se les encarga una gran responsabilidad. Ellos no pueden darse el lujo de dudar, porque cuando un comerciante sea asaltado, un niño vea su casa consumirse en llamas, algún joven muera ahogado o un pueblo sea devastado, se les dirá: ¡Fue tu culpa! ¡Por tu culpa ya no tengo mi comercio! ¡Por tu culpa ya no tengo casa! ¡Por tu culpa mi hijo murió ahogado! ¡Por tu culpa no hay pueblo que proteger! —Ercos señalaba con su dedo a cada mesa de los soldados mientras caminaba lentamente por el salón—. Y estarán en toda la razón de recriminarles, pues ustedes no son elegidos, ustedes se eligen al mostrar lo mejor de sus capacidades y talentos. Sepan aprovechar esas habilidades en favor de las regiones. Solo me queda decirles que disfruten esta noche. ¡Brindo por un buen inicio de los Duelos de las Regiones! ¡Por las regiones! —dijo Ercos levantando su copa.

—¡Por las regiones! —respondieron todos en la sala mientras alzaban sus copas para brindar.

Capítulo 10

La decepción de una campeona



Luego de siete días del festejo por los nuevos soldados de cobre, iniciaron las eliminatorias para elegir a los treinta y dos soldados de plata. Los participantes se acercaron al coliseo blanco para el sorteo de los combates a muerte súbita.

Se había montado un cuadrilátero similar a los de boxeo. Uno de los jueces del evento mostró un cartel en el que se habían anotado los combates. Niri y Mae, al haber obtenido un puntaje bajo, tenían que enfrentarse a rivales de mayor nivel.

—Niri, ¿estás nerviosa? —preguntó Mae.

Ambas estaban al filo del cuadrilátero a la espera del resultado del sorteo.

—No estoy nerviosa, únicamente estoy ansiosa por saber quién será mi oponente —respondió Niri.

—De seguro nos toca alguien de Nevas o de la región Norte, ellos obtuvieron un puntaje alto —dijo Mae.

—También los de Erba y Nasmi, cualquiera de ellos puede ser nuestro oponente —dijo Niri.

—No podemos fallar, no podemos cometer el mismo error de empezar con baja autoestima —dijo Mae, visiblemente nerviosa.

—¡Así es!, ¡relájate, Mae!, ya verás que lo hacemos bien. ¡Seremos soldados de oro! —sentenció Niri.

—¡Mira... es el cuadro con los encuentros! —dijo Mae.

—Estoy en el combate 28 y mi oponente será de la región Norte. Tú pelearás en el combate 32 y tu oponente será de Nevas —dijo Niri agudizando su vista, con la mirada fija hacia el cartel.

—Niri estamos a un paso de clasificar a las finales de los Duelos, no podemos fallar.

—¡No fallaremos! ¡Todo saldrá bien! —dijo Niri con la voz relajada, tratando de darle seguridad a Mae.

Las muchachas fueron a los graderíos a esperar su turno para el encuentro. En total eran 32 combates, Niri estaba sorteada en el combate número 28 y Mae en el 32. Las reglas en el cuadrilátero eran sencillas: cada combate tenía una duración treinta minutos, si uno de los dos participantes se rendía o caía inconsciente, perdía de manera inmediata. Si en este tiempo, ninguno de los participantes se rendía, los jueces determinarían al ganador mediante puntaje. No se podía utilizar ningún tipo de arma, ni armaduras.

Los combates se desarrollaron con normalidad; todos iban a la par, y la mayoría se resolvía por decisión de los jueces, luego de los treinta minutos reglamentarios.

Había llegado el turno de Niri, ella combatiría contra la atleta de la región Norte. Cada una estudiaba los movimientos de la otra. Niri estaba decidida y empezó el ataque muy confiada. Su contrincante se defendía muy bien, pero no encontraba oportu-

nidad para atacar, en cuanto intentaba algún movimiento, Niri lo esquivaba y devolvía con un fuerte golpe. La mirada de Niri reflejaba su deseo de triunfo. Tenía el encuentro controlado. Su oponente no poseía el nivel necesario. El rostro de Niri era intimidante, tanto que con solo mirarla, hacía que su rival retrocediera. En el minuto veinte, con un movimiento veloz, Niri acertó un puñetazo y noqueó a su contrincante. Todos aplaudieron, Niri fue una de las pocas atletas que había logrado noquear a su rival.

Cuando Niri bajó del cuadrilátero, se quedó mirando fijamente al soldado Arsen.

—Parece que, al fin, encontraste lo que te hacía falta, muchacha —dijo el soldado.

Niri lo miró y lanzó una leve sonrisa.

Llego el turno de Mae. Ella se mostraba nerviosa, su rostro reflejaba angustia, incluso antes de subir al cuadrilátero. Niri le dio unas palabras de apoyo antes de su participación.

Una vez iniciado el combate, Mae y su contrincante se lanzaron al ataque. Mae sabía los conceptos básicos de ataque y defensa, además poseía grandes reflejos y flexibilidad. Su pelea fue muy a la defensiva. Ella y su rival evitaban golpear. Después de los treinta minutos, Mae fue elegida como ganadora del combate, aunque por muy pocos puntos. Mae bajó del cuadrilátero con lágrimas en su rostro. Esa felicidad por dar un paso más hacia su sueño provocaba en ella una mezcla de emociones.

—¡Niri... lo logramos! ¡No lo puedo creer! ¡Somos soldados de plata! —gritó Mae corriendo a encontrarse con su amiga.

—¡Así es! ¡Lo logramos! —dijo Niri y abrazó a Mae muy emocionada.

Niri y Mae lloraron de felicidad, lo habían hecho muy bien, Seti estaba contenta por el desempeño de sus dos alumnas. Además, ellas se habían ganado el cariño del público. Niri tenía un encanto especial, su participación fue impecable, no había duda, tenía todo para ganar, incluso sus rivales le tenían cierto temor.

Luego de tres días, en el mismo castillo de mármol de la región Norte, y con una ceremonia similar a la de la armadura de cobre, Niri y Mae recibieron la armadura de plata. Ahora quedaba esperar el inicio de los combates finales en los Duelos de las Regiones, evento muy anhelado por todas las naciones. Se estimaba recibir a más de un centenar de personas congregadas en cada una de las sedes de las competencias.

El gran día había llegado, la inauguración de este evento estaba cargado de color, música y un ambiente de festividad. Las personas de las diferentes regiones se reunieron en el coliseo blanco para apoyar a sus atletas. Los monarcas tenían palcos personalizados con los colores de su región.

La ceremonia de inauguración inició con un desfile por parte de todos los soldados de oro activos hasta ese momento. Luego desfilaron treinta y dos atletas por región: en primer lugar apareció la región Norte con siete soldados de plata; después la región Erba, con seis competidores; le seguían las regiones de Nevas, Nasmi y Venatti con seis, siete y cuatro soldados, respectivamente, y por último, la región Gunala con dos soldados. El público aplaudía de pie la entrada de cada una de las representaciones.

—¡Mira Niri... es Grisel! —gritó Mae al ver el palco donde estaban los representantes de Gunala.

—Es emocionante, solo estamos las dos, pero dejaremos en lo más alto el nombre de nuestra región —dijo Niri.

—Estamos muy cerca de lograrlo, todo lo que hemos vivido me llena de orgullo. ¡Nunca imaginé estar aquí! —exclamó Mae.

—Yo tampoco, Mae. Mi sueño es ser una soldado de oro, pero no sabía que viviría tantas experiencias —dijo Niri.

—Niri... llegó la hora de culminar nuestro sueño, ¡es ahora o nunca! —acotó Mae.

—Es un gusto tenerte a mi lado en estos momentos —dijo Niri.

—Gracias, amiga —dijo Mae, mientras le daba un cálido abrazo a Niri.

Para estos enfrentamientos, a más del habitual sorteo de oponentes, se sorteaba el campo de batalla, y las reglas eran un poco diferentes. No había límite de tiempo, ganaba el soldado que lograba noquear a su oponente, o que este se rinda. Se podía utilizar cualquier arma o instrumento del entorno. Del enfrentamiento de los 32 soldados en la primera ronda solo quedarían 16, y de estos, a su vez, solo 8. El ganador del combate uno se enfrentaría con el ganador del combate 2 y así, sucesivamente.

El sorteo tenía a todos los presentes a la expectativa. Los nombres de los atletas eran mencionados a través de los parlantes.

Mae salió sorteada en el tercer combate y Niri en el octavo, ambas estaban emocionadas y un tanto nerviosas. Niri tenía un grupo fuerte, todos sus rivales habían tenido excelentes presentaciones, incluso sus puntajes en las eliminatorias para soldados de cobre habían sido mayores a 95.

El primer combate tuvo lugar en el coliseo de Venatti, se enfrentaron un atleta de Nasmi y uno de Erba, quedó como ganador el atleta de Erba. El segundo combate se realizó en el coliseo

de Nasmi, entre los atletas de la región Norte y Venatti, ganó el atleta de Venatti.

Aquellos combates fueron muy parejos. Ahora era el turno de Mae. El campo sorteado fue la pista de hielo de la región Nevas y su contrincante, una atleta de la misma región.

—¡Vamos Mae... tú puedes! —gritó Niri.

Mae levantó su dedo pulgar mostrando positivismo.

Aquella arena de Nevas era una pista con hielo, se podía ver un lago congelado, unas cuantas rocas completamente cubiertas de nieve y un pequeño bosque de pinos.

Mae miraba la pista de hielo, sentía el frío soplando su cuerpo. Se mostraba un tanto temerosa, pero con su mente completamente enfocada en el combate. Caminó hacia el juez para recibir las instrucciones, lo mismo hizo su rival, que era una chica muy alta, con una brillante cabellera rubia sujeta como una cola de caballo.

—Pueden usar cualquier tipo de arma. No hay límite de tiempo para el combate; sin embargo podrán pedir hasta tres recesos de cinco minutos en cualquier momento del combate. La ganadora será quien logre la rendición o nocaut de su oponente. ¿Está entendido? —dijo el réferi.

—Sí —respondió Mae. Su contrincante asintió con la cabeza.

—¡Listo!, elijan un arma y buena suerte a las dos.

Mae tomó un yari de la mesa de armas. Su rival tomó unos *nunchaku*.

Sonó una gran campana y el público aplaudió. El combate dio inicio. Mae y su contrincante se miraron fijamente.

La primera en atacar fue Mae, giró rápidamente su yari, a la par, su oponente esquivaba con giros acrobáticos los ataques. Mae logró dar algunos golpes con sus puños y una certera patada, aprovechando la baja defensa que ofrecía su rival, al usar aquella arma de corto alcance.

Mae dominaba el combate con su arma. Cada vez que su oponente intentaba algún ataque, ella lo repelía y devolvía golpes certeros en el cuerpo y rostro.

El tiempo transcurría rápidamente. La atleta de Nevas no la estaba pasando bien. Producto de la desesperación corrió hacia las rocas dentro de la pista de combate y aprovechó su ropa blanca y una capucha para camuflarse con el entorno y ocultarse de Mae que la perseguía.

Mae miraba por el interior de las rocas, avanzaba, lentamente, en posición defensiva con su arma lista para atacar. De pronto, un fuerte golpe en sus piernas la hizo caer estrepitosamente. Su contrincante estaba oculta detrás de una roca y de unos arbustos cubiertos de nieve, y aprovechando el descuido de Mae, la golpeó fuertemente en el tórax. Mae se quedó sin respiración por unos segundos, pero reaccionó rápidamente esquivando otro golpe que iba en dirección a su rostro. Mae usó su yari para ponerse de pie y se tomó unos segundos para respirar mientras su rival corría hacia el bosque de pinos.

Niri estaba atenta al desarrollo del combate. No podía evitar sentir una ligera preocupación por su amiga; sin embargo, Mae estaba tranquila. Cuando Mae cayó por aquel fuerte golpe, Niri se puso de pie conmocionada.

Mae se recuperó del golpe y fue al bosque, al encuentro de su rival, esta vez estaba más atenta buscando entre los arbustos, sabía que su oponente era una experta en camuflarse y no dejar

rastros, todo el campo de combate era blanco, era muy difícil distinguir con exactitud las cosas del entorno.

Mae caminaba despacio para evitar un nuevo ataque de su rival; de pronto, escuchó el crujir de la nieve cerca de unos arbustos, Mae corrió esperando encontrar allí a la atleta de Nevas, pero cuando llegó se dio cuenta de que el sonido no provenía del arbusto sino de un montón de nieve que caía del árbol. El cuerpo de Mae estaba en tensión, su pulso se aceleró. Dio vuelta lentamente, no observó ninguna huella o marca que le diera una pista.

Mae bajó la guardia y apoyó su cuerpo en uno de los árboles. Parecía como si se le hubieran acabado las ideas.

A Niri, que miraba de lejos, le extrañó aquella conducta. Pensaba que Mae tenía algo planeado, pero también que era muy riesgoso desatender la defensa.

En un repentino momento de descuido, Mae recibió un fuerte golpe en su espalda. Su rival cayó sorpresivamente desde un árbol.

Mae perdió el equilibrio, pero antes de caer giró su cuerpo y con su yari golpeó fuertemente el brazo izquierdo de la atleta de Nevas, provocando que sangrara.

—¡Ahora ya no podrás ocultarte! —Mae sonrió, era parte su plan. Se había dejado golpear para poder hacer daño a su oponente; sin embargo, el contundente golpe casi la deja sin reacción.

Mae se levantó con dificultad, su contrincante seguía de pie frente a ella. Comenzaron a forcejar. Mae y su rival intercambiaban golpes. Sin duda era un combate parejo, la atleta de Nevas tenía herido su brazo, pero los golpes que había recibido Mae en todo su cuerpo no le dejaban moverse con libertad.

La atleta de Nevas miraba fijamente a Mae. De repente, como si hubiese planeado algo, corrió hacia el lago congelado. Mae la siguió.

Las dos atletas se ubicaron en el centro del lago congelado. El piso estaba muy resbaloso, por lo que se les dificultaba correr. Mae luchaba por no perder el equilibrio, a diferencia de la atleta de Nevas que sabía cómo moverse sobre hielo.

El ataque se reinició, pero la falta de equilibrio de Mae provocaba que recibiera gran daño.

Mae estaba siendo castigada fuertemente por los *nunchaku* de su rival. Tenía el rostro ensangrentado, sabía que no podía ganar si se mantenía sobre el lago e intentó huir de aquel lugar. Mientras Mae se alejaba, la atleta de Nevas corrió y, con sus piernas, la desarmó y la envió al piso.

Mae, casi sin respiración, intentó levantarse, pero su rival le aplicó una llave de presión al cuello. Mae no podía hacer nada para defenderse, su rostro se enrojeció y su pulso se aceleró.

En el público, la angustia crecía entre la gente de Gunala que tenía las esperanzas puestas en su atleta.

A Mae no le quedó otra opción que rendirse.

Al finalizar el encuentro, Niri saltó de su puesto y fue en busca de su amiga.

—Niri... no pude hacerlo —dijo Mae con lágrimas en su rostro.

Capítulo 11

Un paso hacia el final de un sueño



El público de Gunala estaba conmovido por la derrota de su atleta. Ellos aplaudían y lanzaban flores al escenario donde Niri cargaba del brazo a Mae. Grisel, la monarca, mostraba un gesto de decepción; todos en la región deseaban tener un competidor que ganara el título de soldado de oro y al contar con solo dos representantes las opciones disminuían.

Por otro lado, Niri consolaba a Mae mientras la llevaba a la enfermería con los sanadores. Ella también estaba conmocionada por el resultado. Trataba de esquivar la idea de la derrota.

—¡No pude! ¡Fui débil! ¡Les he decepcionado! —decía Mae mientras lloraba Mae desconsoladamente.

—¡Mae, no llores! Hiciste tu mejor esfuerzo. No fue tu culpa. Llegaste muy lejos —dijo Niri mostrando una conducta muy serena.

—Mi sueño se acaba de esfumar —insistió Mae.

—No digas eso. Puedes intentarlo nuevamente —dijo Niri.

—¡No lo creo! Después de esto no quiero saber nada —sentenció Mae.

—Escucha, por ahora trata de calmarte y no pienses en el futuro. Las cosas tomarán su rumbo naturalmente.

—Discúlpame, amiga, estoy tan deprimida que apenas puedo alentarte. ¡Sal a ganar, Niri! Cumple tu sueño —dijo Mae tratando de mantener la calma.

—Así lo haré, Mae. Tu derrota me duele, pero sé que estarás bien —dijo Niri.

Las amigas se dieron un abrazo.

Los combates continuaron con normalidad durante los siguientes días, en cada uno de los encuentros se veía mucha calidad, técnica y, sobre todo, deseo de ganar de los atletas.

El día había llegado, el combate entre Niri y la atleta de Nasmi estaba por iniciar. El escenario sorteado para el combate fue el coliseo de Hars, un lugar con un clima muy caliente, una pista muy arenosa, con escasa vegetación alrededor, solo se veían algunas rocas, unos pocos cactus y un pequeño oasis. No había lugares para ocultarse o camuflarse.

Luego del saludo protocolario, las atletas subieron al escenario a la espera de las indicaciones del réferi.

Niri era muy alta en comparación con su oponente; sin embargo, la atleta de Nasmi era más corpulenta que Niri.

En el palco y las tribunas del coliseo de Hars, las personas de Gunala alentaban fervorosamente la participación de su última representante en los Duelos.

El juez pidió que eligieran armas. Niri tomó el yari, y la pequeña Nasmi, de nombre Mara, tomó una enorme hacha.

En cuanto el réferi se alejó de la arena, inició el combate.

Las atletas se miraban fijamente. Niri permanecía en calma, muy concentrada. La pequeña atleta de Nasmi daba pequeños pasos en lateral rodeando a Niri.

Niri fue la primera en atacar. Lanzó su yari como si fuese una flecha. Mara la esquivó y, en ese instante, Niri aprovechó para patear el rostro de su rival.

El público aplaudió esta acción; pero, a pesar del fuerte golpe, la pequeña Mara no mostraba signos de haber sido afectada.

Niri sujetó su yari y se puso a la defensiva. Mara se acercó pero no atacaba. Cada una esperaba que la otra diera el paso.

—¡Te falta fuerza! Si eso es lo más fuerte que golpeas... no tienes oportunidad —dijo Mara.

Niri se quedó sorprendida.

—Haré lo que tenga que hacer para derrotarte —repuso Niri.

—¡Eres una debilucha! ¡No tienes nada! —continuó Mara provocando a Niri.

Niri se exasperó, fue al encuentro de su rival y le propinó un rápido golpe. Mara se defendía muy poco. Niri daba patadas, golpes con el filo de su yari, puñetazos, pero la pequeña Mara solamente se protegía el rostro y el torso; debido a la velocidad de los ataques, no ponía evitarlos.

—Si la pelea sigue así, será Mara quien gane —dijo Arsen que veía el combate desde uno de los palcos donde estaban los soldados de oro.

—Niri sabe lo que hace —repuso Seti.

—Es emocional, se deja llevar por sus instintos —replicó Arsen.

—Tiene otras cualidades que no había visto en los atletas de Gunala. ¡Ella es diferente! —insistió Seti.

Niri continuaba dando golpes, pero, repentinamente, Mara, con toda la intención de hacer daño, tomó su gran hacha y la lanzó hacia Niri, quien, con suerte, logró esquivarla. El hacha fue a dar a un cactus que estaba cerca y lo partió en dos. Niri estaba agotada de tanto atacar.

—¿Lo ves, debilucha? ¡No tienes nada! Estuviste a un paso de perder —dijo Mara con una sonrisa burlona.

Niri no respondió. El golpe con el hacha le puso alerta. Si no se cuidaba, no solo perdería la pelea... ¡su vida corría peligro!

El clima caliente comenzó agotar a las atletas, en especial a Niri, que era la que más se movía en el combate.

Niri estaba de pie, mirando fijamente a Mara. Tomó varios metros de distancia por temor a no poder esquivar algún ataque.

—Tu atleta no sabe qué hacer... ¡esto se pone interesante! —comentó Arsen a Seti.

Niri miraba en su entorno buscando algo que le pudiese ayudar, sabía que para derrotar a Mara necesitaba algo más que los golpes de sus puños.

Mara volvió a lanzar su hacha hacia Niri. En su trayectoria, el hacha fue despedazando varios cactus. En cuanto Niri esquivó el arma, Mara se acercó y atinó un fuerte golpe en el estómago de Niri, dejándola sin aire y tirándola al piso.

—¡No tienes nada, debilucha! Ahora pondré fin a tu sufrimiento —dijo Mara y aplicó una llave al cuello de Niri.

Niri intentaba soltarse del apretón. No tenía mucho tiempo. Estiró su brazo lo más que pudo hasta alcanzar su yari. Clavó la cuchilla de su arma en el brazo de Mara, solo así pudo deshacerse de la llave que Mara le estaba aplicando.

—¡Me las pagarás, flacucha! ¡Esto no se quedará así! —reclamó Mara.

Niri, que recuperaba el aliento, no tenía idea cómo derrotar a su rival. Por un instante recordó a Mae y se angustió hasta que tuvo una nueva imagen en su mente.

—¿Qué haces, Dames? —preguntó Niri dentro de sus pensamientos.

Niri miraba a su amigo parado sobre el puerto.

—Estoy observando el movimiento de las aves y de los peces. ¡Mira a las aves! Ellas esperan el momento exacto para atrapar a su pez —respondió Dames señalando hacia el horizonte.

—¿Por qué miras eso? —dijo Niri

—Si quieres comprender cómo funcionan las cosas debes aprender a observar —replicó Dames.

—¿Y para qué quieres saber cómo funcionan las cosas? Los animales funcionan porque así es su naturaleza —dijo Niri.

—Niri, si aprendes a observar las situaciones puedes reinventar tus conocimientos —continuó Dames.

—¿Eso te dijo tu abuelo? —preguntó Niri.

—¡No! Eso es algo que yo pienso —respondió Dames.

Niri volvió a su realidad para esquivar una embestida de Mara.

—¡Defiéndete, debilucha! —gritó Mara.

Niri recordó rápidamente cómo fue derrotada Mae y cómo Mara intentó ganarle.

—¡No puedo ganarte con mi fuerza! —dijo Niri mientras esquivaba los ataques de Mara.

—¡Al fin lo has entendido! ¡Ríndete y deja de huir! —dijo Mara.

Niri soltó su yari y se quedó quieta. Dejó a un lado su posición de defensa y simplemente se quedó parada mirando fijamente a su rival.

—¡Vamos... ataca, bestia! —gritó Niri.

—¡¿Qué dices?! ¡Te arrepentirás! —respondió Mara y fue con toda la fuerza hacia Niri.

Niri esperaba a ser alcanzada. El público miraba con angustia, la gente de Gunala se comía las uñas de la desesperación.

—¡¿Qué haces, muchacha?! ¡Eso es un suicidio! —exclamó Seti desde el palco.

Mara corrió con todas sus fuerzas buscando embestir a Niri, y justo antes de impactarla, esta saltó y con sus piernas aplicó una llave sujetando fuertemente el cuello de Mara.

—¡Bájate! —gritó Mara luchando por quitarse a Niri de encima, golpeando repetidamente su pierna derecha.

Mara corría por el terreno con Niri enroscada en su cuello. Se revolcaba en el piso, golpeaba sus piernas, pero Niri no las aflojaba. Niri, además, se sujetaba fuertemente de los cabellos de su contrincante.

Mara continuaba en su lucha, golpeando más y más la pierna de Niri. Pero, para entonces, Niri ya no sentía dolor, estaba enfocada en derrotar a su oponente y esa convicción la mantenía aferrada a su cuello.

Pasaron unos minutos y los golpes de Mara se iban volviendo cada vez más débiles. De pronto, Mara cayó al piso, y Niri aprovechó para presionar aún más su cuello.

—¿Quién es la debilucha? ¡Vamos... defiéndete! ¡No tienes nada! —gritó Niri.

—¡Suéltame! —dijo Mara balbuceando levemente.

El coliseo estaba en silencio. Los asistentes miraban con atención. De repente, Mara dejó de luchar y perdió el conocimiento. En ese instante, el público de Gunala se levantó y gritó emocionado. Grisel desde el palco, sonrió y miró al cielo.

El juez del encuentro se acercó y señaló a Niri como la vencedora. Todos aplaudieron su participación.

—¡No lo puedo creer! ¡Esto es imposible! ¡Esa muchacha lo logró! —exclamó Arsen.

—¡Te dije que ella era diferente! —acotó Seti.

—Esa muchacha tiene más habilidades que una Gunala, esa capacidad para reinventarse es característica de un Nevas —comentó Arsen muy intrigado.

Niri salió victoriosa, su gente la aclamaba. Había pasado a la final y estaba muy cerca de lograr su más preciado anhelo: convertirse en una soldado de oro.

Niri se mostraba contenta por el resultado, aunque sentía mucho dolor porque su tobillo había sufrido un gran castigo.

—¡Estoy muy cerca de lograrlo, gracias a ti, Dames! Cuando cumpla mi sueño regresaré a Cajar, ¡te lo prometo! —dijo Niri para sus adentros.

Niri salió cojeando de la arena. En el camino, Seti se le acercó para abrazarla, y juntas fueron hacia el camerino de los sanadores. Allí, todos los atletas de Gunala felicitaron a Niri, incluida Mae. Las amigas se veían contentas.

Después de este combate, pasaron varios días en los que se desarrollaron las demás batallas. Ya se tenía a los dieciséis finalistas, de ellos, solo la mitad ganaría el derecho a portar la armadura dorada. Al final de la jornada, se estableció el orden de los nuevos combates y se sortearon los escenarios.

En el séptimo combate, Niri se enfrentaría a Agatha, la atleta de la región Erba, y el escenario sorteado resultó el coliseo de Erba. Esto significaba una ventaja para Agatha, que conocía muy bien su coliseo. Ella era una chica de cabellera corta, con un rapado en la parte derecha de la cabeza que dejaba al descubierto un tatuaje de flores multicolores.

Días después iniciaban los combates finales. Niri, Mae y Seti se reunieron para presenciar el primero de ellos en uno de los palcos del coliseo de la región Hars. Las muchachas habían formado una amistad inquebrantable.

—Niri, estás cerca de lograrlo. Si continúas así, te aseguro que ganarás la final —dijo Seti sujetando de las manos a Niri.

—Así es, amiga. No puedes detenerte ahora. Estás a un paso de alcanzar tu sueño —intervino Mae.

—¡Gracias a las dos! No me daré por vencida, ganaré el combate. Seré una soldado de oro —respondió Niri a las muestras de cariño de sus amigas.

—¡Así será! ¡Llenarás de orgullo a nuestra región! —finalizó Seti.

Capítulo 12

La nueva soldado de oro



Las batallas finales se desarrollarían durante ocho días, de cada combate saldría un soldado de oro. Al inicio de la jornada se vivía una gran algarabía, en especial, por parte del público de las regiones de donde provenían los competidores.

En el primer día de competencia, en el coliseo de la región Hars se enfrentaron un atleta de la región Venatti y uno de la región Nevas, siendo el ganador este último.

Los siguientes días avanzaron los enfrentamientos, quedando como ganadores los atletas de las regiones: Nasmi, Erba, Venatti, y dos de la región Norte.

El turno de Niri llegó el séptimo día de competencias. Ella estaba muy tranquila y enfocada en conseguir el triunfo. Estaba dispuesta a no darse por vencida ya que esta oportunidad era el último peldaño para alcanzar su sueño.

Por otro lado, Arsen se mostraba un tanto preocupado por Agatha, él conocía a la perfección las habilidades de su alumna, y dudaba que ella ganara el combate. Las habilidades y el talento de Niri eran incomparables. Arsen pensaba que Agatha no era rival para ella.

—¡Agatha! No te confíes, voy a ser sincero contigo... si peleas con tus habilidades de cuerpo a cuerpo, Niri te va hacer pedazos —dijo Arsen a su alumna.

—¿Por qué me dice eso? ¿No se supone que debe alentarme? Y al contrario... me desanima —dijo Agatha confundida.

—Intento ser realista, no me malinterpretes. Lo que te digo es que debes cambiar tu estrategia y visualizar cómo vas a ganar. Tenemos la ventaja de que el combate se realizará en nuestro coliseo. Tienes la naturaleza a tu favor y tienes muy clara la debilidad de tu oponente. Debes usar esto con inteligencia —replicó Arsen.

—Entiendo, maestro. ¿Qué propone? —preguntó Agatha.

—La pierna de Niri está resentida por los golpes recibidos en los combates anteriores. Tienes que aprovechar esa circunstancia —dijo Arsen.

—¡Pero eso sería injusto! —manifestó Agatha.

—¡No lo es! Piensa como un soldado. Tienes que usar las debilidades de tus oponentes a tu favor. En la vida real nadie será condescendiente contigo —sentenció Arsen.

—Maestro, confíe, yo ganaré. No necesito aprovecharme de las debilidades de mi rival —dijo Agatha.

—Si no lo haces, esa chica te hará trizas. No es normal, tiene habilidades diferentes a las de un simple Gunala, por esa razón ha llegado lejos —manifestó Arsen.

—De acuerdo, maestro, veré cómo aprovechar esa ventaja —dijo Agatha y fue hacia el campo de batalla.

Mientras tanto, Niri recibía las últimas palabras de aliento de Mae y Seti.

—Amiga, ¡qué felicidad! Estás a punto de conseguir el título de oro. ¡Sal y termina con esa chica de Erba! —dijo Mae.

—Gracias Mae —respondió Niri.

—Niri, tienes todo lo que se necesita para triunfar. Ya está todo dicho. ¡Sal y hazlo! Solo depende de ti —añadió Seti.

—Gracias Seti, no te defraudaré —dijo Niri.

Niri salió del camerino y fue directo a la arena para su pelea.

El tobillo de Niri aún estaba inflamado por los golpes; sin embargo, ella caminaba con normalidad demostrando que esta dolencia no la detendría.

Niri se había propuesto conseguir el título, pero más fuerte que cumplir su anhelo, era su deseo de volver a Cajar. Por unos segundos, Niri observó su medalla del águila, ganando mayor confianza y luego la guardó.

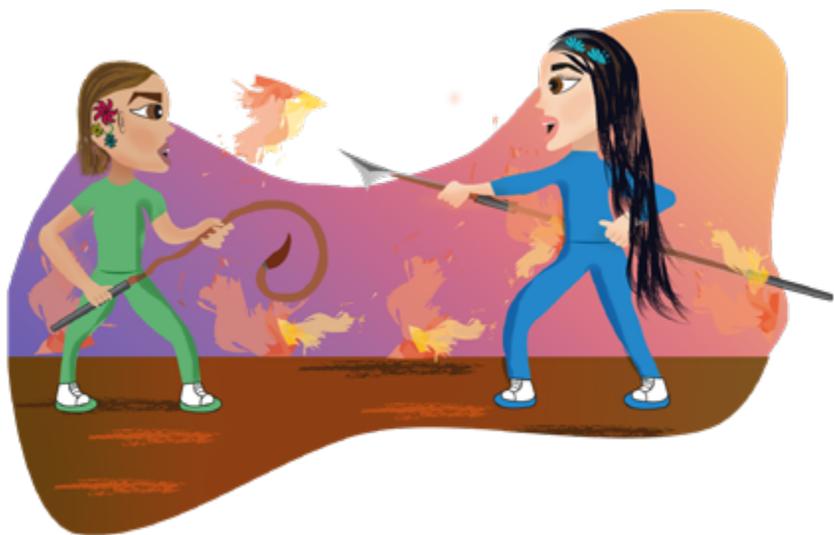
Sin duda, este era el encuentro más esperado. El escenario estaba formado por árboles muy grandes con largas ramas, hierba muy espesa, varas de bambú y varias vigas de madera que, colocadas de manera horizontal, se usaban para la práctica de equilibrio.

Agatha y Niri subieron al escenario donde el juez del encuentro las esperaba. Luego de un breve saludo, el juez les pidió que eligieran las armas. Como de costumbre, Niri seleccionó el yari, por su parte, Agatha escogió un látigo muy extenso. Este tipo de armas eran muy comunes entre los habitantes de Erba, ellos los utilizan, incluso, para escalar árboles.

En los palcos, el público alentaba con emoción a sus campeonas. En cuanto el juez dio las indicaciones, el combate inició junto con el aplauso y silbatos de los presentes.

Al principio de la batalla, Niri dio muestras de agilidad girando rápidamente su yari y usándolo como soporte para tratar de disimular su lesión. Agatha, miraba fijamente a Niri, esperando que esta la atacara.

La primera en atacar fue Niri, quien intentó golpear con su yari a Agatha, pero ella la esquivó con una media vuelta e inmediatamente lanzó un ataque con su largo látigo. Niri esquivó el ataque con un salto mortal hacia adelante.



Agatha analizaba cada movimiento de Niri, si era cierto lo que Arsen le había comentado, ella no tenía oportunidad de vencerla. Niri trataba de no hacer movimientos bruscos que pudieran comprometer la lesión de su pierna; no obstante, su deseo de vencer la impulsaba a buscar la forma de derrotar a su rival.

Agatha lanzó el látigo hacia la pierna de Niri, pero esta se impulsó con su yari para dar un gran salto hacia su contrincante que estaba a unos cuatro metros de distancia, golpeándola en el rostro con sus dos pies.

Aquel golpe envió lejos a Agatha, quien se levantó con el rostro sangrante. Pese a sus intentos de cuidarse de los golpes directos no podía evitar la astucia de Niri para atacar.

Agatha agitaba su látigo en el aire en forma circular, y lo extendía hacia Niri evitando que se le acercara. Por su parte, Niri, con el espíritu de victoria latente después de aquel fuerte golpe que le propinó a su rival, buscó la forma de que el combate fuera cuerpo a cuerpo, así que lanzó su yari hacia Agatha, quien desvió el ataque con su látigo y lo enredó al mango del yari. Niri, hábilmente, con una rápida maniobra, logró que las dos armas salieran disparadas hacia un costado.

Niri aprovechó que su arma y la de su rival estaban deshabilitadas y se acercó a Agatha para golpearla, pero Agatha no bloqueó este intento y más bien lanzó una patada que iba directo al rostro de Niri. Con la misma velocidad, Niri esquivó haciendo un giro acrobático de media luna.

Niri trató de atacar con su rodilla, pero Agatha, usando sus dos manos, detuvo el rodillazo y lo utilizó como impulso para dar una vuelta mortal hacia atrás.

Esta batalla estaba cargada de agilidad y resistencia. El público estaba encantado con el combate.

Agatha, por ahora, solo resistía. Sabía que entre ella y Niri había notables diferencias. Niri le desestabilizaba en cada embate, pero, a pesar de eso, Agatha no se mostraba desesperada, su mentalidad estaba concentrada en cómo derrotar a su rival.

Por otro lado, Niri no perdía concentración. Hasta el momento todo marchaba bien para ella, su tobillo derecho aún no le daba problemas, y sus ataques, poco a poco, estaban causando daño a Agatha.

Agatha, con tremenda agilidad, trepó por los postes de bambú que medían seis metros aproximadamente, e incitó a Niri a seguirla. Niri, sonrió desafiante y, enseguida, subió por el tronco de bambú.

Una vez sobre los troncos. Agatha fue la primera en atacar, corría rápidamente sobre aquellos postes con total naturalidad, como si estuviese en tierra firme. A Niri le costaba un poco; sin embargo, su gran equilibrio le ayudaba a mantenerse en pie.

Agatha y Niri empezaron un combate cuerpo a cuerpo más parejo. Niri, por temor a perder el equilibrio, ya no atacaba tanto como cuando estaba en el piso. Agatha aprovechó esta ventaja momentánea y con un giro acrobático golpeó a Niri en el rostro haciendo que esta retrocediera varios pasos; pero, increíblemente, Niri pudo mantener el equilibrio y además logró golpear el abdomen de Agatha con su puño.

Era una lucha de ida y vuelta. Las dos contrincantes esquivaban y contragolpeaban a gran velocidad. En ocasiones parecía que estaban a punto de caer desde lo alto de los postes de bambú, pero, al instante, demostraban tener pleno control de la situación.

El público vibraba con cada acción de Agatha y Niri. Luego de un tiempo, las dos se veían agotadas, aun así no bajaban sus brazos, pues cada una buscaba el triunfo a como dé lugar.

—¡Será mejor que te rindas! Estás agotada y pronto tus fuerzas ya no serán las mismas. Los Gunala, por naturaleza, tenemos gran resistencia física —dijo Niri, viendo cómo Agatha luchaba contra el cansancio.

—¡No me rendiré! ¡Sé cómo derrotarte! —gritó Agatha.

—Te lo advierto... es cierto que el combate se volvió parejo sobre estos postes de bambú, pero poco a poco lo voy dominando —dijo Niri.

—Puedes ser más fuerte, más ágil, tener mayor resistencia pero... ¡yo sé que puedo derrotarte! —dijo Agatha.

—Muy bien... ¡te lo advertí! —replicó Niri.

Niri corrió sobre los troncos de bambú hasta llegar muy cerca de Agatha y, de inmediato, con sus puños y piernas la golpeó en el rostro y torso. Por último, remató con un golpe en las piernas de su rival, haciendo que esta perdiera el equilibrio y cayera de los troncos.

El público en los graderíos gritaba de angustia por la caída.

Antes de tocar el piso, Agatha logró sujetarse de uno de los troncos para no hacer estrepitosa su caída.

—¡No puedes ser tan fuerte! —gritó Agatha, y fue lentamente a recoger el yari y su látigo, mientras Niri miraba desde las alturas.

—¡Te lo dije! Será mejor que te rindas. No podrás hacerme daño con mi arma —aseveró Niri.

Agatha se dirigió nuevamente hacia los postes de bambú y con la cuchilla del yari cortó las bases de algunos postes para debilitarlos. Al ver esto, Niri intentó bajar, pero Agatha subió inmediatamente.

—¿A dónde crees que vas? ¡Acabemos con esto de una buena vez! —dijo Agatha retando a Niri y lanzándole su yari.

—Me parece bien —respondió Niri atrapando el yari con sus manos.

El combate se reinició sobre los postes. Niri volvió a demostrar su poderío golpeando repetidamente a Agatha. La emoción del momento hizo que Niri olvidara los postes que Agatha había debilitado.

Agatha provocó que Niri se pare sobre uno de los troncos debilitados, este se quebró y Niri perdió el equilibrio levemente; en ese instante, Agatha corrió y abrazó con todas sus fuerzas a Niri para que esta no pueda realizar ninguna acción; como consecuencia, las dos comenzaron a caer y los demás troncos también se resquebrajaron.

La caída de seis metros dejó sin aire a las dos contendoras. Agatha, con su último aliento, lanzó el látigo a los postes debilitados que aún no caían y los haló hacia Niri.

Las vigas se estrellaron vertiginosamente sobre la pierna de Niri, fracturando su canilla.

El público se quedó en silencio. Mae y Seti no podían creer lo que sus ojos veían. Niri lanzó un fuerte grito de dolor.

—¡Te dije que sabía cómo derrotarte! No tienes cómo recuperarte de esta... sin embargo, estuviste muy cerca. Admiro tu determinación —dijo Agatha reincorporándose de su caída.

Niri miraba a su alrededor. El intenso dolor le impedía moverse. Miró hacia el palco de Gunala, todas las personas guardaban silencio. De pronto, lágrimas de dolor mezcladas con decepción y humillación recorrieron sus mejillas. Niri sabía que todo estaba perdido, sus sueños se apagaron. Aquellas vigas destruyeron su canilla y destrozaron su alma al punto que sintió que todo su esfuerzo se vio reducido a nada.

Niri levantó su cabeza y dirigió su vista hacia Agatha.

—¡Acaba de una vez! ¿Qué esperas? ¡Hazlo! —gritó Niri, fijando sus llorosos ojos en Agatha.

Agatha miraba a Niri con ligera compasión, pero sabía que en este combate no la derrotaría por la fuerza física. Su plan había resultado, usando su conocimiento del entorno estaba a un paso de conseguir la victoria que anhelaba.

Agatha se acercó a la adolorida Niri, quien no apartaba la vista de su rival. Cuando Agatha estaba cerca, Niri cerró sus ojos aceptando su destino.

Lo último que se vio del combate fue a Agatha golpeando fuertemente a Niri, noqueándola y ganando el título de soldado de oro.

Capítulo 13

El águila dejó de volar



El público de Erba gritaba de emoción, al contrario del de Gunala, que estaba atónito, pues había apoyado fervientemente la participación de su atleta. Todos estaban convencidos de la victoria de Niri, pero ver a su campeona salir inconsciente del estadio con un tobillo deshecho causó en ellos una tristeza inmensa y gran desconsuelo.

Los sanadores llevaron a Niri a la enfermería del coliseo.

—¿Qué será de Niri ahora? ¿Sanará de su herida? ¿Volverá a caminar? —preguntó Mae a Seti. Ambas estaban en la sala donde atendían a Niri, quien permanecía inconsciente.

—Es complicado. He visto a muchos atletas y soldados con lesiones similares que no han vuelto a ser los mismos —respondió Seti.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mae.

—¡Su tobillo se partió en dos! Esa lesión es grave. Si vuelve a caminar normalmente será bastante —respondió Seti.

—¡No!, ser un soldado de oro era su más grande sueño —dijo Mae y rompió en llanto.

—¡Lo sé!, pero lo único que podemos hacer por ahora es animar a Niri y tener la esperanza de que se recuperará —dijo Seti.

—¡Seremos positivas! Así logrará sentirse tranquila —replicó Mae.

—¡Así es!, debemos darle nuestro apoyo a Niri en estos momentos, y alentarla a seguir adelante.

Desde el palco, Grisel miraba con tristeza el escenario donde se desarrolló la pelea. Había personas limpiando y arreglando. Ella no emitía palabra alguna. Estaba desilusionada por la derrota de su atleta, y compadecida por la forma en la que cayó. De pronto, su heraldo de confianza se le acercó.

—¡Su Majestad! —saludó el heraldo.

Grisel hizo una leve reverencia.

—Niri es una de las mejores atletas que ha tenido nuestra región —dijo Grisel.

—Sin duda, Majestad —respondió el heraldo.

—La gente de nuestro pueblo está conmovida con esta campeona que nos hizo soñar. Niri y Mae han llegado muy lejos. Las dos merecen nuestra consideración, aunque no puedo evitar rendirme ante Niri. Ella lo tenía todo. Incluso me atrevo a decir que es mejor que muchos soldados de oro —acotó Grisel.

—Esperemos que esta derrota no la desaliente. Aun como soldado de plata, ella es muy valiosa —replicó el heraldo.

—No estoy segura de que ella vuelva como soldado de plata —dijo Grisel.

—¿Usted cree que Niri se desmotive luego de esta derrota?
—preguntó el heraldo.

—¡No solo eso! Estoy segura de que esta lesión marcará su vida —sentenció Grisel.

—Majestad, ¿cree que Niri vuelva a competir?

—No lo sé. Hay que esperar el diagnóstico de los sanadores. Pero, cualquiera que sea el resultado, la apoyaremos en su recuperación. Ve a la enfermería, averigua su estado y ayuda en lo que se necesite —ordenó la monarca.

—Así lo haré, Su alteza, no se preocupe. Estaré pendiente de la chica en todo momento.

Pasaron algunas horas y los sanadores habían atendido las heridas de Niri: acomodaron sus huesos, entablillaron su tobillo y vendaron los cortes producidos por los golpes durante de la pelea. Después de esto, fue trasladada al centro sanatorio del instituto de Gunala.

Poco a poco, Niri recobraba la conciencia. Al abrir los ojos, las primeras personas que vio fueron sus padres. Ellos habían llegado al coliseo para observar la pelea.

—¡Hija!, ¿cómo te sientes? —pregunto Vic.

—¡Papá!, ¿cómo llegaste a este lugar? —preguntó Niri.

—Vinimos a ver tu pelea. Te estábamos animando desde la tribuna —dijo Vic y Niri rompió en llanto.

—Tranquila, hija. Diste tu mayor esfuerzo, llegaste a la final, eso no lo hace cualquiera. Nosotros estamos muy orgullosos de ti —intervino Aida.

—Hija, sé cómo te sientes en estos momentos, pero quédate satisfecha, eres un gran ejemplo para nosotros y para todas las personas de Gunala. En mucho tiempo, ninguno de los nuestros había llegado tan lejos —acotó Vic.

—No lo logré —respondió Niri muy decepcionada.

Aunque sus heridas le causaban un profundo dolor, nada se comparaba con el dolor de su alma.

—Gracias por su apoyo. Los quiero mucho —dijo Niri y abrazó a sus padres.

En ese momento aparecieron Mae, Seti y el heraldo de Grisel.

—¡Amiga!, ¿cómo te sientes?, ¿estás bien? —dijo Mae apenas entró a la habitación.

—No lo conseguí —respondió Niri, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Tranquila, amiga!, como tú lo dijiste, entrenaremos más fuerte y volveremos a competir —dijo Mae.

—Así es. Una vez que te recuperes volverás a los entrenamientos. No te desanimes —intervino Seti.

—Gracias a todos por venir. No sé qué decirles. Debí ganar, pero no hice lo suficiente. Tenía la victoria en mis manos y ahora solo tengo una pierna deshecha —acotó Niri.

—No te desesperes, ya habrá oportunidad. Enfócate en recuperarte. De eso también se trata ser una soldado, de encontrar el lado positivo en todas las situaciones, incluso en las tristes o dolorosas—dijo Seti tratando de consolar a Niri.

—¡Campeona, no se rinda! Usted ha representado muy bien a la región Gunala. No tiene por qué estar triste —intervino el heraldo de Grisel.

—Muchas gracias... ¿quién es usted? —preguntó Niri.

—Vengo en representación de la monarca Grisel. Ella está preocupada por su estado de salud y me envió con el mensaje de apoyo a su recuperación. Nuestra monarca está presta para colaborar en lo que la campeona requiera —dijo el heraldo.

—Es un honor para mí, dele mis agradecimientos a la monarca —respondió Niri

—Así lo haré. Campeona; y adelante con su recuperación. La gente de Gunala está orgullosa. Su participación fue un ejemplo de trabajo y perseverancia.

—Muchas gracias por sus palabras. Muchas gracias a todos por darme su apoyo, me hace bien escucharlos —dijo Niri.

—No tienes nada que agradecer, hija. Vinimos porque te queremos y porque eres nuestra campeona —respondió Vic.

Cuando Vic terminó de hablar, entró a la habitación uno de los sanadores.

—Quisiera hablar con la atleta sobre su estado de salud y posterior tratamiento de recuperación. Por favor, esperen afuera unos minutos mientras hablo con ella —dijo el sanador.

—Deseo que se queden. Lo que tenga que decirme puede decirlo frente a ellos. Son mi familia y me apoyan —argumentó Niri.

—Está bien, pero lo que tengo que decirles es delicado —dijo el sanador.

—¿Qué pasa? —preguntó Niri.

—El diagnóstico de su tobillo derecho no es muy alentador, este sufrió una fractura doble. Tuvimos que inmovilizar su pierna y acomodarle el hueso. Pasará un buen tiempo antes de que usted vuelva a caminar —dijo el sanador.

Todos en la habitación se mostraban consternados.

—¿Por cuánto tiempo? —insistió Niri.

—En primer lugar, el tobillo debe permanecer entablillado por al menos seis meses, y luego deberá iniciar la rehabilitación para volver a caminar —replicó el sanador.

—¿Podré volver a entrenar después de eso? —preguntó Niri.

—No lo recomiendo. Así lograra recuperarse de esta lesión, su tobillo quedará muy débil y un nuevo golpe podría ser fatal —respondió el sanador.

—¡No puede ser!, yo soy una soldado y debo incorporarme cuanto antes a mis nuevas labores —dijo Niri muy exaltada.

—No es recomendable realizar oficios de soldados. Usted deberá escoger una nueva profesión, ya que las actividades de soldado agravarían su lesión —insistió el sanador.

Niri se quedó en silencio.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó Vic.

—Completamente. Al menos no hay registros de atletas que hayan vuelto después de una lesión de este tipo. Muchos de ellos han aceptado su limitación y han buscado nuevos oficios —informó el sanador..

Al escuchar aquellas palabras, el cuerpo de Niri se heló. Todos en la habitación quedaron abrumados con este diagnóstico. Nadie dijo nada durante varios segundos.

—Pero, ¿hay algo que se pueda hacer? —preguntó Niri.

—Solo seguir el tratamiento. Tranquila, no es el fin del mundo, estará bien, se lo aseguro —dijo el sanador.

Pero esta derrota representaba para Niri el fin de sus sueños. Ella tenía todo para ganar, sus habilidades eran mayores a las de cualquier atleta promedio, pero el destino le había puesto una dura prueba. Perder una final y, ahora, la noticia de que no podrá volver a competir significó un golpe duro para su alma.

—Gracias por la noticia. Ahora, por favor déjenme sola —dijo Niri extrañamente calmada.

—Hija, ¿vas a estar bien? —intervino Aida.

—Sí, solo quiero estar sola —replicó Niri.

—Niri, no te deprimas, este sanador no tiene la última palabra —acotó Mae.

—¡Váyanse! —gritó Niri desesperada.

Los presentes salieron lentamente sin emitir ningún comentario.

Niri se recostó de lado y sus lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas hasta llegar a la almohada. No encontraba salida al sufrimiento que sentía. Las imágenes mentales de la pelea y de su lesión transitaban desgarrando su alma y mostrándole que nada en la vida está seguro.

Luego de unos días, Niri fue hospitalizada en el sanatorio de su instituto. Tenía la pierna inmovilizada y su depresión iba en aumento. Mae le había llevado un baúl con sus cosas, pero Niri ni siquiera se había acercado a él, solo lo contemplaba a distancia y pensaba:

“¿Por qué sucedió esto? Nada tiene sentido. Nunca más volveré a ser una atleta. Odio todo, me odio a mí. Todos decían que se podía y ahora seré una inválida. Todos me compadecen. ¡No quiero la compasión de nadie! Juré que conseguiría ser una soldado de oro y ahora no podré ser ni guardia de puerto. ¡Te odio Niri, porque no la acabaste pronto! Caíste en su juego y ahora Agatha es la campeona y tú la perdedora. Esto no es vida, no quiero seguir, no tengo fuerzas para seguir”.

Los pensamientos de Niri no la dejaban en paz. Su mente la hacía sentir miserable, se encerró en sí misma y no quería ningún tipo de compañía, ya que consideraba que solo le tendrían compasión.

Niri miraba fijamente el baúl, se acercó lentamente y lo abrió. Sujetó su ropa de entrenamiento. Pequeñas lágrimas se escurrían por su rostro. Luego sujetó el pergamino que la acreditaba como soldado de plata y, en un arrebato de rabia y frustración, lo rompió en cuatro pedazos y los arrojó al piso. Se mantuvo sin realizar ninguna acción durante algunos minutos, luego observó la medalla que Dames le regaló en Cajar, su pueblo natal y se dijo:

“Le prometí a Dames volver a Cajar. Le prometí que iba a ser una soldado de oro y no soy nada. Cuando me regaló esta medalla me dijo que me iban a suceder situaciones angustiantes y que tenía la opción de cambiar para ser más grande de lo que nunca imaginé. Quizás él nunca se imaginó que esto me sucedería. Él me acompañó en todas las pruebas, en cada una sentí su presen-

cia, pero no estuvo en la final, se fue y me abandonó cuando más lo necesitaba. Cómo pude confiar en él. Ahora no tengo razones para volver a Cajar. ¡No quiero volver! ¡No quiero verlo! ¡No quiero que me vea así!”.

Niri arrojó la medalla al fondo del baúl, lo cerró y no lo volvió abrir.

Su depresión crecía sin control. Niri no quería saber nada de nadie. Incluso mantenía apagada la luz de las lamparillas. Prefería pasar su tiempo en la obscuridad.

Debido a la conducta antisocial de Niri, sus compañeros evitaban acercarse. Seti continuó con el entrenamiento de sus alumnos. Mae asumió su nuevo rol como soldado de plata y regresó a Gunala para servir bajo las órdenes de Grisel. Niri se había quedado sola.

Capítulo 14

La joya rota



Pasaron unos meses. Niri no quería volver a tocar su yari, el caminar se le dificultaba, usaba un par de muletas de apoyo para asistir a sus clases. De mala gana decidió terminar la academia y dedicarse a actividades de comercio o lo que el destino le tenga preparado, en realidad no le importaba, volver a Cajar tampoco era una opción.

Niri siempre se sentaba en la última fila del aula. No tenía intenciones de socializar con sus compañeros, quienes en varias ocasiones se le acercaron pero fueron rechazados y hasta agredidos. El temperamento de Niri cambió mucho. En ciertos momentos, cuando sus compañeros reían, ella pensaba que se burlaban de su infortunio. Su autoestima estaba deteriorada y nadie podía levantarle el ánimo. Por otro lado, la imagen del joven Dames había desaparecido de su vida.

El tiempo siguió su curso natural y las heridas de Niri fueron sanando aunque las cicatrices de su alma prevalecían.

Poco a poco dejó de usar las muletas, caminaba a paso lento, se había acostumbrado a tener una vida tranquila. Se dedicaba a

leer libros científicos sobre los elementos haciendo un esfuerzo tremendo por entenderlos.

El destino juega un papel fundamental en la vida de las personas y, muchas veces, no se presenta con claridad, de ahí la importancia de meditar sobre los pasos a seguir. Niri no era la excepción, su sueño de ser una soldado de oro no se había cumplido y ella lo había aceptado con resignación.

Niri asistía regularmente a sus clases sobre el origen de los elementos; en cierta ocasión, en la portada de uno de sus libros observó que la ilustración de diversas esferas y varios núcleos, entre ellos: fuego, aire, agua, viento; la imagen de un relámpago llamó mucho su atención. Niri pasaba las páginas rápidamente, sin detenerse a leer el contenido. De pronto, fijó su mirada en una frase en particular: “El universo contiene mundos esféricos, los cuales incluyen diferentes tipos de elementos y estos, a su vez, contienen algún tipo de energía”, y pensó: “Si se lograra mezclar algunos elementos compatibles entre sí...”. “Para que los elementos fluyan requieren un contenedor esférico y un núcleo como eje gravitatorio, de ahí la similitud con la forma de los planetas, frutas y semillas... el vientre de una madre...”.

Niri se detuvo a leer uno de los capítulos, el titulado: “Metales no conductores”. Los metales encontrados por varios investigadores en Nevas tienen propiedades no vistas. Se tenía la idea de que los únicos tipos de metales eran: los suaves, los conductores, los absorbentes, los duros y los flexibles; pero ahora había una categoría nueva: los no conductores”. Por mucho tiempo se desconocía la utilidad de estos metales; sin embargo, recientemente, los investigadores Ercos y la princesa Eileen lograron mezclar las propiedades de estos metales junto con los cristales de los núcleos hallados en las minas de Nasmí”.



“Los cristales de Nasmi. En el reinado del rey Darwin se realizaron estudios sobre el origen de la vida, para ello se tomó como lugar de investigaciones las minas de la región Nasmi. Las expediciones al centro de las montañas de Nasmi dieron como resultado el descubrimiento de una nueva especie de rocas, de textura cristalina, que en un principio se creía que era otro tipo de roca ígnea; no obstante, los estudios demostraron que estos cristales absorbían toda clase de energía almacenándola como si fuese energía electrostática, y que una vez cargada liberaban energía cinética en forma de un empujón. Sujetarlas con las manos producía un tremendo desgaste físico”.

Los núcleos de los elementos. Los núcleos concentrados en los cristales de Nasmi, y cuya energía es canalizada por un portador a través de los metales no conductores de Nevas, fueron des-

cubiertos de casualidad mientras la princesa Eileen, realizaba estudios en los nevados más altos de la región Nevas. Ella fue la primera que logró introducir un elemento de la naturaleza dentro de un cristal y, posteriormente, manipularlo mediante los metales no conductores. Su método es el único que existe hasta el momento”.

Los núcleos de los elementos que, hasta el momento, se han logrado juntar en los cristales son los de los elementos base de la naturaleza: tierra, aire, agua, fuego; sin embargo, la mezcla entre ellos originó elementos en sus diferentes estados como: roca, hielo y vapor. No se descarta la idea de que se encuentren más elementos en el futuro.

Acercarse al núcleo de un elemento es muy peligroso para un ser humano, y más aún sujetarlo, pues el cristal absorbe la vitalidad en grandes cantidades.

El proceso requiere que una persona, con mucha condición física, entre en contacto con el elemento de la naturaleza ubicándose en alguna región donde haya mayor exposición de ese elemento; como segundo paso se debe sujetar el cristal con mucha firmeza y soportar la succión de la energía vital. Una vez que el pulso de la persona haya descendido lo suficiente, el cristal absorberá el elemento al que el sujeto esté en contacto, devolviéndole la energía absorbida y guardando en su interior el elemento de la naturaleza en forma de núcleo en el cristal. Una vez realizado este paso se debe colocar el metal no conductor como mango formando un cetro”.

Niri había leído todas estas páginas pero no comprendía totalmente el texto, le parecía algo muy complicado, así que lo dejó ahí.

Cierto día, para una clase de arte, Niri tenía la misión de dibujar algo representativo de los atletas que se preparaban con Seti.

Niri no quería saber nada de eso, pero sus bajas calificaciones le obligaron a acercarse a la pista atlética. Con la frustración a cuestas, se dirigió al lugar donde alguna vez se llenó de ilusión. Caminó lentamente hacia los graderíos y se sentó a observar el entrenamiento de sus compañeros. Su mirada reflejaba un profundo resentimiento disfrazado de indiferencia. Hizo un gesto raro como saludo a Seti.

Casualmente, Arsen había llegado aquel día con un mensaje para Seti. Él caminaba por la pista en dirección a los estudiantes de Erba y miró a lo lejos a Niri antes de acercarse a Seti.

—Tengo noticias —dijo Arsen a Seti.

—¿De qué se trata? —preguntó Seti.

—El rey Ercos tiene pensado formar un nuevo equipo. Y ya que fui yo quien te ayudó a ganar el título de soldado de oro, me ha pedido que me haga cargo de uno de tus estudiantes y lo convierta en campeón.

—¡Eso es ridículo! ¡Yo puedo hacer ese trabajo! —dijo Seti.

—Discúlpame, Seti, pero en todos estos años no has tenido resultados positivos. Todas las regiones, cada cinco años renuevan sus ejércitos con soldados de plata. En cuanto a la región Norte, solo ocho soldados llegan en ese tiempo, por lo que formar un ejército es casi imposible —replicó Arsen.

—Y el rey Ercos ¿para qué quiere un nuevo ejército?, ¿tiene pensado ir a una guerra? —preguntó Seti con sarcasmo.

—Digamos que algo así. Somos los únicos que poseemos un cetro de elementos. El rey Ercos tiene la idea de formar un nuevo equipo con nuevos cetros —respondió Arsen.

—¡Eso es imposible! No tiene quién controle el cetro de fuego. No hay soldados de Hars hace mucho tiempo —dijo Seti.

—¡Eso creíamos! —respondió Arsen con firmeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Seti intrigada.

—En los pasados Duelos de las Regiones, uno de los soldados de la región Norte era oriundo de Hars. Su nombre es Nan. Este soldado llegó a la región Norte cuando era un niño, y el rey Ercos tiene algunos planes con él ahora que ganó el derecho de ser uno de nosotros, entre ellos está prepararlo para que sea el nuevo monarca de esa Hars. Este soldado ya obtuvo el cetro de fuego años atrás —comentó Arsen.

—Al parecer esto va en serio. Ya somos los seis que el rey Ercos deseaba. Los elementos más duros de conseguir son los de agua y fuego —replicó Seti.

—¡Así es! Y cada uno nosotros está en la obligación de preparar un soldado que sea capaz de suplirnos. Casi todos tenemos atletas capacitados, pero faltas tú, Seti, para que el rey Ercos complete su equipo especial —acotó Arsen.

—Bueno... sigo sin entender para qué el rey Ercos quiere un nuevo equipo especial —dijo Seti.

—Las decisiones cada vez son más difíciles para él. Hace unos días, nuestro rey estuvo en conversaciones con la monarca Arian para conseguir los metales no conductores; pero, al parecer, la monarca no estuvo de acuerdo en permitir el acceso a estos metales. Esta decisión disgustó a nuestro rey. Él quiere terminar el estudio que había empezado con los núcleos y los metales hasta que Rick y Hank interfirieron y le causaron... bueno, lo que tú ya sabes —dijo Arsen e hizo una pausa. Nuestro rey quiere el equipo para misiones especiales en busca de estos metales en la región Nevas —respondió Arsen.

—En el pasado, esta obstinación del rey Ercos ocasionó la muerte de algunos soldados de oro, y ahora llevará a tener conflictos con los monarcas y tú sabes que no hay un ejército para hacerle frente a la región Nevas. Si comparamos en fuerza, un soldado de oro equivale a tres soldados de plata y cinco de cobre; si comparamos con los guardianes de la monarquía de Nevas, un soldado de oro podría igualar en habilidades a un soldado de la monarquía, quién sabe si lo podría derrotar. Y olvidaba a los durmientes, esas máquinas infernales son capaces de derrotarnos fácilmente —acotó Seti.

—Sí, lo sé. La única opción que nos dará ventaja será tener más cetros de elementos y soldados fuertemente preparados. Las misiones que tendremos serán muy complicadas. Aún no sé qué planea el rey Ercos, pero él es muy inteligente y todo lo calcula con exactitud —replicó Arsen.

—En eso estoy de acuerdo, pero no veo la necesidad de que tú entrenes a uno de mis atletas. ¡Yo soy capaz de entrenarlos muy bien, no es necesaria tu participación! —dijo Seti.

—¿Quieres hablar personalmente con el rey? —preguntó Arsen.

—¡No... déjalo así! —exclamó Seti.

—Bien entonces escogeré a uno de tus estudiantes —dijo Arsen.

—Como puedes ver... mis nuevos atletas están preparándose —dijo Seti mostrando el lugar donde los atletas estaban haciendo algunas prácticas físicas.

—Prefiero a una de tus atletas que participó en los Duelos —dijo Arsen.

—¿Hablas de Mae? Ella partió hacia Gunala para servir como soldado de plata bajo las órdenes de la monarca Grisel —dijo Seti.

—¡No! ¡La quiero a ella! —dijo Arsen señalando hacia el graderío donde estaba Niri.

—¿Niri? —preguntó Seti muy sorprendida. Ella fue una gran atleta, pero desde su lesión no es la misma. Sin contar que su fractura no la dejará ser una soldado normal —replicó Seti.

—¡La quiero a ella! —insistió Arsen. Ella tiene la actitud necesaria y sus capacidades superan, en mucho, las nuestras.

—Vas a desperdiciar tu tiempo. A esa chica se le destrozaron la vida y los anhelos. Ya no tiene nada más que dar —dijo Seti.

—¡Ella es perfecta! La entrenaré y será única, no habrá nadie que pueda doblarla y ella conseguirá el núcleo de agua.

—Será tu responsabilidad, Arsen; si desperdicias tus enseñanzas en alguien que ya no tiene visión de soldado estarás gastando tus energías en vano —insistió Seti.

—Déjalo en mis manos —dijo Arsen y caminó en dirección a los graderíos.

Niri dibujaba los diferentes ejercicios que realizaban los atletas. Sus trazos eran grotescos y hechos con muy mala gana. Trataba de enfocarse, pero ver los ejercicios le traía algo de nostalgia.

—¿Qué haces aquí, muchacha? —preguntó Arsen.

—¡No es de tu incumbencia! —respondió Niri.

—Es una pena ver cómo una atleta con tanto potencial termine haciendo dibujitos en papel.

—Pues bien... debes estar contento. Tú lo dijiste, soy basura en comparación con tus atletas.

—Así es... y lo pudiste comprobar en los Duelos. La fuerza y el talento no son nada si no se los sabe utilizar —replicó Arsen.

—¿Qué quieres?, ¿ridiculizarme? —preguntó Niri visiblemente exaltada.

—Nada de eso. Vine a enseñarte. ¿Estas cansada de recibir golpizas? Ahora te enseñaré a darlas —respondió Arsen.

—¡No quiero saber nada! ¡Guárdate tus enseñanzas! —gritó Niri.

—Vengo a ofrecerte la oportunidad de reivindicarte; no la desaproveches, muchacha —dijo Arsen.

Niri bajó su mirada al piso por unos instantes.

—¡No quiero ninguna oportunidad! —dijo Niri poniéndose de pie y mirando a Arsen directo a los ojos.

La mirada de Niri mostraba toda su frustración. Su rostro era el de una chica sin nada que perder

—¡Déjame en paz!, no quiero saber nada de ti —dijo Niri y recogió sus pertenencias para salir de inmediato del coliseo.

Las palabras de Arsen sorprendieron a Niri, quien no dejaba de pensar por qué aquel soldado se había ofrecido a ayudarle; sin embargo, su baja autoestima la llevó a concluir que solo lo hacía por compasión.

Pasaron unos días y, como era costumbre, Niri prefería pasar a oscuras, encerrada en su habitación. En medio de la penumbra pensando en todo su infortunio y buscaba más razones para seguir sufriendo. Y es que el sufrimiento de Niri la atacaba como una droga de la que dependía para vivir y siempre encontraba razones para seguir deprimida; incluso, en alguna ocasión, llorando de rabia dio varios golpes a las paredes de la habitación hasta herirse los nudillos.

—Esto no es lo que quiero. Todos me tienen lástima, me miran de manera extraña, siento que nadie es sincero. ¡No quiero la compasión de nadie! —pensó Niri.

Poco a poco su tristeza se transformaba en ansiedad, intentaba reponerse pero no lo conseguía y su frustración aumentaba. En medio de su desesperación, Niri dio un grito y, en ese instante, la puerta de su habitación se abrió de golpe.

—¿Quién anda ahí? —gritó Niri.

—¡Con que aquí estás! —se escuchó la voz de Arsen.

—¿Qué haces aquí? —dijo Niri muy molesta.

—¡Rayos! ¿Cómo puedes vivir en estas condiciones? —comentó Arsen realmente sorprendido al ver la habitación tan desordenada, con poca luz, con restos de comida tirados por el piso.

—¡Eso no te importa! ¿Me harías el favor de largarte? —dijo Niri.

—Sí, me iré; pero tú vendrás conmigo. Quiero llevarte a Erba. Yo me haré cargo de tu entrenamiento —dijo Arsen.

—¿Qué? ¡No entendiste lo que te dije en el coliseo! ¡No quiero nada que venga de ti!, ¿entiendes? —replicó Niri.

—¡No! No lo entiendo y no voy a entender nunca cómo una joven con tus talentos se puede dar por vencida tan fácilmente —insistió Arsen.

—¡Tú eres la última persona a la que quiero ver! ¡Vete y cierra la puerta al salir! —dijo Niri.

—Por favor, ten un poco de autoestima. ¿Crees que esto es vivir?, ¿con todo este desorden y a oscuras? —preguntó Arsen.

—¡Ese no es tu problema! —respondió Niri.

—Solo escúchame. Quiero darte una gran oportunidad, tú debías ser la campeona, pero te faltaba algo que Agatha aprovechó —dijo Arsen.

—¡Cállate! ¡Fuera! ¡Vete! ¡No quiero saber nada! —dijo Niri y se levantó muy enojada para empujar a Arsen.

Niri cerró la puerta en la cara del soldado y se quedó a oscuras nuevamente.

—¡Vivir en la oscuridad nunca ciega, pero tampoco deja ver! Sé que puedes lograrlo, ¡piénsalo! Yo jamás me equivoco. Cuando veo una joya rota, no pienso en desecharla, al contrario, le saco brillo para que luzca aún mejor de lo que fue —dijo Arsen detrás de la puerta y, acto seguido, se alejó del lugar.

Niri se quedó sentada con sus brazos rodeando sus piernas. Sus pensamientos la atormentaban.

—¿Qué le sucede a ese tipo?, ¿quién se cree que es para aparecer de esta manera? A él no le importa mi salud, solo quiere seguir humillándome. No le daré ese gusto —pensó Niri.

Aquella noche, Niri se durmió más triste que de costumbre, y así continuó el resto de la semana durante sus clases; las palabras de Arsen no dejaban de atormentarla. Niri buscaba una razón lógica que le llevara a entender por qué el soldado de Erba insistía en la idea de entrenarla.

Algunos días después, y luego de meditarlo mucho, Niri fue al coliseo para conversar con Seti sobre las reales intenciones de Arsen.

—Maestra, ¿me permite un momento? —preguntó Niri rápidamente.

—Claro, Niri. ¿Cómo estás? —respondió Seti.

—Bien, gracias por preguntar. Quisiera consultarle algo —replicó Niri.

—Por supuesto, ¡dime! —exclamó Seti.

—Es sobre Arsen. Hace unos días lo vi conversando en el coliseo y, luego, él me buscó para decirme que quería entrenarme. ¿Usted sabe algo al respecto? —preguntó Niri.

—Es correcto. Arsen tiene las intenciones de entrenarte —respondió Seti.

—Pero, usted sabe cuál es mi estado, ¿no se lo dijo? —preguntó Niri.

—Arsen es un soldado de gran experiencia, aunque le comenté tu situación actual, él no me hizo caso. Ahora, solo depende de ti, Niri; yo sé de lo que eres capaz, pero también sé lo grave de tu lesión. Por mi parte yo no te entrenaría porque no quiero hacerte más daño —dijo Seti.

—Pensé que usted le recomendó que me entrenara —dijo Niri.

—De ninguna manera. Yo jamás te expondría. Me preocupa tu salud y, sobre todo, no quiero que vuelvas a ilusionarte. Arsen tiene órdenes directas del rey para entrenar a un atleta de Gunala; por qué te escogió, no lo sé. Hace algunos años, desde que varios soldados de oro de Gunala perecieron intentando encontrar un cetro de agua, no ha habido soldados representativos de nuestra región. Arsen se encargó de entrenarme y gracias a él tengo este título. Él es un soldado experimentado, tiene muchos conocimientos. No comprendo bien lo que tiene en mente, pero

él sabe lo que hace. Y como te dije antes, Niri, solo depende de ti. Esta decisión puede provocar que tu pierna termine de fracturarse y dejarte inválida o puede darte una nueva oportunidad para conseguir tu sueño —replicó Seti.

—¿Qué me recomienda? —preguntó Niri.

—Si fuera tú trataría de luchar en otros ámbitos. No me gustaría verte inválida y, suponiendo que consigues el título, la vida de un soldado de oro es de gran resistencia física, no sé cuánto aguantas.

—¿Usted me entrenaría en estas condiciones? —preguntó Niri.

—No, yo no sería capaz de cargar con esa responsabilidad. Tú eres mi amiga y lo que menos quiero es verte lastimada y deprimida —respondió Seti.

—Muchas gracias, maestra —dijo Niri.

—De nada Niri. Sigue con tu vida, ese es mi consejo. Arsen ya conseguirá otro atleta —finalizó Seti.

Capítulo 15

Orión



Niri partió del coliseo con mucha decepción. En un rincón de su alma esperaba que Seti la apoyara o que hubiera sido ella quien le había encomendado a Arsen su entrenamiento. Ahora era oficial, ninguna persona creía en ella, ni mucho menos en su recuperación.

Un día, Niri caminaba tranquilamente por una de las calles de su academia. El viento soplaba más fuerte de lo habitual. Niri tenía la mente despejada, iba a paso lento, cojeando levemente. Una suave brisa hizo que las hojas de sus tareas volaran y se dispersaran por la calle. Con resignación, se dispuso a recoger los papeles y, en medio de este conflicto, un soldado se acercó a observarla.

—Muchacha, ¿qué has decidido? —preguntó Arsen.

—¡Tú, de nuevo! Te dije que no quiero verte —replicó Niri.

—¿Sigues con eso? Deberías usar esa obstinación a tu favor —dijo Arsen.

Niri se quedó en silencio por unos segundos y dijo:

—Hablé con Seti y me ratificó que no soy apta para el entrenamiento. Hace unos días fui con los sanadores y me dijeron que mi pierna no se recuperará. Hablé con mis padres y me aconsejaron que regrese a mi región y que trabaje en labores comerciales porque lo de soldado no es para mí. Todas las personas que me miran dicen lo mismo... ¡No seré jamás una soldado! Te haré una pregunta, ¿por qué tienes tanto interés en mí?

—Me encanta escuchar esas palabras —dijo Arsen mirándola fijamente a los ojos y sonriendo. Cuando las personas te dicen que no puedes hacer algo es precisamente cuando debes trabajar más duro para demostrarles que no solamente no puedes hacer eso, sino que eres la mejor.

Las palabras de Arsen levantaron fugazmente el ánimo de Niri.

—No te confundas. Admito que en este momento te sientas impotente; si me preguntan si estas apta para ser una soldado, yo diría que no —dijo Arsen.

—¿Lo ves? ¡No sirvo para nada! —dijo Niri con una mezcla de decepción y furia.

—Tranquila. En este momento no eres apta, pero cuando termine contigo serás la más grande soldado, en todo sentido. Te vi en los Duelos de las Regiones y tus habilidades son únicas. Cuando fuiste atleta tenías confianza, control y fortaleza, pero, sobre todo, tenías ese fuego en los ojos, esa mirada desafiante con la que me enfrentas en este momento. Voy a entrenarte y no aceptaré una negativa de tu parte —sentenció Arsen.

—No sabes lo que dices —dijo Niri, aún incrédula.

Arsen se acercó a Niri, le sujetó de los hombros mirándola directamente a los ojos y le dijo:

—Escucha con atención. Tal vez nada de lo que pueda decirte ahora tenga valor para ti. Puedo hablarte de tus capacidades, de lo magnífica atleta que eres, pero nada va a convencerte si no comienzas a creerlo tú misma. El problema no es lo que digan los demás de ti, el problema es lo que tú creas sobre ti. La primera batalla que tendrás que ganar será contra tus pensamientos negativos. La lucha más grande que vas a librar será creer en ti cuando nadie más lo hace. ¿Entiendes?

Niri se quedó mirando a Arsen sin decir ni una sola palabra.

—Ahora ve por tus cosas —ordenó Arsen. Mañana, muy temprano, partiremos hacia Erba.

Niri intentó hablar, pero Arsen se lo impidió.

—¡No aceptaré más excusas! —exclamó Arsen y se retiró del lugar.

Niri se quedó observando los pasos que daba el soldado. Por unos segundos, Niri permaneció quieta, en silencio; luego fue en dirección a su dormitorio dejando todos los documentos esparcidos por el piso.

—Arsen tiene razón. ¿Cuándo dejé de creer en mí? ¿Cuándo empezó a importarme la opinión de los demás? Pero, no es sencillo, tampoco puedo tomarlo a la ligera; mi pierna no está bien, Seti lo dijo, puedo quedar inválida, si me quedo quieta podré vivir y hacer más cosas por más tiempo; pero si dejo pasar esta oportunidad no volveré a tener otra. Vivir sin luchar por los sueños tampoco es vivir. Si hay una pequeña oportunidad para que esto resulte creo que la debo tomar —pensó Niri.

Niri no pudo dormir en toda la noche. Aunque ya había tomado una decisión, estaba temerosa por la posibilidad de que nada resultara bien.

Tal como lo había anunciado, Arsen llegó temprano a recoger a Niri. Golpeó la puerta del dormitorio. Cuando Niri abrió, Arsen notó que ella había arreglado su habitación, además había colocado algunas lamparillas para iluminar el lugar.

—Muy bien, muchacha. Esta es una verdadera habitación, limpia y ordenada —dijo Arsen.

—¿Viniste a juzgar? —respondió Niri.

—De acuerdo, es hora de irnos, despídete de todo esto, no vas a regresar. Una vez que des un paso fuera, ya no hay marcha atrás —aseguró Arsen sonriendo.

—No es necesario despedirme, no hay tiempo para sentimentalismos, ¡vamos de inmediato! —dijo Niri.

Niri había guardado todas sus pertenencias. Ella y Arsen cargaron las cosas a una carroza que les esperaba afuera de la academia. Una vez que el vehículo empezó su marcha, Niri miró por varios minutos lo que dejaba atrás.

—¿A qué parte de Erba iremos? —preguntó Niri.

—Iremos a la ciudad capital, Agrimonia —respondió Arsen.

—¡Es la ciudad donde vive la monarca Egle! —exclamó sorprendida Niri.

—Así es, este será un largo viaje. Por cierto, ¿cómo está tu tobillo? —preguntó Arsen.

—Son varios meses de la lesión, mi tobillo está bien. Casi puedo caminar con normalidad —dijo Niri.

—Cuando lleguemos haré que los sanadores de Erba te revisen. Ellos adaptarán tu pierna para soportar dosis altas de entrenamiento —dijo Arsen.

—Arsen, vine porque es mi última oportunidad de conseguir mi sueño, pero no creas que no sé los riesgos. Te lo digo desde ahora... ¡No haré nada que involucre el quedarme inválida! —exclamó Niri.

—No quedarás inválida, te lo aseguro, pero el entrenamiento no será sencillo, así que debes prepararte para darlo todo. ¡No quiero menos de ti! Y no pienses en engañarme, conozco bien tus capacidades —sentenció Arsen.

Arsen y Niri viajaron por varios días, cruzaron gran parte de la región Norte y se hospedaron en diferentes hoteles que encontraron en las ciudades de paso. Al llegar a la frontera con Erba, Niri recordó cómo fue su ingreso a la región Norte. El ambiente era similar, pero las personas eran diferentes. Su color de piel era rojizo, al igual que sus cabelleras; sus vestimentas y los productos que transportaban eran completamente extraños para Niri. Los símbolos que se veían por todas partes representaban a un jaguar. Al cruzar la muralla llegaron a la región Erba y avanzaron hasta Agrimonia. Niri estaba muy emocionada. Era la primera vez que visitaba aquella región, la sensación de incertidumbre al conocer un lugar nuevo recorría su ser.

La carroza avanzaba por unas calles de piedra pulida. La región estaba repleta de bosques de bambú que no permitían ver el horizonte. Niri perdió su sentido de orientación, no sabía si viajaban al Norte, al Sur, al Este o al Oeste. En cuanto a Arsen, él dirigía al carroza a gran velocidad y completa seguridad hacia a su destino.

Varias horas después llegaron a una especie de estacionamiento para la carrozas. Había pocas personas en el lugar. El clima era cálido y casi no se sentía la presencia del viento.

—¿En dónde estamos, Arsen? —preguntó Niri.

—Estamos cerca. De aquí en adelante tendremos que seguir a pie. No hay acceso para las carrozas —respondió Arsen.

—¿Y cómo transportaremos mi equipaje? —preguntó Niri con angustia ya que llevaba su baúl, su ropa, sus armaduras de plata y bronce.

—Lleva solo lo importante. El resto déjalo aquí. Una vez que lleguemos a la ciudad y nos instalemos, enviaremos a unos guardias por las cosas.

—De acuerdo —dijo Niri.

Niri llenó una mochila con algo de ropa y recuerdos de su pueblo, algunos sujetadores de concha, su dije, unos pocos libros. Ella vestía sus atuendos de la región Norte, unos pantaloncillos y una blusa. Arsen usaba un atuendo de estilo militar.

Luego de esto, Arsen y Niri comenzaron su travesía a pie. Se internaron en el bosque de bambú.

—¿Qué te parece el lugar? —preguntó Arsen.

—¿Hablas de la región o de este bosque? —dijo Niri devolviendo la pregunta.

—De ambos. La región es este bosque —insistió Arsen.

—Me parece extraño; para ser sincera, esperaba ver más gente y ciudades, pero lo único que veo son estos extraños árboles —respondió Niri.

—Es bambú, la región está colmada de bambú. Y en cuanto a las ciudades, ya hemos atravesado dos en nuestro trayecto —dijo Arsen.

—Pues yo no he visto nada —respondió Niri.

—No eres observadora —dijo Arsen.

—¿Y cuánto falta para llegar a nuestro destino? —preguntó Niri.

—¡Detente! —gritó Arsen.

—¿Qué sucede? —preguntó Niri con incertidumbre.

—Alguien nos acecha —dijo Arsen.

—Yo no veo a nadie —dijo Niri mirando a su alrededor.

—Mira por allá —dijo Arsen susurrando y señalando hacia la derecha del bosque.

—No veo nada —insistió Niri.

Arsen dio unos pasos y examinó el suelo.

—Las aves acaban de salir aturdidas. En este lugar hay huellas que desaparecen y los troncos de bambú tienen marcas —dijo Arsen.

—¿Cómo logras ver eso? —preguntó Niri muy confundida.

—¡Sabemos que estás ahí! —gritó Arsen hacia la cima de los árboles.

Niri trataba de encontrar algo pero no conseguía ningún resultado. Arsen comenzó a caminar de espaldas, muy despacio, mirando fijamente hacia la cima de los árboles. De pronto, en una acción muy rápida se acercó a unos arbustos y con su cetro hizo que estos se abrieran y se dispersaran dejando ver a un joven que se encontraba oculto.

—¿Cómo lo supiste? —dijo un adolescente de piel rojiza y orejas puntiagudas, con cabello corto de color oscuro, que bordeaba los trece años.

—Eres muy predecible, Orión —dijo Arsen.

—Hice todo con mucha cautela. De verdad, ¿creíste que estaba arriba de los arboles? —preguntó el muchacho.

—¡No! Siempre supe que estabas en este lugar.

—No lo entiendo, ¿cómo pudo suceder? —dijo Orión cruzando los brazos.

—Tus huellas te delatan. Pasaste intencionalmente por los arbustos, caminaste hasta los troncos de los árboles, los marcaste como si alguien hubiese trepado por ellos y regresaste tus pasos hacia los arbustos —respondió Arsen.

—Sí, eso hice. Y caminé en reversa para que no haya ninguna otra huella —dijo Orión.

—Eso fue muy inteligente; sin embargo, al hacer eso, las primeras huellas se hicieron más profundas —dijo Arsen.

—Con que así lo descubriste... La próxima lo haré mejor —dijo Orión poniéndose de pie.

—Niri, él es Orión, el recomendado de la monarca Egle —dijo Arsen señalando al muchacho.

—Mucho gusto —saludó Niri.

—Encantado de conocerte, Niri. Eres una joven muy linda. ¿Eres la esposa de Arsen? —preguntó Orión.

—Pero, ¿qué dices, muchacho? Ella está aquí para el entrenamiento —intervino Arsen rápidamente.

—¿Arsen te entrenará? —preguntó Orión.

Orión tenía una personalidad muy extrovertida y casi siempre hacía preguntas inoportunas o se metía en algún problema.

—Así es. Vine a este lugar por el entrenamiento. Intentaré participar en los Duelos de las Regiones —respondió Niri.

—¡Eso es genial! Dentro de cuatro años yo también podré participar. Al igual que a ti, Arsen me entrenará.

—¡Ya basta de conversaciones! ¡Es hora de continuar el trayecto! —exclamó Arsen.

—¡Un momento! ¿Cómo supo este chico que llegaríamos hoy? ¿Acaso estuviste esperando todos estos días? —preguntó Niri.

—¿Qué? No soy idiota para quedarme oculto tantos días. Lo supe como cualquier persona que quiere saber algo... ¡preguntando! —respondió Orión.

—Se puede saber... ¿a quién le preguntaste? —intervino Arsen.

—Lo escuché de Egle —dijo Orión.

—¿Sabes que está prohibido escuchar conversaciones ajenas? —dijo Arsen muy molesto.

—¡No fue mi intención! Egle lo susurró a los vientos —acotó Orión.

—¿Nos quieres decir que puedes escuchar las palabras en el viento? —preguntó Niri.

—Es una habilidad de algunos Erba, no hay por qué sorprenderse —dijo Arsen restando importancia a la habilidad de Orión. Y ahora... ¡déjense de charlas y comiencen a caminar!

Niri estaba asombrada por la astucia del joven Orión y por la habilidad de Arsen de poder seguir rastros y pistas en el entorno. Los tres retomaron la caminata y, al poco, llegaron a un bosque con unos árboles de tallos gigantes.

—Llegamos —dijo Arsen.

—¿Qué?, ¿es aquí? —preguntó Niri desconcertada. Creí que iríamos a una ciudad o algo por el estilo.

—Tienes que dejar de depender de tus ojos y prestarle atención a tus otros sentidos. No solo se trata de ver, sino de observar —dijo Arsen a Niri con un tono de regaño, y señaló hacia la copa de los árboles. ¡La ciudad está sobre nosotros!

La ciudad estaba construida sobre aquellos árboles gigantes. Había cabañas circulares unidas a través de puentes colgantes que hacían de enlace entre los poblados.

Niri se sorprendió mucho más, se quedó por varios minutos contemplando la forma arquitectónica del poblado.

—¿Qué esperas? ¡Vamos! —dijo Arsen.

—De acuerdo —respondió Niri.

Arsen, Orión y Niri caminaron hacia unos ascensores de madera que eran accionados por poleas y contrapesos, en ellos llegaron a la ciudad.

—Niri, ¿te gusta? —preguntó Orión.

—Sí, es todo muy sorprendente —respondió Niri—. ¿Por qué los poblados son construidos en las alturas?

—Para cuidarnos de los peligros —dijo Orión rápidamente.

—Esa no es la única razón. Al vivir en las alturas somos más conscientes de lo que sucede abajo —acotó Arsen.

—La vista es grandiosa, ¿ustedes pueden ver a largas distancias como los Venatti? —preguntó nuevamente Niri.

—Nosotros no vemos a largas distancias, pero podemos saber qué sucede —respondió Arsen.

—No entiendo —dijo Niri.

—Nosotros somos conscientes del curso del viento, del crujido de los árboles, del sonido de los animales, de la dirección en la que vuelan las semillas, de la humedad de la tierra, entre otras cosas. No es necesario ver a larga distancia, nosotros lo sabemos todo —respondió Arsen.

El ascensor había llegado a su destino. Niri miró hacia abajo con cierto vértigo, le costaba mantener el equilibrio. Por su parte, Arsen y Orión caminaban con mucha naturalidad sobre los puentes colgantes.

—Iré al palacio. Volveré pronto —dijo Orión.

—No hay problema. Nosotros nos quedaremos en las chozas de entrenamiento —dijo Arsen.

—Bien, nos vemos luego, Niri —dijo Orión.

—Hasta pronto, Orión —dijo Niri despidiéndose del joven de Erba.

Capítulo 16

La consulta



Arsen y Niri llegaron a una cabaña rústica con tres habitaciones, muebles y algunos instrumentos hechos de madera. Las ventanas eran circulares y no tenían cristales, tampoco se veían puertas, los espacios estaban separados únicamente por cortinas.

—Bien muchacha, instálate y saldremos enseguida —dijo Arsen.

—Está bien —respondió Niri. ¿A dónde iremos?

—Pasaremos por dos lugares, primero iremos al palacio de la monarca Egle y después donde los sanadores para que revisen tu pierna —respondió Arsen.

—De acuerdo —dijo Niri asintiendo con la cabeza.

Arsen ayudó a Niri a acomodar sus cosas, y sin esperar más, partieron rumbo al palacio de Egle, la monarca de Erba. Cruzaron por varios puentes colgantes hasta llegar a un árbol gigante. El palacio de la monarca estaba dentro del tallo de ese árbol. En los portones del palacio y las cortinas se veía el símbolo del jaguar, en un fondo verde oscuro.

Niri y Arsen atravesaron las puertas del palacio. Dentro del tallo de aquel árbol, el piso era de madera pulida, escaleras circulares daban acceso a diferentes espacios. Aparecieron varios soldados de plata y cobre que saludaban a Arsen. A Niri le maravilló la forma en la que estaba construido el palacio.

—La monarca está en la sala de reuniones, dos pisos más arriba —señaló Arsen.

—¿Para qué vinimos a este lugar? —preguntó Niri.

—Tengo que tratar temas importantes con la monarca —respondió Arsen.

—¿Se trata de alguna misión secreta? —insistió Niri.

—No hay misiones secretas, he venido por tres razones: la primera para notificar que te entrenaré a ti y a Orión. La monarca me pidió un entrenamiento especial para ese muchacho, por lo que tuve que irme de la academia.

—¿Y quién enseñará en tu lugar? —dijo Niri.

—Agatha —respondió Arsen.

Niri se sintió un tanto decepcionada por haber hecho esa pregunta.

—¿Cuáles son las otras razones? —preguntó Niri nuevamente.

—Pedirle a la monarca absoluta libertad para desarrollar los entrenamientos en diferentes áreas y, por último, informarle que seré parte del equipo especial del rey Ercos.

—¿Equipo especial?, ¿qué equipo especial? —dijo Niri.

—No te puedo contar aún, es algo que el rey Ercos tiene en mente —respondió Arsen.

—¿No dijiste que no había secretos? —interrogó Niri.

—¡Yo no tengo secretos!, pero lo que el rey Ercos tenga en mente no es de tu incumbencia —señaló Arsen.

—¡Está bien! ¡Qué carácter! —dijo Niri.

Arsen y Niri subieron dos pisos hasta llegar a un salón decorado con varias alfombras y cortinas de color verde oscuro. Había un gran escritorio de madera con la forma de un jaguar.

En el trono estaba sentada la monarca Egle, su tono de piel era rojizo, su rostro muy hermoso, limpio, sin arrugas, como si el paso del tiempo no la hubiese afectado. Tenía una larga cabellera lacia, color castaño, con mechones de color verde, estaba sujeta por una tiara de metal con la forma de ramas serpenteantes. Sus ojos eran marrones y traía puesto un largo vestido decorado con hojas estrella y flores de diversos colores.

—Su Majestad —dijeron Arsen y Niri mientras hacían una reverencia.

—Sean bienvenidos. Tomen asiento —dijo Egle.

—Gracias, Su Alteza —dijeron Arsen y Niri al unísono.

—Arsen, has solicitado una reunión conmigo para tratar algunos temas que deseas resolver.

—Así es, Su Majestad. En primer lugar quisiera informarle que estoy dispuesto a entrenar al joven Orión, tal como usted lo desea. Sin embargo, debido a que en Gunala no existen campeones hace varios años, el rey Ercos me encomendó la tarea de entrenar a un atleta de esa región y convertirlo en campeón —dijo Arsen.

—¿El rey Ercos te hizo esa petición? Me intriga. ¿Por qué te encomendó a ti esa gran responsabilidad? —preguntó Egle con mucha inquietud.

—No lo sé, Su Majestad —respondió Arsen.

—Te comentaré algo. Hace unos días, el rey Ercos pidió acceso a los metales no conductores. Según un acuerdo, después de la muerte de varios soldados de oro se prohibió el acceso a ellos; por tal razón, esa petición fue rechazada. El rey Ercos es una persona muy inteligente y sabemos que no ha concluido sus estudios sobre los cristales y los cetros —dijo Egle.

—No sé nada al respecto, Su Majestad —respondió Arsen.

—Está bien. No entremos en detalles —dijo Egle notablemente frustrada por no obtener información de Arsen.

Y continuó:

—Por otro lado, faltan tres años para los próximos Duelos de las Regiones; es hora de que Orión tenga un entrenamiento completo, sus habilidades nos dan la certeza de que logrará convertirse en un campeón.

—Así es, Su Majestad, Orión es muy hábil y está muy motivado. Estoy seguro de que lo conseguirá —dijo Arsen.

—Te pido un entrenamiento especial para él. La chica que está a tu lado ¿es la atleta de Gunala que elegiste para el entrenamiento? —preguntó Egle observando a Niri.

—Sí, su nombre es Niri. Esta chica llegó a la final y perdió la batalla con Agatha —respondió Arsen.

—La recuerdo. Dime, Niri, ¿cómo está tu tobillo?, ¿lograste recuperarte del todo? —preguntó Egle.

—Estoy bien. Los sanadores de la región Norte hicieron un buen trabajo —respondió Niri.

—Estoy de acuerdo e imagino que viniste a este lugar para terminar tu recuperación. Arsen sabe que este es el único lugar donde se puede recuperar a un atleta. Los medicamentos que hay aquí no se encuentran en ninguna otra región, ni siquiera en la región Norte —dijo la monarca.

—No sabía eso. El soldado Arsen confía en que puedo llegar a ser una campeona —dijo Niri.

—Es cierto, él tiene una gran intuición. Confía en él y confía en ti —dijo Egle.

—Gracias por el consejo, Su Majestad —dijo Niri.

—Su Majestad, solicito libertad para recorrer la región de Erba durante el entrenamiento de Orión y Niri —intervino Arsen.

—No estoy de acuerdo con que Orión tenga el mismo entrenamiento que la atleta de Gunala, pero esto es importante. Tienes absoluta libertad para recorrer Erba —dijo Egle dudando un poco—.

—Gracias, Su Majestad. Por último, quiero informarle que después de los próximos Duelos de las Regiones me retiraré de mi cargo de instructor para formar parte del equipo especial solicitado por el rey Ercos —explicó Arsen.

—¿Para qué Ercos necesita un equipo especial? —preguntó Egle.

—No lo sé, Su Majestad, el rey Ercos no entró en detalles; de todas maneras, usted sabe que mi lealtad es completa hacia la región Norte y si el rey solicitara cualquier tipo de discreción,

mi deber es obedecer por la armonía de las leyes que rigen las regiones —dijo Arsen.

—Lo entiendo. Quiero recordarte que el principal deber de un soldado es defender la paz, no hace falta que te diga que uses tu discernimiento cuando las órdenes de un monarca vayan en contra de este mandato.

—Lo sé, Su Majestad, pero para eso están los monarcas. Ustedes son los llamados a conciliar la paz. El deber de un soldado es servir y proteger, lejos de nosotros está el cuestionar sus decisiones —recalcó Arsen.

—Veo que eres muy correcto en tu carácter y te entiendo. No puedo decirte nada más. Dejaré que Agatha se encargue de la academia en cuanto tú tengas que abandonar tu cargo —dijo Egle.

—Gracias, Su Majestad —respondió Arsen.

—Gracias a ti, Arsen. Te encargo a Orión —dijo Egle.

Niri miraba a la monarca sin pronunciar palabra.

—Suerte con tu preparación, Niri —dijo Egle.

—Gracias. Su Majestad —respondió Niri poco convencida de los buenos deseos de Egle.

Arsen y Niri se retiraron del palacio y fueron a buscar a los sanadores. Bajaron por uno de los ascensores de madera y caminaron por el bosque de bambú hacia las cabañas cerca de un lago.

—Arsen, no me agradó la monarca Egle —comentó Niri.

—Sí, lo sé. Ella no ve con buenos ojos que recibas el mismo entrenamiento que su recomendado, Orión —dijo Arsen.

—¿Por qué ese chico es tan especial? —preguntó Niri.

—Orión tiene habilidades únicas para su edad. El chico es huérfano y Egle lo encontró y lo crió como a un hijo. Egle cree que el muchacho es un Erba originario —replicó Arsen.

—¿Originario?, ¿qué es eso? —preguntó Niri.

—Es una antigua leyenda Erba. No la entenderías —respondió Arsen.

—Cuéntame, quiero saberla —insistió Niri.

—Está bien —dijo Arsen dudando un poco. ¡Pero no entraré en detalles! —acotó de manera enérgica.

Arsen le contó a Niri que existe una leyenda sobre los Erba originarios, que eran personas que podían escuchar a los espíritus de la naturaleza. Sus orejas eran puntiagudas, por lo que escuchaban con mayor detalle lo que se expresaba a través del viento. Se dejaban guiar por los mandatos de los espíritus del bosque de bambú y, a su vez, la naturaleza estaba de su parte y guiaba su destino. Con el pasar del tiempo, los Erba fueron perdiendo esa habilidad cuando aceptaron la llegada de los inventos Nevas. Egle tenía la creencia de que los Erba fueron castigados y perdieron el don de escuchar a los espíritus. Sin embargo, cuando encontró a Orión y vio sus pequeñas orejas puntiagudas, sintió algo de alivio y se convenció de que había aparecido una nueva esperanza para los habitantes de esta región.

—Eso suena interesante. ¿Egle piensa que Orión puede comunicarse con el bosque de Erba? —preguntó Niri.

—Así es. Tiene la convicción de que, con el entrenamiento respectivo, Orión puede manifestar las habilidades de un Erba originario. Yo creo que Egle está pensando en convertirlo en el nuevo monarca de Erba; pero no estoy seguro, el tiempo lo dirá —dijo Arsen.

—¿Por qué Egle cuestiona los mandatos del rey Ercos? —preguntó Niri.

—Egle no los cuestiona, pero sí le interesa saber todo lo que el rey tiene en mente —respondió Arsen.

—A eso me refiero, ¿por qué? —insistió Niri.

—¿Por qué me haces esas preguntas? —dijo Arsen.

—Solo me da curiosidad, no tienes por qué enojarte —respondió Niri.

—Hace veinte años, después de la Guerra del Exilio, Egle estaba en contra de que el rey Ercos tomara el trono de la región Norte. Egle piensa que nuestro rey tiene intereses ocultos —dijo Arsen.

—Y tú, ¿qué piensas? —preguntó Niri.

—Que el rey Ercos es una persona muy sabia e inteligente. Yo he aprendido muchas cosas de él. Créeme, sus intereses no son personales, él mira por el futuro de las regiones, pero, a pesar de eso, él sabe que no cuenta con el agrado de todos los monarcas —respondió Arsen.

—¿Por qué algunos monarcas no creen en él? —insistió Niri.

—Cada monarca tiene su propia opinión de Ercos, pero, en definitiva, ellos piensan que Ercos busca algún tipo de beneficio propio o que actúa por venganza —dijo Arsen.

—¿Venganza? No entiendo. ¿Qué le pudieron haber hecho para que quiera vengarse? —preguntó Niri.

—Él era parte de un grupo especial en la región Norte que actuaba bajo las órdenes del rey Darwin en una delicada investigación; lo cierto es que algunos miembros del equipo estaban

en contra de Ercos y le impidieron continuar los estudios. Estos sujetos se opusieron tanto que se produjo una tragedia que acabó con la vida de su familia —relató Arsen.

—Entiendo —dijo Niri.

—El rey Ercos no es un mal sujeto. Él gozaba de la plena confianza del rey Darwin, y fue este quien le confió el trono de la región Norte antes de su deceso. Te puedo decir que Ercos no tiene malas intenciones, pero sí una mente diferente que muchos no comprenden. Es nuestro deber protegerle y ayudarle. Si él quisiera hacer algo malo ya lo hubiese hecho y, al contrario, ha trabajado mucho para unificar a las regiones —dijo Arsen.

—Me gustaría conocerlo —dijo Niri.

—Cuando seas un soldado de oro lo harás. Pero, ahora, vamos un paso a la vez. ¡Hemos llegado! —dijo Arsen señalando hacia un poblado de cabañas construidas de madera de bambú cerca de un lago.

Arsen y Niri entraron en una de las cabañas. Arsen pidió ver a Thelma, una sanadora que se especializaba en fracturas internas y a quien le tenía mucha confianza.

—Thelma, me da mucho gusto verte —saludó Arsen.

Thelma era una mujer alta, joven, de cabello castaño y corto.

—El gusto es mío, Arsen —dijo Thelma devolviendo el saludo. ¿Qué te trae por este lugar?

—Vendo a pedirte un favor —respondió Arsen.

—Ya son varios los que me debes —dijo Thelma sonriendo.

—Los tengo en cuenta, no te preocupes... Te presento a Niri, ella viene de Gunala, sufrió una fractura en la final de los Duelos de las Regiones —dijo Arsen señalando a Niri.

Niri se acercó a la sanadora.

—Lo recuerdo, fue ante Agatha —dijo Thelma. Mucho gusto Niri.

—Gracias —respondió Niri.

—Quiero que la revises y la recuperes para la acción, ¿entendes? —dijo Arsen en tono bromista.

—De acuerdo, lo haré. Quiero ver cómo está su lesión. Sígueme, Niri —dijo Thelma.

Thelma y Niri entraron a una habitación de la cabaña de bambú. A pesar de que las cabañas eran rústicas, tenían algunos aparatos y medicinas que mostraban un gran avance y conocimiento.

Dentro de la habitación, Thelma pidió que Niri se recueste sobre una camilla mientras ella preparaba un aparato de análisis de fracturas.

Niri miraba a su alrededor, estaba intrigada por la cantidad de cosas que veía. Podía observar flores de diferentes formas y colores, en las paredes había carteles de varias hierbas con leyendas extrañas que indicaban su composición. También había dibujos de varias partes del cuerpo humano y sus terminales nerviosas. Niri puso especial atención a un cartel del cuerpo humano con pequeños puntos negros alrededor del cuello y la cabeza.

—Niri voy a revisar tu tobillo —dijo Thelma mientras ponía a funcionar un aparato rectangular muy delgado.

—De acuerdo —dijo Niri.

—¿Desde cuándo conoces al soldado Arsen? —preguntó Thelma acercando el aparato al tobillo de Niri.

—Después los Duelos de las Regiones y luego de mi lesión, él se me acercó varias veces y me convenció de venir a este lugar. Los sanadores de la región Norte dijeron que ya no podría realizar actividades de un atleta y mucho menos las de un soldado —dijo Niri.

Thelma miraba fijamente el aparato que mostraba el hueso de Niri como una foto.

—Tu lesión fue muy grave y sin el control adecuado no podrás hacer ninguna actividad física fuerte —dijo Thelma.

—Entonces... ¿no podré competir? —preguntó Niri muy ansiosa.

—¡Tranquila! Tendremos mucho cuidado. Te pondré una férula muy ajustada, eso dará mayor estabilidad a tu tobillo, pero tendrás que venir regularmente y, sobre todo, enfocarte en fortalecer tus piernas —dijo Thelma.

—¿Cuándo podré volver a entrenar? —preguntó Niri.

—Lo podrás hacer apenas te acostumbres a la férula —respondió Thelma con una gran sonrisa al ver a Niri recuperar su esperanza.

—¡Eso es grandioso! —dijo Niri.

—¡Sí, lo es! Eso es todo por ahora, Niri. Si sientes algún dolor tendrás que venir de inmediato. ¿Entiendes? —replicó la sanadora.

—Así lo haré. Antes de irme, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Niri.

—Claro, dime —respondió Thelma.

—¿Qué significa ese cartel? —dijo Niri señalando la imagen del cuerpo humano con los puntos negros.

—Es un diagrama con los puntos de presión para dormir a los pacientes. En Erba debemos ser precisos y conocer exactamente qué puntos debemos presionar para que los pacientes no sientan dolor —respondió Thelma.

—¿Qué sucede si presionas esos puntos? —insistió Niri.

—Si lo hacemos bien, el paciente entra en un estado de inconciencia y podemos tratarlo correctamente. Esto se lo hace cuando el paciente tiene heridas muy graves. Es preferible que esté dormido cuando se le hace una intervención delicada —respondió Thelma.

—Entiendo —dijo Niri mirando fijamente el cartel.

—¿Por qué me preguntas por ese cartel? —dijo Thelma.

—Me llamó la atención, no sabía que en Erba tuvieran tal conocimiento sobre el cuerpo de las personas —respondió Niri.

—Aquí sabemos todo sobre medicina —dijo Thelma.

Capítulo 17

Obstáculos



Después de un par de días, Niri, Arsen y Orión fueron a una planicie cerca de la cascada que desembocaba en el mar de Gunala. El viento soplaba con mucha fuerza. El sonido del agua era tan intenso que no podían escucharse entre sí.

—¿Cómo está tu tobillo, Niri? —preguntó Arsen

—Está mejor —respondió Niri.

Niri llevaba una férula muy ajustada a su tobillo.

—De acuerdo, empezaremos el entrenamiento de hoy. Sujeten estas cuerdas a su cintura y el otro extremo átenlo a uno de los árboles cerca del río —dijo Arsen.

—¿Para qué? —preguntó Orión.

—Solo háganlo. Luego van a cruzar el río cerca de la desembocadura hacia Gunala —respondió Arsen.

—El agua es más fuerte en ese sector, ¡nos arrastrará! —dijeron Niri y Orión muy asustados.

—Entonces, será mejor que esas cuerdas estén bien atadas —dijo Arsen sonriendo sarcásticamente.

—¿Por qué mejor no nos ahorcas y nos evitamos el castigo? —dijo Orión más sarcástico aún.

—Porque quiero ver cómo sufren. Guarden silencio y hagan lo que les ordeno —incitó Arsen.

Niri y Orión ataron las cuerdas a los árboles lo más fuerte que pudieron, y sujetaron sus cinturas tratando de no apretarlas demasiado para poder respirar.

—¿Están listos? —preguntó Arsen.

Niri y Orión asistieron con la cabeza.

—Cuando estén en el agua piensen en el propósito que hoy empiezan, mediten si en verdad desean cumplir ese objetivo, porque si no tienen la suficiente convicción, el conformismo y el ocio los arrastrará como la corriente del río que intentará llevárselos. Piensen si van a actuar de acuerdo con sus ideales, y si es así, serán capaces de resistir cualquier embate de la vida. Muy bien, basta de palabras. ¡Al agua! —dijo Arsen.

—¿Desde cuándo Arsen se volvió filósofo? —dijo Orión sonriendo con nerviosismo.

—¡No lo sé! Nunca lo había oído en este plan —respondió Niri.

—Espero que esto sirva de algo, no quiero estar a un paso de la muerte por nada —acotó Orión.

Niri y Orión caminaron lentamente hacia el peligroso río. Primero metieron un pie para comprobar la temperatura del agua. El frío recorría el cuerpo de los muchachos a medida que se adentraban en el río. La corriente era fuerte, cuando el agua rebasó sus rodillas debían hacer malabares para mantener el equilibrio.

—¡Eso es! ¡Avancen hasta que el agua esté a la altura del pecho! —gritó Arsen.

—¿Qué? ¡Esto es una locura! No soportaremos la presión del agua —exclamó Orión.

—¿Por qué mejor no cortas la cuerda y te vas con la corriente? Tus quejas me están cansando, Orión. ¡Haz lo que te digo! —gritó Arsen.

Los alumnos avanzaron hasta donde el agua casi los tapaba; la corriente cada vez era más fuerte. Ellos trataban de mantener el equilibrio cuando sentían tirones de las cuerdas. Arsen miraba a sus alumnos, mientras luchaban con desesperación por mantenerse de pie.

—Es difícil, pero vale la pena —gritó Arsen.

—Esto se pone cada vez más duro, pero lo verdaderamente complicado será salir de este lugar —dijo Orión.

—No sé cuánto tiempo más resistiremos. Yo pensé que tendríamos un entrenamiento de combate o de resistencia, pero esto no me lo imaginaba —dijo Niri.

—Estamos entrenando nuestro equilibrio, supongo —acotó Orión.

—Eso debe ser —dijo Niri.

Luego de una hora en el río, Niri y Orión empezaron a debilitarse, estaban mareados y sus músculos muy tensos.

—La corriente es demasiado fuerte, si no paramos, pronto seremos dos cadáveres flotando en el agua —gritó Niri con el último aliento.

—¿Pensaron que habría momentos en los que no querrían rendirse? —gritó Arsen.

Niri y Orión estaban confundidos.

—¡Arsen!, ¿te has vuelto loco? —gritó Orión.

—Está bien... los dejaré salir, pero quiero que comprendan que todo lo que hacen ahora vale la pena —dijo Arsen.

—Sí, ya lo sabemos, no tienes que repetirlo —dijo Niri con desdén.

Niri y Orión salieron del río, visiblemente agotados y decepcionados por este primer entrenamiento. Ellos esperaban algo diferente. Además, las palabras de Arsen les causó mucha contrariedad.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó Niri.

—¿Mañana? —respondió Arsen irónicamente. El entrenamiento de hoy no ha concluido aún.

—¿Qué dices? —reaccionaron Niri y Orión.

—Así es. El entrenamiento nunca termina. Incluso cuando duerman estarán entrenando. Coman algo y recuperen sus energías para continuar —dijo Arsen enérgicamente.

Después de un par de horas, Niri, Arsen y Orión fueron a una planicie al filo de un acantilado. El viento soplaba fuertemente. Desde este lugar se podía observar una parte de la región Guala.

—Bien, muchachos. Ahora quiero que observen el lugar y que lo memoricen de tal forma que puedan reconocer cada detalle del terreno con los ojos cerrados —dijo Arsen.

—Eso está muy fácil. ¿Tú que piensas, Niri?, ¿cómo Arsen arriesgará nuestras vidas, ahora? —susurró Orión.

—No lo sé. Pero no creo que Arsen solo nos haga mirar el paisaje, estoy segura de que trama algo para este entrenamiento. Debemos estar atentos —respondió Niri.

Pasaron unos minutos, Niri y Orión miraban con atención todo lo que los rodeaba.

— Ahora les vendaré los ojos —dijo Arsen

—¿Qué? —respondieron Orión y Niri a la par.

—Veamos si son capaces de recordar los detalles del entorno —dijo Arsen.

—Eso no suena lógico —respondió Niri un tanto molesta.

—Sí, realmente no es lógico. ¿Por qué no le preguntas a Agatha cómo hizo para recordar los tallos de bambú que cortó antes de tu caída? —dijo Arsen con sarcasmo.

—De acuerdo, entiendo —dijo Niri con resignación.

—¡No quiero más excusas! Se vendarán los ojos, escucharán lo que la naturaleza les tiene que decir y caminarán por la planicie —dijo Arsen.

—¿Y si nos acercamos al acantilado?, ¿cómo sabremos si estamos en peligro de caer? —preguntó Niri.

—Por el sonido, Niri. Si el sonido del viento es muy fuerte estás muy cerca del precipicio —susurró Orión para que solo Niri le escuchara.

—Gracias —dijo Niri.

Orión y Niri se vendaron los ojos y comenzaron a caminar casi sin dirección.

—Esto no es lo que imaginé. No sé si resignarme o enfadarme —se repetía Niri.

—Lo admito, yo también me siento defraudado, pero sé de las habilidades de Arsen, y la monarca confía en su talento como entrenador —acotó Orión.

Arsen observaba a sus aprendices a lo lejos. Notaba, perfectamente, la falta de interés de estos, aun así, prevalecía su actitud segura y confiada. Él sabía lo que hacía.

Mientras Orión y Niri caminaban, sin sentido, por el pasto verde, Arsen se les acercó.

—Ahora que ya se han caminado en la oscuridad, quiero que combatan entre ustedes. El primero que haga caer a su oponente será el ganador —dijo Arsen.

—¿Qué?, ¿cómo se supone que atacaremos? —preguntó exaltada Niri.

—Tuvieron tiempo suficiente para examinar el terreno y reconocerlo con sus otros sentidos.

—¡Esto es imposible! —repuso Niri.

—Si piensas así, ¡así será! ¡Tienen que visualizar cómo ganar, incluso cuando sus ojos no puedan ver! —dijo Arsen.

Orión y Niri tomaron una posición defensiva. Ambos intentaban atacarse a ciegas. Ellos trataban de encontrar la ubicación por el crujido del pasto. Cuando sentían al otro cerca lanzaban un golpe de puño o pierna, según convenía. Había momentos en que estos golpes salían al aire y otros en los que acertaban, pero ninguno de los dos caía al suelo.

—¡Vamos! ¡Utilicen su cabeza! —gritó Arsen.

“Gana el primero que hace caer a su rival” —pensó Orión y, repentinamente, se arrodilló, puso su frente sobre el césped y con sus manos realizaba ruidos extraños.

Arsen miraba sorprendido. La postura de Orión le causaba curiosidad.

Niri caminaba lentamente; de pronto escuchó el extraño ruido que emitía Orión y se fue acercando poco a poco a él. En un momento desafortunado, Niri tropezó con el cuerpo de Orión y fue a dar en el piso. En ese momento Orión se quitó la venda y gritó de felicidad.

—¡Gané! ¡Te vencí, Niri! —gritó Orión.

—¡No me has vencido! —repuso Niri.

—Me temo que sí lo hizo. Las instrucciones fueron claras. El primero en hacer caer a su oponente será el ganador —acotó Arsen.

—¡Pero eso no fue un combate! —dijo Niri muy alterada.

—¿En qué te basas? —preguntó Arsen

—En que Orión no realizó ningún ataque —replicó Niri.

—Muchacha, estás confundida. El hecho de que Orión no te haya tumbado de un golpe no significa que haya desobedecido las órdenes. Deberías aceptar tus derrotas y aprender para la próxima —dijo Arsen muy molesto.

—No lo acepto —dijo Niri lanzando una mirada desafiante a Arsen.

—Aún tienes mucho que aprender, Niri. Y lo más importante... mejorar tu actitud. Parte natural de la vida es aprender a perder. Una vez que aceptes esa realidad podrás abrirte nuevas posibilidades de aprendizaje —recalcó Arsen.

—Si ya terminaste creo que es hora de regresar —dijo Niri.

Arsen, Niri y Orión tomaron sus cosas y emprendieron el viaje de regreso. Durante el trayecto, Niri no pronunció palabra. Una vez en la aldea, Niri se despidió abruptamente y se dirigió a su habitación.

Entrada la noche, Arsen fue a visitar a Niri para conversar sobre su comportamiento.

—Niri, debemos hablar —dijo Arsen mientras golpeaba la puerta de la habitación.

—¿Qué deseas? —preguntó Niri aún molesta.

—Quiero que hablemos sobre el entrenamiento de esta tarde —respondió Arsen.

—¿De qué quieres hablar? Quedó muy claro. Orión fue el ganador de un combate sin sentido —dijo Niri.

—¿Piensas que lo de hoy no tuvo ningún sentido? —preguntó Arsen.

—¡Así es! Primero nos haces sumergir en un río donde la corriente casi nos destroza el cuerpo, a pesar de que sabes bien que debo ser cuidadosa con mi tobillo; y, en segundo lugar, nos llevas para andar a ciegas y tener un combate sin ninguna utilidad, en el que declaras ganador a Orión solo porque es de Erba,.

—Niri, te estás enfocando erróneamente. El entrenamiento va más allá de la fortaleza física. Te estoy enseñando otras habilida-

des que todavía no las percibes, pero que son de utilidad en una batalla. Te estás dejando llevar por una actitud nada receptiva. Si no logras entender lo de hoy estás desperdiciando un gran entrenamiento —dijo Arsen.

—¡Arsen! Esto para mí no tiene sentido. ¿Cómo vas a lograr que gane el torneo? —preguntó Niri.

—Niri, yo no tengo responsabilidad sobre tu victoria. La que debe provocar que las cosas sucedan eres tú y debes entenderlo así. No lo postergues más. ¿Quieres que tu vida sea una gran aventura o una simple rutina? Empieza a tomar acciones, visualiza tus metas, reflexiona tus decisiones. ¿A dónde vas con tu vida? Hoy fallaste, aunque no quieras reconocerlo, pero eso no es lo fundamental... No importa cuántas veces falles, no importa que nadie crea en ti, si tú confías en ti, alcanzarás grandes metas —dijo Arsen.

—Arsen, entiendo lo que me dices, pero no es fácil. Yo debí ganar y perdí. Cometí un error, y eso me está llevando a una vida que no pedí y que no deseo. Tampoco quiero tu lástima —dijo Niri con un tono de frustración.

—Sí tengo lástima, pero de tu actitud, no de tus errores y derrotas. Todos hemos cometido errores en la vida, todos hemos hecho cosas que si pudiéramos retroceder el tiempo no las haríamos. Son tantas cosas que si pudiera hacerlas nuevamente, si hubiera sabido lo que ahora sé, las haría de manera diferente, pero ya no hay nada que hacer, lo hecho... hecho está. Muchos soldados solo se enfocan en los problemas y dejan que estos los controlen, entonces empiezan a creer que no tienen opciones ni salidas. No focalices tu energía en el pasado. ¿Qué importa la historia? Mañana te levantas y la escribes de nuevo. Siempre puedes mejorar, siempre puedes ir más lejos. Si sigues respirando debes esforzarte más, y eso te lo debes a ti —dijo Arsen muy energicamente.

Luego de estas palabras, Arsen se dispuso a salir de la habitación, pero Niri dijo tenuemente:

—Aún tengo miedo de perder.

—Está bien perder con tus oponentes, pero está prohibido perder con el miedo —dijo Arsen y salió de la habitación.

Niri no dijo más, pero el mensaje quedó grabado en su mente.

“No había visto de esta manera a Arsen. Todos dicen que él sabe lo que hace y hasta ahora lo creo. ¿Me estoy dejando llevar por mis emociones? Es cierto que fue difícil esa derrota, pero ahora tengo una nueva oportunidad, y es mi oportunidad, no la de Arsen, ni la de Orión, ¡es mía! Arsen es un buen soldado y, aunque no lo diga, quiere protegerme de mí misma. Él tiene esa confianza, sabe lo que sucederá, incluso cuando todo parece confuso. No sé qué es lo que siento. Creo que mi actitud lo está dañando todo. Arsen solo trata de ayudarme a ser una mejor atleta» —pensó Niri.

A la mañana siguiente, Niri fue la primera en estar lista para el entrenamiento. El siguiente en llegar fue Arsen y, por último, Orión.

—¿Están listos? —preguntó Arsen.

—¡Estamos listos! —dijeron Niri y Orión al unísono.

Capítulo 18

Instrucciones a futuro



Niri, Arsen y Orión llegaron a una localidad de osos pandas bebés que tenían apenas un par de meses de nacidos.

—¡Qué hermosos! —exclamó Niri.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Orión.

—Las madres de estos pequeños no están cerca, así que tienen poco tiempo.

—Tiempo... ¿para qué? —preguntó Niri.

—Para el entrenamiento —dijo Arsen mirando fijamente a Niri.

—De acuerdo —dijo Niri sin poner ninguna objeción.

La actitud de Niri era distinta. Esta vez estaba comprometida con el entrenamiento por más raro que pareciera.

—Estos animales son amistosos, ustedes los cargarán —dijo Arsen.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Orión.

—Hoy calcularé su fuerza física para escalar. Cargarán a los osos, escalarán la colina, treparán los árboles hacia los troncos de bambú y allá los alimentarán. Harán todo eso lo más pronto posible, ya que cuando las madres de los oseznos regresen no querrán encontrárselos.

—De acuerdo —repitió Niri dando un paso adelante con mucha confianza.

Orión hizo lo propio. Arsen notó el cambio de actitud en Niri.

—Muy bien. ¡Empiecen! —dijo Arsen.

Niri escogió un osezno y lo cargó. Ella miraba con ternura a la criatura. Orión, por su parte, tomó otro osezno y lo acomodó en su espalda. Estos pequeños osos, a pesar de ser tan pequeños, pesaban mucho.

Los muchachos cargaron a los osos alrededor de veinte minutos hasta la colina y de ahí se dirigieron al bosque de bambú. Conforme avanzaban, el cansancio y la dificultad de sostener el peso de los osos iban en aumento. Niri y Orión treparon por los troncos de los árboles. Estos ejercicios los dejaron muy agotados. Al final de la tarde regresaron a los pequeños osos a su guarida.

—Estos animales son muy dóciles —dijo Niri.

—No hay animales dóciles, solo obedecen a su naturaleza —acotó Arsen.

—Arsen, ¿cómo sabes todo esto? —preguntó Niri con admiración.

—Observo lo que sucede a mí alrededor y, sobre todo, aprendo de mis errores. —respondió Arsen.

—Me gustaría tener esos conocimientos —dijo Niri.

—Muchacha, tendrás tus propios conocimientos. Tal como los osos, tú tienes tu propia naturaleza —replicó Arsen.

Al día siguiente, Arsen llevó a sus alumnos al río Sabia, que cruzaba casi todas las regiones y desembocaba en el mar de Gunala. Ahí estaba colocada una viga redonda que, a manera de puente, atravesaba el río de orilla a orilla. En ese sector, el agua corría lentamente, por lo que no había problema si uno de ellos caía de la viga.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Orión.

—Hoy practicaremos algunas estrategias de combate —respondió Arsen.

—¿Pelearé de nuevo contra Niri? —dijo Orión.

—¡Eso no fue una pelea! —dijo Niri exaltándose.

—Tranquila. Solo fue un decir —dijo Orión sonriendo.

—Pues cuidado con lo que dices —acotó Niri.

—¡Basta! Pelearán contra mí. Lo harán por turnos. El primero en lanzarme de la viga al agua será el ganador —dijo Arsen.

—Seré el primero —dijo Orión.

—No, yo iré primero —dijo Niri.

—¡El primero será Orión por haber ganado la prueba anterior! —aclaró Arsen.

—¡Eso no fue justo! —dijo Niri enfadada.

—Bien, empezaré —dijo Orión tomando un largo bastón de madera.

Arsen hizo lo mismo y ambos caminaron hasta la mitad de la viga. Ahí, Arsen y Orión adoptaron posiciones de combate.

—¿Estas listo? —preguntó Arsen.

—¡Siempre lo estoy! —gritó Orión y se lanzó al ataque.

El combate había iniciado. Arsen estaba calmado y tenía movimientos controlados. Se agachaba o saltaba para esquivar las embestidas con total tranquilidad. Por su parte, Orión tenía un equilibrio perfecto. Embestía a gran velocidad, presumía de su agilidad sobre la viga dando giros acrobáticos.

—No deberías descuidar tu defensa —dijo Arsen.

—No lo hago —acotó Orión.

Arsen esperó la embestida de Orión, y en el momento en que este hizo uno de sus giros acrobáticos, Arsen golpeó la viga haciendo que vibrara, provocando que Orión perdiera el control y cayera estrepitosamente al agua.

—Perdiste —dijo Arsen.

—¡Eso no fue justo! —exclamó Orión.

—¡Ya sabes lo que se siente! ¡Es mi turno! —dijo Niri caminando hacia la viga.

Niri se veía confiada. Arsen la miraba sin sorprenderse.

—Esa es la actitud que debes mantener —dijo Arsen mirando fijamente a Niri.

—Digamos que tengo confianza —comentó Niri.

Comenzó el combate. La riña fue pareja, Niri atacaba y Arsen se defendía rápidamente. Niri hacía lo justo, estaba atenta en todo momento, pero Arsen no embestía, él esperaba para defenderse o simplemente esquivar los golpes.

—¿Por qué no atacas? —preguntó Niri.

—Ese no es el objetivo, ¿olvidas lo que dije al iniciar? —respondió Arsen.

—Dijiste que iba ser un combate —replicó Niri.

—Es cierto, pero mis instrucciones fueron claras. El primero en tumbarme al agua será el ganador —acotó Arsen.

—Pero si no atacas, ¿cómo piensas tumbarme al agua? —insistió Niri.

—Ese es mi problema, no el tuyo. Tú preocúpate por hacer tu parte —dijo Arsen

—De acuerdo, ¡te enviaré al agua! —dijo Niri.

Niri embistió con más fuerza y Arsen mostraba destreza y agilidad al esquivar con gran precisión cada uno de los golpes. Hubo un momento en que Arsen intentó desequilibrar a Niri golpeando la viga mientras ella hacía un giro acrobático, pero Niri se mantuvo de pie usando su bastón.

—Veo que tienes experiencia en este tipo de combate —dijo Arsen.

—Tú también. Veamos qué tan bueno eres en esto —dijo Niri sonriendo.

—Soy el mejor —dijo Arsen.

—Eso está por verse —replicó Niri.

Niri atacó a toda velocidad la pierna de Arsen, pero este la bloqueó fácilmente. Enseguida Niri atacó la cabeza de Arsen, pero este la esquivó a la misma velocidad que el golpe anterior;

en este movimiento dejó caer su cabeza hacia atrás y descuidó su defensa. Niri aprovechó el instante y con el extremo de su bastón golpeó con todas sus fuerzas el pecho de Arsen, mandándolo al agua.

—¡Gané! —gritó Niri.

Orión estaba sorprendido.

—De acuerdo, muchacha, tú ganas —dijo Arsen admirado por aquel ataque giratorio.

—No debiste subestimarme —dijo Niri.

—No lo hice. Ese movimiento fue perfecto... No lo esperaba. ¿En dónde aprendiste esa técnica? —preguntó Arsen.

—Llevo años practicando el combate sobre la viga; desde que era una niña, en mi poblado, Cajar, aprendí algunas técnicas —dijo Niri caminando hacia la orilla.

—¿Entrenaste con algún maestro? —preguntó Arsen mientras salía del agua.

—¿Maestro? ¡No! Yo practicaba con un muchacho de mi región, él era muy fuerte y perfeccioné esta técnica para derrotarlo —respondió Niri.

—Ese muchacho fue tu maestro, eso tiene sentido —dijo Arsen.

—Te equivocas. Dames no era mi maestro, tenemos casi la misma edad —replicó Niri.

—¿Dames? ¿Ese muchacho de Gunala también está preparándose para soldado? —dijo Arsen.

—No, aunque su sueño era convertirse en soldado, no pudo llegar a la región Norte porque no tenía los recursos, vivía con su

abuelo a las afueras del poblado; y aunque él es de Gunala, tiene la fuerza de un Hars, y su apariencia e inteligencia son similares a las de un Nevas —dijo Niri entusiasmada.

—Eso me parece interesante. Seguro fue él quien te enseñó a tener la percepción de un Nevas —dijo Arsen.

—Dames me enseñó muchas cosas. Es un Gunala, pero un tanto extraño. En su brazo derecho tiene tatuado el símbolo de la región Norte —dijo Niri.

—¿El símbolo de la región Norte? —preguntó Arsen muy intrigado.

—Sí, pero él no sabe nada sobre ese símbolo —respondió Niri.

—Entiendo. Niri, ¿tal vez este muchacho tenía algún pariente llamado JIN? —dijo Arsen.

—¡Sí!, ¿acaso lo conoces? Ese era el nombre de su abuelo —respondió Niri.

—Conocí a un antiguo soldado de Hars, no lo he visto en mucho tiempo. ¿En dónde se encuentra ubicado ese poblado? —dijo Arsen.

—Te sorprenderías, está muy al sur de la región Gunala —dijo Niri.

—Eso creí. Bueno terminemos el ejercicio de hoy, debo enviar un mensaje al rey Ercos.

Aquel día terminó con esa práctica. Arsen envió un pergamino al rey Ercos que no tuvo respuesta inmediata. A partir de ese día, los entrenamientos se volvieron más rigurosos. Niri y Orión obedecían al pie de la letra cada una de las indicaciones de Arsen. Por otro lado, Niri iba todas las semanas donde Thelma para

chequear el estado de su pierna y aprovechaba para observar a detalle aquel cartel del consultorio.

Los días fueron pasando y las cosas tomaban cierto rumbo. Niri cambió su mentalidad por completo. Desarrolló una gran admiración por Arsen y, a pesar de que el entrenamiento era un calvario, Niri aceptaba sin objeción. Con ella no había resignación, pues si aceptaba que había llegado a su límite significaba que lo tenía. Llegó a sentir que en cada sesión de entrenamiento sus músculos se destrozaban y tenía que reconstruirlos al día siguiente.

Orión también estaba entusiasmado y su motivación para entrenar era tener la oportunidad de participar por primera vez en los Duelos de las Regiones, esta emoción le brindaba las fuerzas para completar las diferentes sesiones.

Las enseñanzas de Arsen implicaban mensajes profundos. La admiración de Niri hacia su maestro fue madurando hasta que se convirtió en un amor platónico. Ella lo veía como algo imposible, no concebía que él pudiera fijarse en ella, a menos que ganara los Duelos de las Regiones.

El tiempo seguía su marcha, pasaron varios meses hasta que un día, mientras Arsen se encontraba descansando en su habitación luego de una sesión de entrenamiento, recibió un pergamino con el sello de la región Norte. Arsen se recostó en su litera y revisó con calma su correspondencia, el pergamino de su rey decía:

“Fraternidad de las regiones para la felicidad de los pueblos.

Noble y justo soldado Arsen:

Lamento responder tu pergamino después de tanto tiempo. Estoy contento por la información que me

enviaste acerca de la posibilidad de hallar al muchacho y a su abuelo, pero, por lo pronto, no tomaremos ninguna acción”.

Arsen se sorprendió y volvió a leer el pergamino pensando que había malinterpretado la información recibida, y continuó:

“No te desesperes, sé que esta orden tal vez no tenga sentido en este momento, pero quiero que sigas mis instrucciones a detalle para el futuro. Si bien, en el pasado, la prioridad era encontrar al hijo de Eileen y Rick, ahora tengo asuntos muy importantes que tratar con los monarcas sobre el manejo de los cetros de los elementos.

He pedido a todos mis soldados que se mantengan atentos en caso de requerir su ayuda; ellos están buscando a la gente de Hars para devolverles a su región.

Por el momento, la prioridad será reconstruir la región Hars, el nuevo monarca será presentado en la reunión de los Siete Tronos, después de los Duelos de las Regiones. Me estoy encargando personalmente de su preparación. Deseo que este nuevo monarca tenga una lealtad única hacia la región Norte, probaré su valor dándole la oportunidad de dirigir la reconstrucción de su nación. En este tiempo, Nan ha dominado a la perfección su elemento, por lo que también lo haré parte del equipo.

Este no es el momento de seguir la pista del muchacho y su abuelo, pero eso no significa que no lo haremos en el futuro. De hecho, tú lo harás cuando inicien los Duelos de las Regiones; cuando todos los monarcas estén en las celebraciones partirás hacia Cajar, tras la pista de JIN y su nieto. Acabo de aprobar una ley, todos los monarcas estuvieron de acuerdo, y se trata de poner

límites territoriales en las regiones, esta será la excusa perfecta para visitar aquel poblado.

Si las pistas son correctas y los encuentras, quiero que te deshagas del soldado JIN, ¡hazlo en presencia del muchacho!, y luego dejas ir al muchacho ¿Entiendes? Deshacerse del anciano es primordial para evitar revoluciones sin sentido.

Esta acción, quizás, tome por sorpresa a los monarcas, pero no violaremos ningún tratado, deberás hacerlo muy natural, dejarás que el muchacho huya y establecerás un puesto de vigilancia para evitar que el chico regrese.

Estas son mis órdenes. Por ahora, no tendremos mayor contacto. Luego de cumplir tu misión regresarás a la región Norte y hablaremos”.

Arsen quedó estupefacto al leer el pergamino del rey Ercos. Aquellas órdenes eran confusas, pero no le quedaba más que confiar en su rey y acatar sus órdenes. “¡Ercos sabe lo que hace!” se decía a sí mismo una y otra vez. Su lealtad hacia el monarca de la región Norte era total y estaba dispuesto a cumplir aquellos mandatos sin ninguna pregunta ni objeción.

Capítulo 19

Lista para ganar



Los entrenamientos siguieron con normalidad, los días se convirtieron en meses, y estos en años, hasta que llegó la hora de volver, y ello significaba confrontar los sueños rotos de Niri. En esta ocasión, a más del entrenamiento físico, su alma había sanado. Niri había aprendido a controlar sus emociones, a observar cada detalle a su alrededor para hallar la mejor de las soluciones, la Niri impaciente se había convertido en una mujer con más experiencia.

Orión, por su parte, había crecido no solo en estatura, sino también en sabiduría y en preparación física. Llegó a convertirse en un atleta perfecto, hábil, ágil, veloz, fuerte y con un enorme deseo de convertirse en un soldado.

Un día antes de partir, la monarca Egle llamó a Niri, Arsen y Orión, pues tenía preparado un banquete de despedida y algunas palabras de motivación. Los tres asistieron al palacio de Erba e ingresaron al gran salón; en una de las mesas estaba una corte de soldados de cobre de Erba acompañando a la monarca. En cuanto arribaron los atletas, la corte entonó un sonido muy irregular (parecía el estallido de un cristal contra el piso) utilizando unos triángulos de metal.

Arsen, Niri y Orión se sentaron junto a Egle. En la mesa del banquete había platonos con arroz, frutos secos, peces asados, miel y algunas hierbas como romero, trébol rojo, albahaca, entre otras. Los invitados dialogaban amablemente; de pronto, hubo un gran silencio y la reina Egle, una mujer de piel rojiza que llevaba un vestido celeste decorado con hojas secas y portaba su inseparable tiara de metal en forma de ramas serpenteantes dijo:

—Sean todos bienvenidos. En esta ocasión, mi corte de soldados y yo hemos organizado este banquete de despedida para nuestra visitante originaria de Gunala. Esperamos que su estadía en Erba haya sido de su agrado y le deseamos lo mejor en los próximos Duelos de las Regiones. A menos que se enfrente a algún atleta de Erba —dijo Egle en tono de broma.

Niri hizo un leve gesto de sonrisa.

—Siéntense y disfruten del banquete —dijo Egle.

—Alteza, tengo una pregunta. Usted habló de Niri, pero ¿qué sucede con Orión? El chico también requiere su apoyo y motivación —dijo Arsen.

—Orión no irá a los Duelos de las Regiones —respondió Egle. Orión, Arsen y Niri se sorprendieron.

—¿Qué? ¿Por qué? Todos estos años estuve preparándome para los Duelos —dijo Orión muy exaltado.

—Exacto, el muchacho está listo, tiene excelentes condiciones físicas y mentales, está preparado. Su Alteza, Orión tiene muchas posibilidades de ganar los Duelos de las Regiones, es un excelente atleta —dijo Arsen.

—¡Sí, lo sé! Justamente por eso lo necesito aquí. Tengo otros planes para Orión —dijo Egle.

—No entiendo. Usted fue quien ordenó a Arsen que lo entren. ¿Acaso todo fue en vano? —preguntó Niri poniéndose de pie.

—Yo tengo mis razones, muchacha; quizás ahora no tenga sentido, pero lo tendrá —dijo la monarca.

—¡No comprendo! Solo entiendo la frustración de Orión. Usted no sabe lo que se siente que los sueños se destrocen —dijo Niri exaltada.



—Es cierto. Este es mi sueño. ¡No puedes arrebatármelo! —acotó Orión.

—Su Alteza, no quisiera contrariarla, pero los muchachos tienen razón —intervino Arsen.

—Comprendo su decepción, pero Orión deberá aceptar que, a veces, las cosas no resultan como se las planifica y eso no significa que las metas se trunquen, sino que el destino tiene otros planes.

—¡Es no es justo! —gritó Niri.

Arsen sujetó a Niri y le tapó la boca para que no siguiera hablando.

—Lo aceptamos su Alteza —dijo Arsen.

—¡Todo fue en vano! ¡No podrás evitar que vaya! —gritó Orión con una mirada desafiante.

—Puedo evitar que compitas ¿Recuerdas que soy monarca? —dijo Egle muy tranquila.

—No es justo, ¡no lo acepto! —dijo Orión y salió a toda prisa del salón.

—¡Orión! —gritó Niri e intentó ir tras él pero Arsen la detuvo.

—Lo que usted ordene Su Majestad —dijo Arsen apaciguando la situación.

—Se le pasará, tengo planes mayores a los de un soldado.

—No tiene que darnos explicaciones, Su Majestad, acataremos su decisión —dijo Arsen.

Niri, muy enfadada, volvió a sentarse.

El resto del banquete transcurrió en silencio, solo Arsen y Egle intercambiaron palabras. Niri miraba con enojo a la reina y solo esperaba que esa reunión finalizara para ir en busca de su amigo.

Terminado el banquete, Niri corrió a la cabaña de Orión, pero no lo encontró. Gritó por todos los lugares sin hallarlo. Aquel día fue uno de los más frustrantes para Niri.

A la mañana siguiente, antes de partir, Niri y Arsen intentaron encontrar a Orión, pero el muchacho no apareció por ningún lado. Niri estaba muy triste, no quería marcharse sin despedirse de su amigo. El equipaje de Arsen y Niri estaba en la carroza y la hora de partir había llegado.

—Es hora de irnos, muchacha —dijo Arsen.

—Lo sé, pero no quiero irme sin ver a Orión. Él es muy importante para mí. Es mi mejor amigo —respondió Niri.

—No te preocupes, él es muy fuerte. Sabrá reponerse de esta situación —replicó Arsen.

—Egle no sabe nada, por su culpa Orión está perdido —dijo Niri muy molesta.

—Orión sabe cuidarse, estará bien, te lo aseguro. Creo que la reina tiene algo en mente —dijo Arsen.

—Espero que sea algo bueno porque Orión se lo merece. No me gusta la idea de irme sin despedirme, quizás no lo vuelva a ver —dijo Niri.

—O quizá sí... no podemos predecir el futuro. A lo mejor algún día tengas que batallar contra él y tu vida dependa de ello —dijo Arsen en tono burlón.

—No digas eso... yo le ganaría —respondió Niri a la broma de Arsen.

—Es hora de irnos —dijo Arsen.

Niri asintió con la cabeza e iniciaron el viaje de regreso.

Niri sentía mucho dolor por no despedirse de Orión, a pesar de ello estaba contenta con el viaje, había aprendido mucho, admiraba a Arsen. Su actitud hacia él había cambiado definitivamente. Aquella chica necia, a quien le costaba obedecer órdenes, se había convertido en una alumna fiel que aceptaba, humildemente, cada uno de los aprendizajes. Arsen había motivado el espíritu de Niri, haciéndola comprender que no importan las páginas del pasado, que siempre se podía volver a escribir. De esta forma, Niri dejó a un lado los fantasmas de la derrota e iba dispuesta a escribir una nueva historia.

Luego de algunos días de viaje llegaron a la región Norte, la publicidad de los Duelos de las Regiones abarrotaba las calles. Al llegar a la puerta principal del instituto, Arsen detuvo la carroza.

—Bien, muchacha, te he enseñado todo lo que he podido. De aquí en adelante, todo el trabajo lo harás tú sola —dijo Arsen.

—Gracias, Arsen. Sin ti, no sé qué hubiese sido de mí —dijo Niri muy emocionada.

—Por favor... ¡nada de sentimentalismos! Eres una gran atleta y hubiese sido un desperdicio que te pasaras la vida realizando otras tareas —dijo Arsen.

—Te lo agradezco de corazón, Arsen. Quedo en deuda contigo, haré lo que sea por devolverte el favor —dijo Niri.

—Espero que nunca suceda, pero si hay alguna batalla, te quiero de mi lado —dijo Arsen.

Estas palabras emocionaron a Niri. Arsen siempre era frío y objetivo, pero, sin duda, ahora había sacado su lado emocional.

—¡Gracias! Pondré todo mi esfuerzo y sé que esta vez lograré mi objetivo —dijo Niri abrazando a Arsen.

Arsen y Niri se congelaron en ese abrazo por unos instantes.

—¡Así será! Es una pena que no pueda ver tu participación en los Duelos —dijo Arsen.

—¿A qué te refieres? —preguntó Niri muy intrigada.

—Tengo que viajar a Hars. Los monarcas están en planes de regularizar las fronteras y el rey Ercos me encargó visitar esta región —respondió Arsen.

—¡No puede ser! ¿Y qué pasará con los Duelos? —preguntó Niri.

—Los Duelos seguirán su curso. Espero llegar para las finales, o mejor aún, volver y verte portando tu armadura dorada —respondió Arsen.

—Eso no es lo que quiero. Necesito que me acompañes en todo este trayecto —dijo Niri muy apenada.

—¡Vamos! Sé que lo harás bien. Además, órdenes son órdenes, tú lo sabes —dijo Arsen.

—Sí, lo sé. ¿Te volveré a ver? —preguntó Niri un tanto decepcionada.

—Eso es seguro. Estaré de vuelta lo más pronto posible —respondió Arsen.

—De acuerdo —dijo Niri y se despidió de Arsen.

Niri no pudo evitar que algunas lágrimas brotaran por sus ojos, al ver a Arsen alejarse en su carroza. Ella guardaba la esperanza de volverlo a ver y se propuso con todas sus fuerzas conseguir un buen resultado en los Duelos.

Niri ingresó al instituto y avanzó hacia una de las habitaciones para los atletas. Ahí pasó aquella noche. Al día siguiente se reunió con el resto de deportistas de Gunala y con la soldado Seti, su antigua entrenadora.

—Hola Seti —dijo Niri.

—¿Niri? ¡Niri! —replicó Seti asombrada.

Niri y Seti se abrazaron muy emocionadas.

—Estás muy diferente, te siento con una energía muy distinta a la que yo recordaba —dijo Seti.

—Sí, tuve que adaptarme y aprender nuevas técnicas en Erba —dijo Niri.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó Seti.

—¡Mucho mejor! En Erba tienen nuevos métodos de recuperación, pero aún debo tener cuidado —respondió Niri.

—Me parece justo, debes cuidarte. ¿Crees estar lista para los Duelos? —preguntó Seti.

—Es lo único que tengo en mente. Arsen me preparó en todos los ámbitos —dijo Niri muy segura.

—Ese era su deber. Espero que lo consigas, Niri. Es un gusto tenerte de vuelta —dijo Seti.

—Gracias —dijo Niri.

—Mañana empezarán las pruebas para elegir a los 64 soldados de cobre —comentó Seti.

—¡Estoy lista! —replicó Niri con mucha confianza y serenidad.

A la mañana siguiente, después del protocolo de inauguración del torneo, iniciaron las pruebas clasificatorias. Mientras estas se desarrollaban, Niri miró hacia el graderío de Erba con la ligera esperanza de ver a Arsen; sin embargo, un sentimiento de nerviosismo se apoderó de ella al ver a otra persona, esta tenía un singular corte de cabello, la parte derecha de su cabeza estaba rapada, dejando al descubierto un tatuaje de flores multicolores, se trataba de Agatha, la soldado que la derrotó, quien estaba junto a los atletas de Erba.

Muchas personas creían que la participación de Niri era inútil. No tenían fe en su recuperación; pero, para Niri, lo primordial era estar dentro del grupo de 64 soldados de cobre, y no daba importancia a lo que la gente pensara de ella.

Al terminar las pruebas de clasificación, Niri completó satisfactoriamente las pruebas de fuerza, equilibrio, destreza e inteligencia, obteniendo un promedio de 9.6/10, con lo que pasó a formar parte de los 64 soldados de cobre.

Luego de algunos días, estaban por dar inicio las eliminatorias para seleccionar a los soldados de plata. Seti estaba contenta por Niri y por sus demás atletas, ya que en esta ocasión consiguió un número más grande de soldados de cobre.

—Niri, ¿cómo te sientes? ¿Estás lista para el siguiente combate? —preguntó Seti.

—Estoy preparada —respondió Niri.

—Si sientes algún problema en el tobillo, no dudes en retirarte. Lo principal es tu salud, ¡recuérdalo! —dijo Seti.

—No habrá problema. Sé que no pasará nada malo —respondió Niri.

—De acuerdo, Niri, confío en ti. No me obligues a entrar y detener tu combate —replicó Seti.

—Eso no sucederá —aseguró Niri.

Los combates de muerte súbita generaron un poco de temor en los participantes por lo competitivo del evento; sin embargo, Niri pasó todas las pruebas sin problema. Su contrincante fue un atleta de la región Venatti que no pudo hacerle frente. Niri estaba muy concentrada, en cada participación se mostró muy tranquila y decidida a ganar.

—Niri, ¡lo has logrado! —gritó Seti emocionada.

—Todavía, no —dijo Niri.

—¡Has vuelto a una semifinal!, ¡estás nuevamente en la semifinal de los Duelos! —dijo Seti aún entusiasmada.

—Así es, pero aún no he ganado nada. Mi sueño no es llegar a la final, mi sueño es ¡ganarla! —dijo Niri.

—Te entiendo y te deseo lo mejor, pero todo triunfo debe honrarse —replicó Seti.

—Gracias, Seti, necesito tu apoyo. Ahora viene lo más complicado —dijo Niri.

—Tienes todo mi apoyo, Niri, pero quiero que entiendas que mi prioridad es velar por tu salud. También quería pedirte disculpas por no haber estado contigo en la etapa de tu recuperación —dijo Seti.

—No te preocupes, Seti, lo entiendo. No pensemos más en eso. ¡Vamos! Ganemos estos Duelos —dijo Niri.

—Ya te pareces a Arsen —acotó Seti bromeando.

—¿En serio? —dijo Niri emocionada.

—Sí, ya son dos pesados a los que tendré que soportar —dijo Seti riendo.

Niri ya había ganado su espacio dentro del grupo de 32 soldados de plata, y ahora estaba en los ojos de todos los atletas y del público. Algunas personas dudaban de sus capacidades debido a la fuerte lesión que sufrió en la final de los Duelos de hace cinco años que la privó de llegar a ser una soldado de oro. Pero, en esta ocasión, Niri brillaba como una de las mejores atletas del evento. Sus destacadas participaciones hacían que la mayoría de personas recobraran su fe en ella, incluso gente de otras regiones se sumaba para alentarla desde los graderíos.

El día del combate había llegado. Seti estaba en su camerino dando las últimas instrucciones a Niri. Mientras tanto, Niri se veía relajada. Esta competencia tendría lugar en el coliseo de la región Hars, y Niri se enfrentaría a Cinerea, una atleta de la región Norte.

Para este encuentro, la pista de combate estaría repleta de arena del desierto con algunas rocas alrededor, no habría lugares para escalar ni se podía usar objetos para obtener ventaja. Sería un combate cuerpo a cuerpo.

—Niri, tienes que vencer. Pon en marcha todo lo que has aprendido —dijo Seti.

—Así lo haré —dijo Niri.

Niri estaba visiblemente emocionada y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué sucede?, ¿estás lista? —preguntó Seti.

—Sí, lo estoy. Solo que nunca esperé volver a estas instancias. En el pasado tenía todo para ganar y perdí. Ahora no sé lo que va a pasar, todas las atletas tienen una gran preparación y debo vencerlas; sin embargo, no siento ninguna presión. ¿Crees que estoy mal? —preguntó Niri.

—Nada de eso, tú estás para cosas grandes. Es cierto que la Niri del pasado tenía todo para ganar, pero ahora tú sabes que perder es parte de la vida y tus pensamientos no están centrados en ganar sino en mostrar quién y cómo eres... y tú eres una campeona —sentenció Seti.

—Gracias, Seti. Estoy lista para el combate —finalizó Niri.

Capítulo 20

El nuevo récord



En uno de los palcos estaba el soldado Trick de Nevas, encargado de entrenar a los atletas de las regiones Nevas y Norte, junto con el soldado Bord de Nasmi, pequeño de estatura, espalda ancha y brazos muy fuertes, entrenador de esa región, y el rey Ercos. Ellos esperaban que diera inicio el combate. Ercos se veía preocupado.

—Su Alteza, he venido a su llamado. Dentro de poco peleará una de mis atletas —dijo Bord.

—Su Alteza, también estoy sorprendido por su llamado —intervino Trick.

Después de unos segundos de silencio y con la mirada fija en la pista del coliseo de Hars, Ercos dijo:

—Estos Duelos son muy importantes. Temo que los monarcas empiecen a desconfiar.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Trick.

—Me preocupa la reina Arian. Ella sabe de mi interés por los metales no conductores y su desconfianza le ha llevado a traer a una espía a estos Duelos.

—¡No lo sabía! La reina Arian me encomendó incluir a la atleta Hikari. No creo que se trate de una situación de desconfianza —dijo Trick conmocionado.

—¡Esa chica pertenece a los guardias de la monarquía! —dijo el rey.

—¿Eso es cierto? —preguntó Bord muy confundido.

—Tiene la técnica, no podemos negarlo —acotó Trick.

—Si ella gana se convertirá en un soldado de oro y estará al tanto de nuestros planes, lo cual puede ser perjudicial —acotó Ercos.

—Pero, señor, sus planes no tienen nada de malo. No veo el motivo para angustiarse —dijo Bord.

—¡Lo sé!, pero el hecho de que sea una guardiana de la monarquía podría entorpecer su lealtad hacia nuestra corona; además, todas mis acciones han sido expuestas en el concilio de los Siete Tronos. Lo que me hace pensar que esto es un acto de desconfianza. Ella teme por mis acciones, o simplemente quiere estar pendiente de nuestros avances, y eso no es permitido en ninguna región. Debemos estar alerta, el acto de sembrar desconfianza puede ir creciendo y poco a poco se va esparcir entre los demás monarcas y en los habitantes de las regiones.

—Su Alteza tiene razón. El hecho de que llegue una espía a nuestras filas es perjudicial. No podemos permitir que se nos vigile en cada una de nuestras acciones. Nosotros estamos para servir y proteger. Si dejamos que esto suceda se pensará que este tipo de acciones son normales. ¡No debemos permitir que Hikari siga compitiendo! —intervino Trick.

—¡De ninguna manera! —acotó Ercos.

Trick y Bord quedaron confundidos con las palabras de Ercos.

—Pero, Su Majestad, fue usted quien mencionó que este hecho era un agravio —dijo Bord.

—Lo sé, pero si descalificamos a Hikari desconfiarán aún más. La monarca tiene que saber que nuestra región sigue sus normas con total fidelidad, sin perjudicar, de ninguna manera, a las demás regiones —señaló Ercos.

—¿Usted cree que aún lo consideran culpable de lo sucedido en la región Hars? —preguntó Trick.

—Así lo creo; sin embargo, no me dejo llevar por los comentarios. Son mis acciones las que se deben juzgar. Todo lo que he hecho ha sido por el bienestar y seguridad de la región Norte —señaló Ercos.

—Si no vamos a descalificar a Hikari, ¿qué es lo que vamos hacer? —preguntó Bord.

—Dejaremos que Hikari compita. Así le haremos creer a Arian que no estamos al tanto de sus planes, pero les encargo a sus atletas la tarea de derrotar a Hikari. Hablen con sus deportistas en secreto, yo los recompensaré si logran esta tarea —dijo Ercos.

—Hikari se enfrentará a Leiza en el siguiente combate. Sé que ella la derrotará —dijo Bord.

—Y de no ser así, en el siguiente combate se enfrentará a Cinerea, pues con seguridad Cinerea le ganará a la atleta de Guna-la. Ese combate será sencillo —dijo Trick.

—Estas dos atletas son nuestra única esperanza. Si Leiza no le gana a Hikari, todo quedará en manos de Cinerea, a quien le tengo mucha confianza —intervino Ercos.

—Leiza será más que suficiente —acotó Bord.

—Espero que sí; por lo pronto, es vital que Cinerea gane el siguiente combate —dijo Ercos.

—Cinerea ganará. Después de su lesión, Niri, la atleta de Gunala, no volvió a ser la misma —aseguró Trick.

—Me gustaría saber quién fue la atleta de Gunala que Arsen tenía el encargo de entrenar —dijo Ercos.

—Justamente se trata de Niri —dijo Trick.

—No puedo creer que Arsen se haya arriesgado a entrenar a una inválida —dijo Bord soltando una carcajada.

—Tienen razón. Esta muchacha no tiene oportunidad —expresó Ercos.

Mientras tanto, en la arena del coliseo de Hars, el réferi llamaba a las atletas. La primera en salir fue Cinerea, quien se veía muy concentrada y tranquila. Muchas personas la apoyaban desde la tribuna. Ella levantó las manos saludando y haciendo gestos de victoria. Esta atleta era de contextura delgada y músculos bien definidos, tenía el cabello rubio y los ojos muy claros.

La siguiente en presentarse fue Niri. Salió con calma. Parte del público coreaba su nombre, pero ella estaba concentrada en la pelea. Tenía la mirada fija en su contrincante y en su mente visualizaba cómo derrotarla.

Niri observaba a Cinerea, quien no paraba de dar pequeños saltos de calentamiento. Las muchachas eligieron sus armas. Como era su costumbre, Niri eligió el yari. Cinerea escogió una espada larga y delgada.

El árbitro estaba a punto de indicar el inicio del combate. El público aplaudía a las competidoras. El tiempo se ralentizaba, mientras los presentes se impacientaban esperando la pelea.

El sonido de la campana y los gritos del público marcaron el inicio del combate. Cinerea se mostraba con mayor determinación para atacar. No esperó ni un segundo, en cuanto sonó la campana, de inmediato fue al ataque.

Niri estaba tranquila. Bajó sus brazos, vio que Cinerea se acercaba a velocidad, esperó pacientemente el ataque de su oponente y con una acción rápida lo bloqueó, para luego contraatacar con un fuerte golpetazo a la altura de la quijada, provocando que Cinerea cayera noqueada.

El público se quedó en silencio. Nadie daba fe a lo sucedido. Incluso Ercos, Trick y Bord quedaron admirados por lo que acababan de presenciar.

Después de unos segundos de silencio total en el coliseo, todos rompieron en gritos. Las personas en el palco de Gunala lloraban de emoción al ver a su atleta lograr aquella hazaña.

Niri había roto un récord. Por primera vez en la historia de los Duelos de las Regiones, un competidor había ganado en menos de un minuto.

Seti miraba con gran asombro, no daba crédito a lo que había visto.

Niri había memorizado los puntos del cuerpo que los sanadores usaban para dormir a sus pacientes. A ningún atleta se le había ocurrido usarlos en combate, pues era difícil calcular los puntos precisos. Niri se ganó el respeto de todos los competidores y soldados presentes.

El réferi señaló a Niri como ganadora. El público vivía una fiesta. Niri levantó su brazo para saludar a todas las personas y se dirigió hacia Seti.

—¡Niri! ¿Cómo lo hiciste? ¡Eso fue increíble! —gritó Seti abrazando a Niri llena de emoción.

—Solo vi la oportunidad y lo hice. No creí que funcionara —dijo Niri también emocionada.

—¡Pero funcionó! Ahora estás nuevamente en una final y de seguro la ganas —dijo Seti.

—No lo sé, pero daré todo de mí en ese momento —replicó Niri.

—Tu rival en la final saldrá del combate de mañana entre Hikari de Nevas y Leiza de Nasmi. Estoy segura de que ellas están aquí, vieron de lo que eres capaz y se cuidarán —dijo Seti sin dejar de abrazar a Niri.

—Mañana veremos qué tienen esas atletas —dijo Niri y su rostro se volvió un tanto triste.

—No te veo muy segura, ¿sucede algo? —preguntó Seti.

—No pasa nada, estoy muy contenta, me entristece que Arsen no haya visto el combate —respondió Niri.

—No te preocupes por eso, tu hazaña llegará a los oídos de todos —dijo Seti.

—¡Es verdad! Debo dejarme de sentimentalismos y pensar en la siguiente pelea, tendrán que noquearme porque no voy a rendirme —dijo Niri recuperando la seguridad.

—¡Así se habla, Niri! —finalizó Seti.

Mientras tanto en el palco de Ercos, los soldados y el rey aún no salían de su conmoción.

—¡No puede ser! Cinerea era una de mis mejores atletas —gritó Trick.

—Ya veo que no. Tu mejor atleta fue derrotada de un solo golpe y en menos de un minuto —dijo Bord riendo a carcajadas.

—¡Ese no fue un simple golpe! Esa chica le dio un golpe preciso a su contrincante para noquearla, no sé cómo lo hizo o donde lo aprendió. ¿Cuál es su nombre? —dijo Ercos muy molesto.

—Se llama Niri —contestó Trick.

—¿Niri? Nuestra esperanza es Leiza. Ella tendrá que ganarle a Hikari o todo se saldrá de las manos. De no ser así, espero que Niri tenga lo necesario para derrotar a una guardia de la monarquía de Nevas —dijo Ercos caminando muy preocupado por el palco.

—Será muy difícil. Niri tiene un tobillo roto, estoy seguro de que su victoria no fue más que un golpe de suerte —comentó Trick.

—No nos angustiemos antes de tiempo. Leiza se encargará de este trabajo y todos estaremos tranquilos —intervino Bord.

—Eso espero —dijo Ercos mirando hacia el escenario.

Niri se reunió con el resto de atletas de Gunala para festejar su triunfo. Todos empezaban a admirarla por sus proezas; sin embargo, Niri se mostraba humilde disfrutando de su triunfo.

A la mañana siguiente, todos fueron al coliseo del instituto de Gunala donde se enfrentarían Hikari y Leiza. Este combate era uno de los más esperados por los monarcas de la región Norte y

Nevas. Afuera del coliseo se realizaban apuestas y las hinchadas de las atletas se agrupaban para alentar.

Niri y Seti se instalaron en los graderíos del coliseo. Ercos ocupó uno de los palcos destinados a los monarcas.

Pasaron varios minutos hasta que el juez del encuentro llamó a las atletas. Este coliseo estaba compuesto por un lago atravesado por una viga redonda, un par de palmeras, algo de césped y mucha arena.

La primera en aparecer fue Leiza, la pequeña atleta de Nasmi. Ella saludaba mientras caminaba lentamente acompañada por el sonido de los aplausos, silbidos y cánticos de aliento por parte de la gente de esa región.

Luego apareció Hikari, quien se veía más relajada y no reaccionaba a los cánticos de su público. Se acercó e hizo una leve reverencia hacia el juez y hacia su contrincante. Ercos la miraba fijamente.

Leiza eligió como armas un hacha y un escudo, Hikari escogió el sable a dos manos. En cuanto el juez señaló el inicio del combate, las dos atletas se lanzaron al ataque.

Con su escudo, Leiza bloqueó un golpe directo del sable y contraatacó con su hacha intentando atinarle a una de las piernas de Hikari, quien con un giro acrobático logró librarse de esta arremetida.

El combate iniciaba con intensidad. Leiza y Hikari tenían una gran determinación. Cada vez que sus armas chocaban, el impacto dañaba la poca vegetación a su alrededor. Gracias a su pequeño tamaño, Leiza poseía una insólita destreza para esquivar los embates. Por su parte, Hikari tenía una agilidad única. Las dos atletas eran fuertes e impetuosas.

De repente, Leiza lanzó su hacha con gran potencia. Hikari esquivó el arma al mismo tiempo que Leiza se acercaba con rapidez para golpear a Hikari con su escudo.

Hikari cayó al piso, pero se levantó enseguida impulsándose con sus manos, acto seguido pateó el rostro de Leiza. Estos movimientos fueron tan veloces que el público casi no podía distinguirlos.

Hikari sangraba por uno de sus pómulos y Leiza por la nariz.

—Eres muy hábil —dijo Leiza.

—Lo sé —acotó Hikari.

Las competidoras no se quitaban la vista de encima esperando el próximo ataque. Hikari se veía relativamente tranquila, ella miraba todo a su alrededor y cuando no tenía el sable en la mano, este permanecía pegado a su espalda, pero jamás se alejaba de su arma. En cambio, Leiza mantenía su concentración en su rival, nada la distraía.

Hikari corrió hacia la viga que atravesaba el lago. Leiza tomó su hacha y la siguió. Hikari esperaba a su oponente manteniendo el equilibrio en la viga.

—¿Crees que soy idiota? Los Nasmi no somos buenos nadadores. ¡No caeré en tu juego! —gritó Leiza.

Leiza lanzó el hacha con todas sus fuerzas y destruyó la viga, obligando a Hikari a saltar. El arma de Leiza fue a dar al fondo del lago.

—Acabas de perder tu arma —dijo Hikari.

—Eso no importa —respondió Leiza.

—¿No importa? Importa... y mucho. El arma es una extensión del cuerpo —replicó Hikari.

—Te demostraré que puedo derrotarte sin armas —sentenció Leiza.

Ambas corrieron a encontrarse. Entonces, Leiza embistió a Hikari tumbándola al piso e intentó golpearla con sus puños. Hikari no hacía más que esquivar los golpes que llegaban hacia ella con gran fuerza.

Con un movimiento súbito y usando sus piernas, Hikari aplicó una llave al cuello de Leiza, quien se agitaba procurando deshacerse de tremenda presión ejercida por su oponente. Ahora Hikari tenía el control del combate, Leiza estaba inmovilizada.

Por todos los medios, Leiza procuró deshacerse de la presión en su garganta, pero Hikari no cedió y provocó que Leiza se rindiera. Luego de algunos segundos, el juez declaró la victoria de Hikari.

El público, consternado, veía el final de Leiza; en el palco, Erkos se sentía molesto y decepcionado.

Capítulo 21

Cuentas pendientes



El público aún aplaudía la participación de Hikari. Ercos había pasado de la frustración a la preocupación. El rey, desesperado, no paraba de dar vueltas por el palco.

“Si Hikari gana, se convertirá en una soldado de oro y dudo mucho que esa muchacha traicione a la monarca de Nevas... ¡No puedo dejar que gane!, pero no puedo hacer nada. Los monarcas y las personas de todas las regiones adoran estos estúpidos Duelos. Si Hikari llega a ser una soldado de oro me será complicado ocultarle información; de ser así, tal vez no llegue a conseguir los metales no conductores de la región Nevas. ¿Y si la envío a alguna misión sin sentido?, ¿o si la relego a misiones de un soldado de cobre? *¡No!, seguro sospechará. No me voy a desesperar, algo se me ocurrirá. Arian no me detendrá, obtendré esos metales así tenga que invadir Nevas*”.

El soldado Bord miró furioso cómo el réferi del encuentro señalaba a Hikari como ganadora. Mientras tanto, en el graderío de Gunala, Seti y Niri conversaban acerca de su próxima rival.

—¿Qué opinas de Hikari? —preguntó Seti.

—Tiene una buena técnica. Esa forma de pelear no la había visto nunca —respondió Niri.

—Tampoco es la forma de pelear de Trick. Eso lo debió aprender en otro lugar —dijo Seti.

—Hikari es una atleta completa. Tiene fuerza, flexibilidad, reflejos. Jamás suelta su arma y es muy inteligente —reflexionó Niri.

—¿A qué te refieres? —preguntó Seti.

—Ella sabía cómo derrotar a Leiza, a pesar de que el combate parecía parejo, Hikari supo tomar ventaja. La obligó a soltar el hacha y luego fue a su encuentro —argumentó Niri.

—¿Tú crees que Hikari sabía que Leiza actuaría de esa manera? —preguntó Seti.

—No estoy segura, pero los Nasmi son muy fuertes y demasiado impulsivos. Ellos reaccionan ante la mínima insinuación —respondió Niri.

—Eso es cierto, y Hikari sabía que para derrotar a Leiza era necesario obligarla a rendirse —replicó Seti.

—¡Eso lo hizo para humillarla! —dijo Niri.

—Pero, ¿qué dices! —insistió Seti.

—Hikari tenía el control. Con su agilidad y fuerza podía noquearla pero prefirió someterla —dijo Niri.

—Eso no justifica que quiera humillarla —dijo Seti.

—Yo creo que quiso mandarnos un mensaje —dijo Niri.

—Estas paranoica, Niri —repuso Seti.

—Creo que sí. No será fácil derrotarla —dijo Niri algo tensa.

—No digas eso... ni de broma —dijo Seti.

—No lo digo con pesimismo. Voy a dar mi mayor esfuerzo, aún tengo asuntos pendientes que debo resolver —señaló Niri.

—Confió en tu victoria, Niri —dijo Seti.

—Gracias, maestra —finalizó Niri.

Pasaron unos días y las finales se acercaban. Las contendoras se enfrentarían en el coliseo blanco de la región Norte. Para entonces ya había algunos ganadores de los Duelos. Tres de Nasmi y dos de Erba.

La pelea de Niri causaba gran expectativa en los habitantes de la región Gunala. Su campeona estaba de vuelta. Muchas personas de otras regiones apoyaban a Niri, unas por pena, otras por admiración y algunas, incluso, por inspiración, luego de conocer el fatal desenlace de Niri en los Duelos anteriores, donde se rompió un hueso, perdió la batalla final, y con ello se vieron truncados sus sueños de llegar a ser una soldado de oro.

Ahora Ercos no tenía más opción que poner todas sus esperanzas en Niri. Sus planes resultaban un misterio, y algunos monarcas dudaban de sus buenas intenciones. El que la reina Arian haya intentado poner una espía en sus filas lo frustraba y lo llenaba de paranoia. Actuaba con cautela aunque firme en sus decisiones.

En esos días, tal como lo había prometido, Arsen había vuelto de su misión en Gunala. Con el primero en reunirse fue con el monarca Ercos.

—Su Alteza, estoy de vuelta —dijo Arsen ingresando al castillo blanco de mármol donde Ercos aguardaba sentado en su trono.

—¿Qué noticias me tienes, Arsen? —preguntó Ercos visiblemente ansioso.

—Todo resultó ser cierto. JIN y el muchacho y estaban ocultos cerca del poblado de Cajar en Gunala —respondió Arsen.

—¿Qué sucedió? Cuéntamelo todo —dijo Ercos muy intrigado.

—Llegamos con el supuesto mensaje de marcar los límites territoriales de Gunala y Hars. Ahí encontré al chico cerca de uno de los puertos. Lo reconocí enseguida por el color de su piel —respondió Arsen.

—¿Traía el tatuaje puesto por Eileen? —preguntó Ercos.

—Así es, Alteza. Hice algo de tiempo hasta que llegara JIN. Provoqué al muchacho insinuándole que lo llevaría ante usted —dijo Arsen.

—¿No le hiciste daño? —dijo Ercos.

—No, nada de eso. Solamente lo acorralé hasta que apareció JIN con el cetro de fuego para rescatar al chico. Los dejé escapar y luego los seguí hasta una cabaña a las afueras de Cajar. Ahí me encargué del viejo e incité al muchacho a huir hacia el desierto —señaló Arsen.

—¿Te aseguraste que fuera por los oasis? —preguntó Ercos.

—Así es. El muchacho está rumbo de Nasmi —señaló Arsen.

—Me parece perfecto. El irá en busca de Hank o JoHan, para ello deberá cruzar Nasmi, y el único camino es la ruta de los acantilados —dijo Ercos.

—¿Está usted seguro? —preguntó Arsen muy confundido y admirado por la capacidad de deducción de Ercos.

—¡Completamente! —dijo el rey.

—Señor, ¿cuáles son sus planes con el muchacho? —preguntó Arsen muy intrigado.

—No tengo nada en contra de Dames, pero su familia y amigos siempre han sido un problema y una amenaza. Ya te encargaste de JIN, solamente queda Hank —dijo Ercos.

—¿Qué piensa hacer luego de esto? —insistió Arsen.

Ercos se acercó al soldado, le puso las manos en los hombros y le dijo:

—Arsen, tú y el resto del equipo han sido muy leales a mi reinado. Lo que se viene será muy grande, tal vez una guerra civil incontenible y debemos estar preparados. Darwin me encomendó el cuidado de la región Norte y las regiones que están a su alrededor, y debo cumplir.

—Pero, señor, no entiendo, ¿qué sucederá? —dijo Arsen muy conmovido con las palabras del rey Ercos.

—Pronto lo sabrás. Tenemos que esperar a ver qué giro toman las cosas. Un rey siempre debe buscar la paz, pero debe estar dispuesto a pelear por ella.

—De acuerdo, Su Majestad —dijo Arsen haciendo una reverencia y disponiéndose a salir.

Ercos lo interrumpió con una pregunta.

—Por cierto, ¿cuál es el nombre del atleta de Gunala que entrenaste? Hasta ahora todos los que competidores de esta región

han sido eliminados. Espero que te hayas tomado en serio el encargo. Si algo le pasara a Seti crearíamos una grieta en el grupo

—Sí, Su Alteza, lo entiendo. La atleta que entrené se llama Niri y es muy hábil. Tiene un nivel superior a la de un soldado normal —dijo Arsen.

—¿Y qué me dices de un guardia de la monarquía? —preguntó Ercos.

—No lo sé, señor. Jamás he visto combatir a un guardia de la monarquía —respondió Arsen.

—Pues, tu atleta la tiene difícil, se enfrentará a una espía de Arian y por la seguridad del equipo tu atleta está obligada a ganar —dijo Ercos con determinación.

—Niri logrará ser una de nosotros, pierda cuidado, Su Alteza —replicó Arsen.

—Confió en ti. Nunca me has fallado —dijo el rey.

—Así es, señor. No le fallaré —dijo Arsen repitiendo la reverencia.

Luego de esta conversación, Arsen salió del lugar.

Había llegado el día de la gran final de los Duelos de las Regiones. El coliseo blanco de la región Norte estaba a reventar. Los habitantes de Gunala y de Nevas vivían una fiesta en los graderíos. Pancartas, cánticos y silbidos inundaban el lugar. Los padres de Niri estaban entre el público, listos para apoyar a su hija.

Aquel día, Niri llegó al coliseo con tres horas de antelación. Estaba concentrada y un poco temerosa, pero, en esta ocasión, no trataba de ocultar sus sentimientos.

“Gane o pierda, esta será la última vez que participe en los Duelos. No sé qué pasará hoy. Tengo miedo, mucho miedo... Al

principio creí que Hikari me asustaba, pero en realidad a lo que le temo es a perder. Ese es mi más grande miedo. Siempre he dado lo mejor de mí, pero eso no me ha garantizado la victoria; de hecho, en muchas ocasiones he tenido que tragarme mi orgullo. De algo estoy segura... ¡No soy la misma de antes!, y en esta ocasión no me rendiré. No sé de lo que Hikari es capaz pero soy plenamente consciente de lo que yo puedo lograr”.

—Niri, ¿estás lista? —dijo Seti apenas entró al camerino.

—Lo estoy —respondió Niri.

—Siento que confías en ti misma, eso me gusta, pero de todas formas te pregunto nuevamente, ¿está todo en orden?

—Así es. Llegó la hora de poner a prueba mis capacidades y habilidades —respondió Niri.

—Recuerda... primero es tu salud. No te aflijas si en algún momento sientes que debes retirarte. No le debes nada a nadie, desde ya eres la mejor —dijo Seti.

—No te preocupes, Seti. Todo está bien. Solo te pido una cosa, déjame terminar la pelea. No intentes detenerla por nada del mundo —suplicó Niri.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Seti.

—Porque te angustia mi salud. Por favor, Seti, si las cosas no salen como esperamos, no intervengas. Quiero completar mi pelea cueste lo que cueste —replicó Niri.

—Está bien. Por cierto, no te he contado que Arsen está de vuelta y se ha ubicado en uno de los palcos —comentó Seti.

—¡Volvió! —dijo Niri con el corazón agitado—. ¿En dónde está?

—En el palco con los monarcas —respondió Seti.

—¿Crees que venga a verme? —dijo Niri.

—¡Obviamente!, Arsen vino a ver la pelea —respondió Seti.

—Me refiero a que si crees que venga al camerino —replicó Niri.

—No estoy segura. Pero no te preocupes, él estará pendiente de ti —dijo Seti.

—Es muy raro que no haya venido hasta ahora —insistió Niri.

—Olvídate de Arsen y concéntrate en la pelea —dijo Seti.

—Así lo haré —dijo Niri mientras se ponía la ropa para el combate.

Luego de tres horas, en el coliseo estaba todo dispuesto para la pelea. El público llenaba los graderíos. En los palcos estaban los monarcas Grisel de Gunala, Arian de Nevas y Ercos de la región Norte.

—Grisel, mucha suerte para la atleta de tu región. En Nevas conocemos de su perseverancia —dijo Arian.

—De igual manera, los mejores deseos para tu atleta —contestó Grisel a la cortesía de Arian—. Pero de verdad deseo que Niri le gane a Hikari.

Las monarcas intercambiaron risas.

Ercos contemplaba la pista donde se iba a realizar el combate, sin emitir ningún comentario.

La arena de este gran coliseo estaba compuesta por una plataforma redonda de madera, a diferencia de los campos de batalla

de los otros coliseos que tenían diversos elementos de la naturaleza. Esta arena era una de las más difíciles ya que no contaba con lugares del entorno para que las competidoras tomen un respiro; así, el combate entre Niri y Hikari sería continuo y solo se acabará cuando una de las dos caiga de la plataforma, sea noqueada o se rinda.

La hora del combate llegó. El público hizo sentir su emoción con aplausos y gritos en cuanto el réferi llamó a las atletas para que se instalen en la plataforma. La primera en salir, ante la ovación del público y los cánticos de apoyo, fue Hikari. Se acercó al réferi e hizo una leve reverencia. Pasados unos minutos, apareció Niri. El público de Gunala se entusiasmó por su presencia. En el palco, Grisel aplaudió con todas sus fuerzas. Niri caminaba con la mirada fija hacia Hikari mientras subía a la plataforma.

—De este combate saldrá la sexta soldado de oro. En esta arena las reglas son más sencillas. Perderá la pelea la atleta que se rinda, caiga inconsciente, sufra una lesión que le imposibilite continuar, o caiga fuera de la plataforma. Esta última regla es única en el coliseo de la región Norte ya que no existen entornos naturales que se puedan utilizar para sacar ventaja... ¿Está claro? —dijo el árbitro.

—Así es —respondió Niri.

—Comprendido —respondió Hikari.

—Muy bien. Ahora deberán elegir un arma —dijo el árbitro.

Niri y Hikari se acercaron a la mesa donde estaban las posibles armas.

—Quiero el sable a dos manos —dijo Hikari.

—Bien, ¿qué arma eliges tú? —preguntó el árbitro a Niri.

—Quiero el Yari —contestó Niri.

—Muy bien, vayan a la plataforma y esperen el sonido de inicio del combate.

Las competidoras caminaron hacia la plataforma con la mirada fija hacia el frente, iban muy concentradas en sus habilidades. En los palcos y graderíos se sentía mucha tensión e incertidumbre.

Niri y Hikari se ubicaron en el centro de la plataforma y aguardaron el sonido que daría inicio a su participación.

Los segundos pasaban y la tensión iba en aumento. El nerviosismo se apoderaba del palco. Ercos mordía su pulgar, Grisiel tenía las manos enlazadas. Arian permanecía con los brazos cruzados. Para la gente de los graderíos, los segundos parecían alargarse. Vic y Aida se encontraban muy ansiosos.

Arsen bajó del palco y se aproximó a Seti para ver la pelea más de cerca.

—¿Cómo se encuentra, Niri? —preguntó Arsen a Seti mirando fijamente hacia la plataforma.

—Está bien. Ella esperaba que te acercaras a saludarla —respondió Seti, igualmente sin quitar la vista de la plataforma.

—No quería que pierda la concentración. Este día es el más importante de su vida, y suceda lo que suceda nunca lo olvidará —dijo Arsen.

—Espero que esta vez la suerte le acompañe. Se ha esforzado mucho —replicó Seti.

—Ahora es diferente. Niri no peleará como una atleta sino como una soldado —sentenció Arsen.

El entrenador de Niri no había terminado su frase, cuando se escuchó un sonido tan fuerte que inundó el coliseo, era la señal del inicio del combate. Los gritos y aplausos del público se hicieron presentes.

Niri y Hikari adoptaron la posición de defensa. Las dos se miraron fijamente guardando cierta distancia una de la otra.

Capítulo 22

La pelea de oro



Las contendoras daban pasos lentos manteniendo la guardia. Transcurrieron poco segundos y, con su pierna, Hikari lanzó el primer golpe, pero este fue bloqueado rápidamente por Niri. Las muchachas daban pequeños pasos en círculo y lanzaban golpes leves que eran fácilmente repelidos. El público gritaba y apoyaba desde las tribunas del gran coliseo.

Hikari mostraba gran habilidad para manipular la espada a gran velocidad. Niri, ella no quitaba la vista de su contrincante, la estudiaba segundo a segundo.

Hikari se lanzó nuevamente al ataque, esta vez con su sable. Niri bloqueó esta embestida con el filo metálico de su yari y realizó un giro acrobático para volver a poner distancia con su contendora.

Niri había notado que Hikari siempre usaba las dos manos para sujetar su arma, así que decidió atacarla con su yari para obligar a Hikari a defenderse con el sable; la estrategia funcionó a la perfección, pues justo en el momento del cruce de armas, Niri alcanzó a golpear con su puño el rostro de Hikari.

El público de Gunala gritó de alegría. Arsen, Seti, Ercos y Grisel también se emocionaron.

Después de recibir el golpe, Hikari se alejó a un extremo. Empezaba a darse cuenta de lo que Niri era capaz, así que se planteó no darle oportunidad para que la noquera.

Niri miraba fríamente a Hikari, estaba completamente concentrada, los gritos desaforados del público no lograban distraerla. Tampoco le atemorizaba la idea de que esta sería su última oportunidad para cumplir su sueño. Ella solo pensaba en atacar y no rendirse. Estaba enfocada en golpear, defenderse y devolver los golpes.

Hikari se acercó con mayor cautela esta vez y atacó a Niri con su sable, obligándola a defenderse rápidamente para evitar ser cortada.

La pelea se fue intensificando y, de repente, Hikari lanzó un fuerte golpe con su puño a Niri, esta esquivó devolviendo el ataque con una patada aérea que hizo que su contrincante cayera estrepitosamente.

Hikari se recuperó enseguida y empezó a lanzar ataques desesperados con sus puños y patadas de artes marciales, mientras solo Niri trataba de bloquear y contragolpear. Las dos muchachas atacaban y se defendían a una velocidad impresionante, parecía que ejecutaban una danza entre la precisión de las patadas y sus respectivos bloqueos.

Hikari y Niri eran muy veloces y poseían una agilidad, fuerza y destreza únicas. El nivel y habilidades de estas atletas eran más altos que los de cualquier soldado común, e incluso que los de algunos soldados de oro.

—¡Es increíble! Las capacidades de las dos son únicas y pueden enfrentarse a quien sea —dijo Arian en el palco.

—Es que son muy jóvenes y tienen mucha motivación, a diferencia de los soldados que llevan años en su puesto — comentó Grisel.

—No es solo eso. Al parecer, estas dos muchachas fueron entrenadas a profundidad —dijo Arian.

—Las dos muchachas tienen ambición y eso las motiva —intervino Ercos dirigiéndose a Arian.

—Espero que no solo sea la ambición lo que las motive —dijo Arian.

—Las dos llevan el peso de la esperanza de sus regiones —acotó Grisel.

Mientras tanto, el tiempo pasaba y entre el público había un silencio total. Todos miraban entusiasmados la intensa batalla de Hikari y Niri.

Hikari conocía técnicas de artes marciales muy variadas, en cuanto caía reaccionaba instantáneamente; por su parte, Niri resistía y aguantaba los golpes sin quebrantar su espíritu de lucha. Su determinación era única. Los golpes que recibía no le hacían perder su concentración, sabía perfectamente cómo defenderse.

—Niri está muy atenta —comentó Seti en el graderío cerca de la arena de combate.

—Ella sabe lo que hace y lo está haciendo muy bien. Esta pelea está durando más de lo que debería. Si hubiese sido de otra manera este combate ya hubiera finalizado —acotó Arsen.

—¿A qué te refieres? —preguntó Seti muy intrigada.

—Es cierto lo que dijo el rey Ercos. Hikari podría ser una guardiana de la monarquía —respondió Arsen.

—¡No puede ser! Entonces, Niri está en peligro. ¡Debemos detener este combate! —gritó Seti.

—¡Tranquilízate! Niri ha sobrepasado el nivel de un soldado de oro. Solo que ella aún no lo sabe. En su mente está la idea de que se enfrenta a otra atleta —dijo Arsen.

—Es mejor que ella no sepa nada —replicó Seti.

—Estoy de acuerdo. Por su bien... que no lo sepa —dijo Arsen.

Los minutos pasaban y ninguna de las contendoras mostraba indicios de querer rendirse; a pesar del cansancio no se quebraban.

De pronto, Niri hizo un movimiento sorpresivo y con su pierna golpeó fuertemente la espalda de Hikari; esta reaccionó de inmediato y en el contragolpe desarmó a Niri.

—¡Estás acabada! —gritó Hikari.

—¿Estás segura? —preguntó Niri señalándole afuera de la plataforma.

Con su patada, Niri había enviado fuera de la plataforma el sable de Hikari con todo y su estuche.

—Me sorprendiste, eres muy buena —dijo Hikari.

—Gracias —respondió Niri burlonamente.

—Esta pelea durará más de lo que tenías planeado, ¿te parece si hacemos una tregua para descansar? —propuso Hikari.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¡Esta es una final!, ¡debemos seguir combatiendo! —respondió Niri.

—Tranquilízate, solo propongo que descansemos unos minutos y continuemos con el combate —insistió Hikari.

Seti hizo una señal a Niri para que acepte la tregua del tiempo.

—De acuerdo, pero si intentas algo seguiré con la pelea y no me importará que estés cansada —dijo Niri.

—Tú también lo estás, esto nos favorecerá a las dos y el público tendrá su espectáculo —dijo Hikari, y se fue a una de lado de la tarima.

Niri hizo lo mismo, pero sin despegar la vista de su oponente.

—Esto es ridículo —dijo Niri a Seti y a Arsen cuando se acercaron a la tarima de combate.

—No te preocupes, esto te conviene para que pienses en alguna estrategia —dijo Arsen.

—¡Llegaste! ¿Por qué no viniste a visitarme? —reclamó Niri.

—No es momento para explicaciones, Niri, no debes perder la concentración —intervino Seti.

—No la voy a perder, Hikari es una atleta extremadamente buena, no creí que fuera tan complicado. Ella tiene movimientos que jamás había visto. Si me descuido podría noquearme.

—¡Así es! Qué bueno que lo sepas —acotó Arsen.

En el otro lado de la plataforma Trick se había acercado a Hikari.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Trick.

—Estoy bien —respondió Hikari, sentándose sobre el piso de la plataforma.

—¿Crees que puedes derrotarla? —insistió Trick.

—No estoy segura. Ella es diferente, si hubiese sido otro atleta ya lo hubiese derrotado, pero ella no se doblega. Es como si hubiera apagado sus emociones —respondió Hikari mientras se limpiaba las heridas que hasta el momento le había dejado la pelea con Niri.

—Hikari... los movimientos que has mostrado en este combate no son de soldados de las regiones. Esas técnicas no te las enseñé yo, ¿acaso eres una guardiana de la monarquía? —preguntó Trick sin titubear.

—Tienes razón, Trick. Fui entrenada desde niña para servir a la monarquía, pero mi vocación es servir a un pueblo. Le supliqué a Arian que me liberara de esa responsabilidad —respondió Hikari.

—¿Cómo fue posible que Arian te lo haya permitido? Es sabido que si un guardia de la monarquía abandona su puesto es castigado con la muerte —dijo Trick.

—La monarca no me liberó. Ella me condicionó —dijo Hikari con un tono molesto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trick intrigado.

—Ella ofreció liberarme si ganaba el título de soldado de oro, de no ser así... —dijo Hikari evidentemente preocupada.

—Entiendo —replicó Trick.

El público esperaba ansioso la reanudación de la pelea. Tras varios minutos de descanso las contendoras regresaron al centro de la plataforma.

—¿Estás lista? —preguntó Niri.

—Lo estoy —contestó Hikari.

—¡No habrá más descanso! Pelearemos hasta el final —sentenció Niri.

—De acuerdo. Así será —dijo Hikari.

Niri y Hikari se miraban con mucha intensidad. En esta ocasión, Niri comenzó el ataque con un golpe de su puño en el rostro de Hikari, el mismo que fue devuelto con otro puño en la quijada. Ambas reaccionaron y comenzaron un ataque y bloqueo intenso de golpes de puños y patadas de artes marciales.

El espíritu de la pelea provocaba que las dos se golpearan sin cuidar su defensa. El combate parecía una especie de pelea callejera en la que las competidoras, únicamente, se dedicaban a lanzar puños y patadas sin mucha técnica.

El tiempo transcurría y el cansancio se iba apoderando de las atletas, pero ninguna daba su brazo a torcer.

—Pero... ¿qué les sucede? Hikari y Niri se están dejando llevar por sus emociones. ¿No se dan cuenta de que ese no es el comportamiento de un soldado? —gritó Arsen.

—¡Lo están haciendo personal! —acotó Seti.

—Sí, puedo verlo —dijo Arsen.

Niri y Hikari querían probar no solo que eran las mejores, sino quién era capaz de resistir los embates más fuertes. En este estilo de combate, Hikari le sacaba ventaja a Niri. Aunque Hikari recibía mucho castigo, esta se encargaba de enviar varias veces al piso a Niri. El público aplaudía eufórico cada vez que Niri se caía y volvía a levantarse, los fuertes golpes que recibía ya habrían noqueado a una persona normal, pero la determinación de

Niri era inimaginable, ella estaba ahí para dar lo mejor de sí. Su cuerpo le rogaba que parase; sin embargo, su espíritu le exigía continuar. Esta Niri era muy diferente a la de hace cinco años, aquella joven tímida no se comparaba con esta nueva Niri dispuesta a todo.

El combate continuaba alargándose sin que hubiera una ganadora y ninguna daba tregua ni intentaba rendirse. El cansancio era extremo para Hikari y Niri, las dos se veían igualmente agitadas, llenas de sudor y sangre por los golpes recibidos.

—¿Estás de acuerdo en tomar otro descanso? —sugirió Niri.

—Está bien. Pero, que quede claro que en esta ocasión has sido tú quien lo ha propuesto —dijo Hikari.

—Así es —replicó Niri.

Niri y Hikari se dirigieron a los extremos de la tarima.

—¡Niri!, ¿qué rayos haces? Si continúas así, perderás —gritó Arsen.

—¡Sé lo que hago! Hikari intenta humillarme al proponer este estilo de pelea y no se lo voy a permitir —contestó Niri.

—¡Pero te estás dejando llevar! ¿Qué es lo que te enseñé? Te advertí sobre no ser emocional en una pelea, solo hay que visualizar como ganar y ¡hacerlo! ¿No recuerdas lo que pasó con Agatha? Te dejaste llevar y caíste en su juego. Entiéndelo —dijo Arsen.

—Tienes razón. Vine a ganar y no lo estoy haciendo. Debo ganar. ¡Debo ser una soldado de oro! —dijo Niri muy exaltada.

—¡Exacto! Ahora no gastes tu energía y derrótala de una vez —dijo Arsen.

—Así lo haré —finalizó Niri.

En el otro extremo Hikari y Trick dialogaban.

—¿Por qué estás provocando a Niri? —preguntó Trick.

—Ella tiene una gran resistencia, la única forma de vencerla es agotarla. Creí poder derrotarla si peleaba cuerpo a cuerpo debilitándola físicamente —respondió Hikari.

—Es un buen plan, pero no te olvides que Niri fue entrenada por Arsen y dudo mucho que tenga alguna parte de su cuerpo débil.

—¿Alguna parte de su cuerpo? —dijo Hikari sonriendo nerviosamente. ¡Su tobillo! ¿Te olvidas de la lesión de su tobillo? Me da mucha lástima pero no tengo otra alternativa...

—¿Qué harás Hikari? —dijo Trick muy preocupado.

—¡Ya lo verás! —respondió Hikari.

Las muchachas volvieron al centro de la plataforma. En esta ocasión fue Hikari quien preguntó:

—¿Estás lista?

—Lo estoy —respondió Niri.

—Este será el combate definitivo —aseguró Hikari.

—¡Lo sé! —dijo Niri.

Las contendoras adoptaron una postura defensiva. Hikari sabía que Niri poseía un espíritu de acero y que la única forma de vencerla sería atacando su tobillo lastimado.

En cuanto se reinició el combate, Hikari se lanzó con toda su fuerza hacia la pierna de Niri, quien intentaba, a toda costa,

defenderse de los ataques de su hábil contrincante; sin embargo, Hikari logró aplicarle una llave de presión y Niri, sin poder liberar su pierna de este castigo, gritaba de dolor.

—¡Demonios!, ¿qué le sucede a esa chica? —gritó Arsen disgustado.

Todo indicaba que Hikari estaba a punto de ganar. Arsen corrió cerca de la plataforma.

—¡Niri! ¿Qué pasa? Esa no es la atleta que entrené, yo no entreno cobardes. ¡Busca cómo liberarte y gana!

La angustia empezó a apoderarse de la mente de Niri y como en un grito silencioso pensó para sí:

“Me lo merezco, otra vez me dejé llevar por mis emociones. Ahora tendré que pagar las consecuencias. ¡Esto tiene que acabarse ya! No quiero perder mi pierna. ¡Debo rendirme ahora! Este dolor es insoportable. No puedo hacer nada más. ¡Debo liberarme!

En los palcos, el público miraba aterrorizado el posible desenlace.

De repente, Niri empezó a rasgar la ropa y las protecciones de su pierna. Hikari se aturdió por unos segundos y Niri aprovechó para liberarse. Todos los simpatizantes de Niri respiraron aliviados.

—¡Niri... no más descuidos! —gritó Arsen.

El combate se reanudó con una Niri debilitada que ahora solo pensaba en cuidar su tobillo. Hikari lanzaba golpes sin remordimiento. Por su parte, Niri bloqueaba y esquivaba los ataques que podía.

“¡No puedo perder!” —pensó Niri y se lanzó al ataque.

Sin embargo, nuevamente una patada de Hikari la lanzó al piso. Arsen estaba completamente desesperado.

—¡Niri... escúchame! ¡No busques ganar! —dijo Arsen mirando a Niri.

—¿Qué dices?! —preguntó Niri desconcertada.

—Escucha, haz lo tuyo. Yo sé que puedes ganar pero no quiero que ganes. Quiero que pienses y saques tus habilidades de a poco —dijo Arsen.

—¡No te entiendo! ¡No digas tonterías! ¡Debo ganar! —insistió Niri.

—Cuando el arquero dispara sin esperar nada a cambio muestra toda su habilidad. Cuando el arquero dispara para conseguir un premio metálico se pone nervioso. Cuando el arquero dispara para conseguir un premio de oro se queda ciego... ¡No busques el oro! —dijo Arsen.

Niri meditó rápidamente las palabras de Arsen, mientras esperaba el próximo ataque de Hikari.

“Entiendo, entiendo. Estoy desesperándome por ganar y Arsen quiere que me concentre en mis técnicas. Eso estaba haciendo hasta que le seguí el juego a Hikari. Ella quiere ganarme y conoce mi punto débil. Arsen habló de convertir las debilidades en fortalezas... ¿Qué puedo hacer?, ¿qué es lo que aprendí en Erba?”.

En los entrenamientos, algo que había marcado la forma de pensar de Niri, y era el de convertir sus debilidades en fortalezas. En esa situación, ella pensaba cómo sacar ventaja ahora que su contrincante conocía su debilidad.

Hikari y Niri se atacaron simultáneamente. Niri, debilitada, se defendía sin lograr mucha ventaja, simplemente resistía los golpes, su defensa no era suficiente y estaba recibiendo mucho castigo.

Niri caía, pero se levantaba de inmediato. Su determinación y su esfuerzo para continuar, a pesar de que era evidente que casi no le quedaban fuerzas, hizo que se ganara el aplauso del público.

—Creo que este es el final para Niri —comentó Seti.

—Eso me temo. Aunque todavía tengo una esperanza, esta muchacha siempre me ha sorprendido —replicó Arsen.

Hikari buscaba, por todos los medios, alcanzar la pierna de Niri, y esta, en su afán de protegerse, no podía atacar. Cuando su concentración estaba al máximo nivel, se le ocurrió algo...

“Hikari es muy hábil y ya sabe cómo derrotarme, pero yo quiero ganar y ya sé cómo hacerlo. ¡Voy a ganar!”.

Niri limpió el sudor de su frente, miró hacia donde estaba Arsen y le hizo una señal de triunfo, como si supiera que estaba a punto de ganar.

—¿Qué va hacer esta muchacha demente? —gritó Seti.

Niri corrió hacia Hikari y le lanzó una suave patada con su pierna frágil, la que tanto había cuidado de que Hikari no atacara. Hikari aprovechó el momento y sujetó fuertemente la pierna de Niri para aplicarle una nueva llave que, quizás, le daría la victoria. Niri haló su pierna acercándose a Hikari.

—¡No te saldrás de esta! —gritó Hikari.

Arsen, Seti y todos los simpatizantes de Niri estaban desconcertados con una pelea llena de emociones que estaba a punto de llegar a su fin.

Niri y Hikari estaban muy cerca. Hikari levantó su brazo para lanzar el golpe que destrozaría la pierna de Niri, pero en ese instante descuidó su defensa y Niri la atacó justo en el cuello, en el punto preciso que usaban los sanadores para dormir a sus pacientes. Niri la noqueó con ese golpe e hizo que Hikari perdiera la conciencia y el combate.

Hikari cayó estrepitosamente sobre la plataforma ante el asombro de todos los presentes. Hubo unos segundos de silencio antes de que el público rompiera en gritos, silbidos y demostraciones de júbilo y alegría.

Capítulo 23

La promesa



Niri convirtió su debilidad en una fortaleza, gracias a ello, su sueño de ganar la final de los Duelos de las Regiones y convertirse en una soldado de oro se había hecho realidad. Ella aún no reaccionaba ante lo que acababa de suceder; por varios minutos permaneció recostada sobre la plataforma satisfecha de lo que había logrado. El juez del encuentro constató el estado de Hikari e inmediatamente nombró a Niri como la vencedora. Los pensamientos de Niri la regresaban a la realidad. Lágrimas de felicidad se escurrían por sus mejillas.

“¿Gané? ¿Es cierto lo que está pasando? ¡Sí... lo logré! Después de tanto esfuerzo, al fin mi sueño se ha cumplido. Soy inmensamente feliz”.

—¡Niri! ¡Eres una soldado de oro! —gritó Seti muy eufórica mientras corría a felicitar a Niri.

—¡Lo soy! ¡Lo logré, Seti! —dijo Niri.

Seti y Niri se fundieron en un abrazo por varios segundos, luego se alejaron de la plataforma para dar paso a los sanadores que llegaron a atender a Hikari, pues permanecía inconsciente.

Niri cojeaba, los golpes en su pierna le habían dejado muy adolorida. Seti le ayudaba a avanzar prestándole su brazo para que Niri se apoye. Juntas se dirigieron a los camerinos y ahí se encontraron con Arsen, cruzado de brazos, muy complacido con el resultado.

—Tú también necesitas asistencia de los sanadores —dijo Arsen seriamente.

—¿No piensas felicitarme? —dijo Niri mirando fijamente a Arsen.

—¿Por qué he de felicitarte? Simplemente hiciste tu trabajo —dijo Arsen.

—Pero, ¡qué arrogante eres!—intervino Seti—. Si hace unos instantes estabas que te comías las uñas.

—De todas formas yo quiero darte las gracias. Gracias por haber creído en mí y, sobre todo, por devolverle el sentido a mi vida —acotó Niri.

Niri estaba en paz, se había quitado un gran peso de encima.

—No tienes que agradecerme, muchacha; al igual que tú, yo solo hice mi trabajo —insistió Arsen.

—¡Otra vez con esa arrogancia! Niri está expresando sus sentimientos, ¿no puedes ser un poco considerado? —reclamó Seti.

—No te enojés Seti, Arsen es así y sé que en el fondo está contento —intervino Niri.

—Así es. Estoy contento de que no te hayas lastimado, y feliz de que hayas logrado cumplir tu sueño. Me sentiré muy honrado de tenerte como compañera en las filas de los soldados de oro —dijo Arsen.

—Gracias, Arsen. Es todo lo que esperaba escuchar. Espero algún día devolverte todo lo que has hecho por mí —dijo Niri y abrazó a Arsen.

Seti y Niri se despidieron de Arsen y se dirigieron al camerino para esperar a los sanadores.

En los graderíos, el público vivía una fiesta. Se abrazaban unos a otros, había cánticos, bailes, silbidos. La de Niri era una hazaña digna de celebración.

En el palco de los monarcas, Grisel gritaba de emoción, las lágrimas le brotaban sin que pudiera detenerlas. Ercos dibujó una leve sonrisa en su rostro y se cruzó de brazos en un claro gesto de satisfacción. En tanto que la monarca Arian se había quedado perpleja con el resultado.

—Si no lo hubiese visto no lo creería —dijo Arian.

—Este es un gran acontecimiento para mi región —dijo Grisel emocionada.

—Grisel, te felicito por esta victoria —dijo Arian.

—Yo también estoy sorprendido y comparto tu felicidad. Niri es única y será un honor tenerla entre los soldados de oro. Ella tiene una capacidad y resistencia inigualables, pero la cualidad que más destaque es su inteligencia para controlar el combate, sobre todo en el último golpe —intervino Ercos.

—Tienes razón, pero mucho le debemos al soldado Arsen, que se encargó de la preparación de Niri cuando estaba despedazada emocionalmente —dijo Grisel.

—Mi interés fue que el torneo sea más parejo con atletas de alto nivel. Le comento que no sabía quién fue el atleta escogido por Arsen hasta hace poco —dijo Ercos.

—Una gran final, sin duda. Ahora debo retirarme. Nos veremos el día de la premiación donde tendrá lugar el Concilio de los Siete Tronos —dijo Arian.

—De acuerdo —dijo Grisel.

—Fraternidad de las regiones para la felicidad de los pueblos —dijo Ercos.

La monarca Arian salió del lugar.

Los padres de Niri también se acercaron a felicitar a su hija. Ellos sabían lo importante que era para ella aquel anhelo que ahora era realidad.

—¡Hija... lo conseguiste! Estoy contento y orgulloso de ti, mi pequeña Niri —dijo de Vic.

—Gracias padre. Mi cuerpo y mi alma están en paz —dijo Niri.

—Hija, al igual que tu padre estoy muy orgullosa de que hayas cumplido tu más grande sueño —intervino Aida.

—Te lo agradezco, madre —dijo Niri muy contenta.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó Vic.

—¡Niri debe recuperarse! —replicó Aida.

—Así es, primero debo reponerme y después ya veré. Tengo algo de tiempo antes de que me llamen a servir como soldado de oro —dijo Niri.

—Qué bueno, hija. Puedes ir a Gunala para compartir y disfrutar tu triunfo con tu gente —comento Vic.

—Sí, creo que eso sería justo después de todo el apoyo que recibí —respondió Niri.

—Y de paso puedes visitar Cajar —dijo Aida.

—¿Cajar? —pensó Niri.

—Sí. Todos nuestros amigos se sorprenderán al verte como una gran soldado y se alegrarán de que hayas alcanzado tu sueño —mencionó Vic.

—Sí, es verdad. Será muy grato volver a verlos —dijo Niri.

—Dames estará más que contento al verte con tu armadura. ¿Lo imaginas? —comentó Aida.

—¡Dames! —dijo Niri y lanzó un suspiro.

El rostro de Niri pasó de la felicidad a la nostalgia.

—Mi amigo Dames. Le prometí que volvería luego de ganar los Duelos, pero ha pasado mucho tiempo, no he sabido nada de él —dijo Niri.

—Esperemos que siga en Cajar con su abuelo JIN —acotó Vic—. Has pasado por mucho, mi pequeña, cuando llegamos a esta región estabas muy ilusionada y todo ha resultado bien. Hija, tú te lo mereces. Eres el ejemplo de lo que significa “no darse por vencida”, y este es el principio de una gran labor.

—Gracias por su apoyo, padres. Espero recuperarme pronto para servir en las filas de los soldados de oro —dijo Niri.

Aquella tarde, Niri y sus padres compartieron largas conversaciones llenas de alegría. Luego de unos días, cuando se termi-

naron todos los combates, se conocieron los resultados oficiales: dos campeones de Erba, tres campeones de Nasmi, un campeón de Venatti, un campeón de Nevas y, finalmente, una campeona de Gunala.

Monarcas, soldados y público se volvieron a reunir en el coliseo blanco. Era la fiesta en homenaje a los ocho nuevos soldados de oro. El protocolo para esta ocasión fue diferente. En el patio del coliseo se había montado una plataforma para los monarcas. El rey Ercos se ubicó justo en el centro. Los graderíos estaban llenos de gente de las diferentes regiones que quería felicitar a sus campeones.

—¡Fraternidad de las regiones para la felicidad de los pueblos!
—dijo Ercos.

La voz del monarca se escuchó como un estruendo en el coliseo. El público escuchaba muy atento a su rey.

—Una vez más nos reunimos para dar la bienvenida y felicitar a estos ocho guerreros que supieron vencer muchas adversidades, y gracias a su preparación física y mental hoy tienen su recompensa al lograr ser parte de los soldados más destacados de todas las regiones. Para mí es un honor contar con los servicios de tan valientes atletas. Sobre todo, quiero destacar su perseverancia y fortaleza mental, esenciales para completar sus metas. Estas competencias fueron muy duras y arriesgadas, sé que ninguno la tuvo fácil. De hecho, nada que valga la pena es fácil. En el camino tienen que sortear toda clase de problemas, obstáculos, decepciones; pero, a pesar de todos esos inconvenientes, es loable su valor para seguir adelante. Cuando todo parece que va en contra, cuando lo que creen que es bueno se convierte en malo, cuando la esperanza se va desvaneciendo, cuando personas que los apoyaban les dan la espalda, estos ocho guerreros tuvieron

la cómoda opción de retirarse, pero ellos prefirieron llenarse de valor para seguir adelante, escogiendo esta opción como el único camino válido, y por eso están aquí, por esa determinación que demostraron, misma que va a regir en sus vidas y los llevará a sobrepasar cualquier limitación. La armadura de oro que hoy recibirán es solo un símbolo y premio a su entrega. Cada vez que la lleven puesta recuerden que lo más importante es su valor. ¡Son un orgullo para mí y para sus regiones! ¡Felicidades! —dijo Ercos mirando a sus ocho soldados.

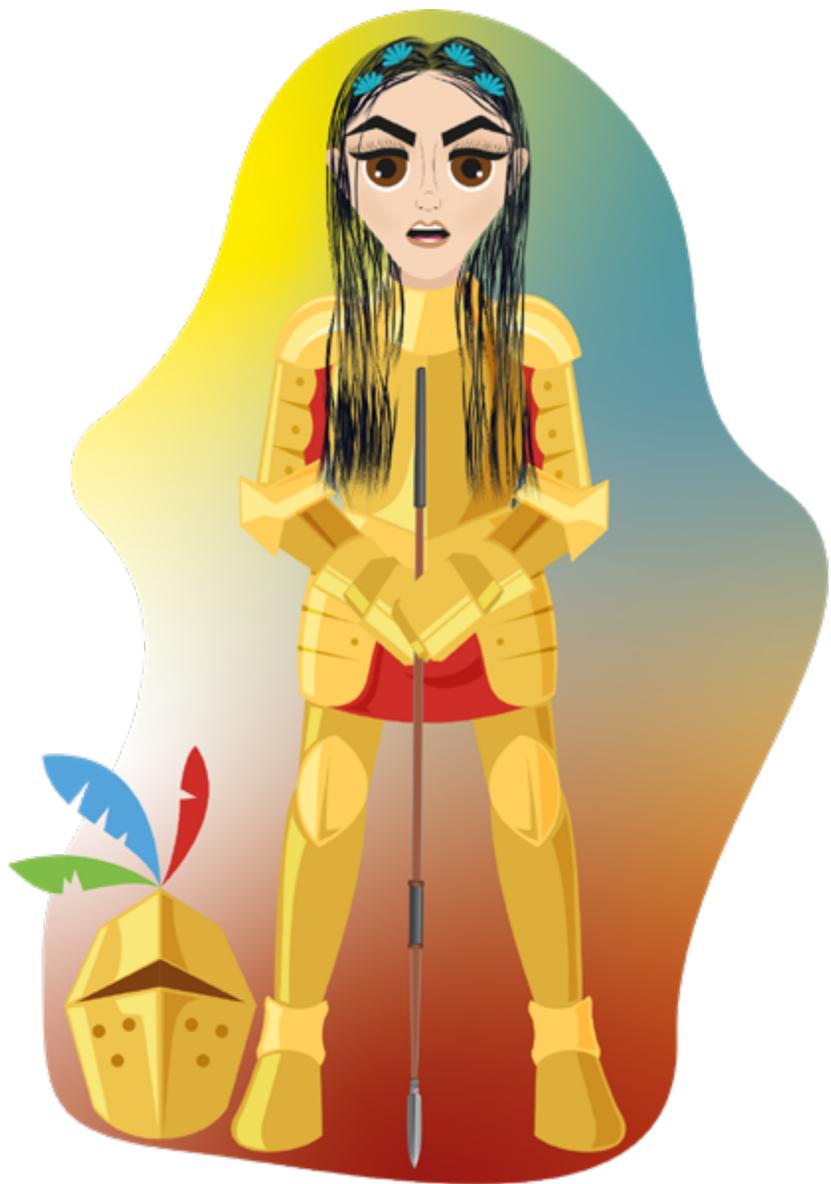
Los presentes aplaudieron fervorosamente las palabras de su rey.

Luego de la intervención de Ercos, un heraldo tomó la palabra.

—Muy bien campeones, una vez que escuchen su nombre harán una reverencia a todos los monarcas, se acercarán a saludar al monarca de su región de origen y, por último, harán una reverencia al rey Ercos, a quien jurarán lealtad —manifestó el heraldo.

Los campeones asintieron con la cabeza. Los primeros en pasar fueron los atletas Corban, Mabel y Nefer, de Nasmi. Los pequeños habitantes de Nasmi gritaron emocionados. Estos atletas hicieron la reverencia a los monarcas, luego se acercaron a Marbre, quien los felicitó dándoles un fuerte abrazo, luego de lo cual se acercaron a Ercos, quien les entregó una medalla de oro. Los siguientes fueron los atletas Aileen y Athan, de Erba, que siguieron el mismo protocolo. Ellos se acercaron a la reina Egle antes de ir hacia Ercos. El siguiente campeón en ser nombrado fue Haru, de Venatti, este atleta hizo la reverencia a su monarca Deer. A continuación nombraron a Colin, de Nevas, quien se acercó a su monarca Arian. Finalmente se nombró a la octava soldado de oro: Niri, de Gunala.

Al escuchar su nombre, Niri sintió su cuerpo erizarse, estaba muy contenta. Como sus compañeros, ella hizo una reverencia



hacia todos los monarcas, luego avanzó hacia la monarca Grisel, quien la abrazó con mucho entusiasmo.

—Muchacha, estoy contenta por lo que has logrado —dijo Grisel mientras colocaba a Niri una medalla con el símbolo de un girasol—. Esta es la flor que se levanta con el sol y lo hace, incluso, en los días nublados.

—Gracias, Su Majestad —respondió Niri mirando el dije de girasol.

En ese momento, Niri recordó aquel campo de girasoles que atravesó hace muchos años al inicio de su viaje junto a sus padres.

Enseguida despertó de su recuerdo y se acercó al rey Ercos, quien mostró una alegría mayor al ver a Niri.

—¡Estos son los nuevos soldados de oro! —gritó el heraldo.

Los monarcas y el público aplaudieron fuertemente.

Terminada la premiación, los monarcas se dirigieron a la Sala de la Unión, en el palacio de la región Norte; pero Ercos regresó al palco del coliseo, en su mirada se reflejaba una gran preocupación.

Niri y los demás soldados de oro saludaron a su gente en los graderíos.

Luego de algunos días, Niri viajó con sus padres a la ciudad Lagos, necesitaba unas vacaciones para recuperarse de los golpes recibidos durante los Duelos, aún llevaba algunas vendas en su cuerpo y la férula en su tobillo. Niri observaba la medalla del águila mientras descansaba en una hamaca.

—¿En qué piensas, hija? —dijo Aida.

—Estaba recordando nuestra vida en Cajar —respondió Niri.

—¿Regresarás a nuestro antiguo poblado? —preguntó Aida.

—Sí, ya lo decidí. Quiero cumplir la promesa que le hice a Dames de volver convertida en una soldado de oro —respondió Niri.

—¿Crees que él siga en ese lugar? —dijo Aida.

—No lo sé. Eso espero. Dames es un gran amigo y me gustaría volver a saludarlo —replicó Niri.

—Hace años saliste de Cajar muy triste por tener que dejar a Dames. ¿Piensas encontrarlo para...? —dijo Aida sin terminar la oración.

—¡No, madre! Dames es solo un amigo y estoy agradecida por el apoyo que me brindó en la adolescencia —interrumpió Niri.

—Es una pena —dijo Aida un tanto decepcionada.

—Tranquila madre. Estoy en el mejor momento de mi vida. Quiero integrarme como soldado de oro cuanto antes —replicó Niri.

—Lo sé, hija. Solo que Dames me parecía un buen chico —dijo Aida.

—Dames es un buen chico y deseo que se encuentre bien —insistió Niri.

—Está bien, hija, como tú digas. ¿Cuándo viajarás a Gunala? —preguntó Aida.

—Mañana partiré, pero antes haré una parada en la ciudad Fuentes para conversar con la reina Grisel y pasar el día con la gente de ese lugar —dijo Niri.

—De acuerdo —finalizó Aida.

Niri había cumplido su sueño. En estos años en la región Norte había madurado mucho. Reescribió su historia, dejando a un lado todo lo que estaba en su contra. Su perseverancia, a pesar de las dificultades, tuvo la recompensa deseada. Ella demostró que los sueños se pueden cumplir y que no se puede derrotar a quien nunca se rinde. Su éxito consistió en creer en sí misma, en no depender de nadie y tener en su mente que en la vida no hay nada imposible.

Mientras Niri atravesaba Gunala, tres jóvenes subían por una colina en la región de Erba hacia una estación de globos aerostáticos con tecnología de Nevas. Estos muchachos discutían como si tuvieran algún desacuerdo. Orión, quien la había ayudado con su entrenamiento, junto a él estaba una muchacha de Venatti llamada Hada, de unos 17 años, tenía el cabello rizado, largo, castaño, ojos claros y piel blanca; y, finalmente, un joven de unos 21 años, de piel clara y cabello oscuro llamado Dames, quien llevaba unas vendas y una férula en su hombro derecho, similar a la que Niri llevó en su tobillo durante su recuperación.

—¡Dames! Orión tiene razón. Si no pueden llevarse bien, este viaje no tendrá sentido —dijo la muchacha de Venatti.

—¡No lo necesitamos! Mientras más perdamos el tiempo, tu madre y JoHan correrán más peligro —repuso Dames.

—Lo sé, pero no podemos completar esta tarea solo los dos. Los monarcas Egle y Deer nos aseguraron que nada les pasaría, debemos confiar, además Egle envió a Orión para que nos ayudara —dijo Hada.

—No confío en Egle ni en ningún monarca. Ellos solo se ocupan de sus intereses personales —replicó Dames.

—¡Te equivocas! —intervino Orión—. La reina sabe lo que hace, ella se preocupa por todos, aunque en ocasiones no entendamos sus decisiones, al final todo es para bien.

—¿Cómo puedes saber eso si nunca has salido de esta región? —reclamó Dames.

—Se llama confianza —repuso Orión mirando fijamente a Dames.

—Cuando esa confianza te lleve a perder a tus seres queridos comprenderás que solo se puede confiar en una persona y esa persona eres tú mismo —dijo Dames devolviendo la mirada desafiante.

—Por favor... ¿pueden hacer el intento de llevarse bien? —insistió Hada a Dames y Orión.

—Hada, este viaje nos llevará a enfrentar a varios soldados de oro. Puedo ayudarte, pero no a Orión —dijo Dames.

—Yo no necesito tu ayuda. Dime, ¿a cuántos soldados de oro has derrotado? —preguntó Orión sarcásticamente.

—A ninguno —respondió Dames—. ¿A dónde quieres llegar con esto?

—Si ya te cansaste de recibir golpizas, yo te enseñaré a darlas —dijo Orión.

—Solo quiero derrotar a un soldado. No descansaré hasta matar a Arsen —dijo Dames.

—¡No te lo permitiré! Aunque dudo que tú puedas hacerle algún daño a Arsen —replicó Orión.

—Solo tienes que esperar, cuando llegue el día, nadie podrá detenerme.



Ilustración: Eduar Parra

Antes de concluir

Esta fue la segunda parte de la historia. La tercera parte nos hablará del impacto que tienen las investigaciones y los inventos humanos para alterar la naturaleza, y cómo esta se rebela para tratar de encontrar un equilibrio.

Mientras tanto, hay inconformidad y confusión en las regiones, algunas se preparan para la batalla. Un conflicto del pasado que se ha mantenido latente es el detonante de la discordia. Los amigos separados en el tiempo deberán ser fieles a sus Regiones y leales a sus monarcas.



Regiones. La soldado de oro, de John Alvarez, se imprimió
en PrintLab de la Universidad del Azuay, en
Cuenca, Ecuador, marzo de 2023.



Regiones. La soldado de oro es la historia de Niri, una joven que abandona su región para conseguir su más anhelado sueño. Sin embargo, las circunstancias le demuestran que para triunfar necesita algo más que talento y perseverancia. En el camino, Niri comprenderá que cuando se pierde el sentido de la vida, un cambio de actitud y llenarse de humildad puede ayudar a potenciar las habilidades.

Esta historia se enmarca en el género fantástico y complementa la saga *Regiones*. Aquí, el lector se dejará llevar por la imaginación para recorrer un mundo lleno de sorpresas y mensajes alentadores.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora